



Una
Fierécilla
para
Lord Oscuro
MADISON DAVIS

Una
Fierécilla
para
Lord Oscuro
MADISON DAVIS



©MADISON DAVIS

Título original – Una fierecilla para Lord Oscuro

Primera edición, 2024

Todos los derechos reservados.



Sinopsis

Solo buscaba una aventura y encontró a un Lord que le ofrecería mucho más de lo que ella esperaba.

Decidida a escaparse de su aislamiento, lady Caroline Clayton se marcha a Londres junto a su institutriz en busca de una emocionante primera temporada, sin el permiso de sus padres. Nunca esperó quedarse varada cerca de la mansión de Lord Darkmounth, un hombre apodado Lord Oscuro por su frialdad.

Ahora se verá obligada a mentir sobre su identidad y a tomarse ciertas libertades impensables para una dama, como desear descongelar el corazón de su enigmático anfitrión.

¿Podrá Lord Oscuro resistirse al coraje, la belleza y la alegría de Caroline? Y sobre todo, ¿podrá perdonar su engaño cuando lo que él más detesta es la mentira?

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

CAPÍTULO 1

Incluso al paso cauteloso del antiguo carruaje, con sus enormes ruedas y sus muelles gastados y anticuados, traqueteaba horriblemente sobre las roderas heladas de la carretera. La señorita Everwood respiró aliviada cuando las agujas de Oxford se alzaron a su alrededor en el crepúsculo invernal.

Caroline sacó la mano de su bolsito relleno de plumas, la extendió por el raído asiento de terciopelo, que antaño era verde, y palmeó el brazo de su institutriz.

—Pronto podrás descansar tus viejos huesos, querida Adelaine.

—Cielos, me haces sonar como si me estuviera acercando a la tumba. A mis treinta y seis años, soy más joven que este espantoso vehículo.

—Sí, y mira lo lejos que nos ha llevado, a pesar de tus recelos. Doscientas millas desde Whitehall y solo sesenta para llegar a Londres.

—El viejo Jack ha hecho maravillas para que funcione —dijo Caroline, riendo.

Al entrar en el patio de la Cruz de Oro, una rueda se enganchó en una grieta y se soltó. El carruaje avanzó unos metros y se detuvo antes de que, con un chirrido espantoso, gimiera y se hundiera lenta y torpemente sobre esta.

El joven Justin apareció por la ventanilla, con la elegancia de su nueva librea granate empañada por la bufanda verde y blanca que Caroline había insistido en que llevara y abrió la puerta de un tirón. La bisagra inferior cedió y la puerta se desenchajó.

—¡*Milady!* —gritó—. ¿No está herida? ¡Oh, señor!

La señorita Everwood se enderezó la cofia, sin que su suave rostro ovalado se sintiera un ápice descompuesto.

—Bueno, querida —le dijo a Caroline—, me temo que has sido un poco demasiado optimista.

—Solo un poco —coincidió Caroline de forma irónica, cuando un ruido seco anunció la pérdida de una rueda. El carruaje se inclinó hacia un lado—. Quizá sea mejor que salgamos antes de que se caiga el techo.

Ya estaba empezando a resquebrajarse una parte del techo. A través de la brecha, una estrella parpadeó desde el cielo azul oscuro. Caroline decidió considerarlo un buen augurio.

Justin se inclinó y, ante los gritos de aliento de la multitud de taberneros, camareros y transeúntes, bajó primero a la institutriz y luego a su ama. Caroline apenas había puesto los pies en el adoquinado suelo cuando el cristal de la ventana del fondo se hizo añicos, rociando el interior con fragmentos.

El viejo Jack se quedó allí meneando la cabeza, con el rostro curtido y sombrío por encima de la bufanda verde y blanca, a juego con la de su hijo.

—Se lo advertí, *milady*. Se lo advertí. El eje trasero estaba muy dañado.

—Qué suerte —dijo Caroline—, que no eligiera romperse a kilómetros de cualquier sitio.

Para entonces, el posadero había aparecido para enviar a sus criados corriendo a por sus cosas. Le pareció menos que afortunado que el carruaje hubiera elegido el patio del Golden Cross para romperse. «Irritada» habría descrito mejor sus sentimientos, pero la señorita Everwood se hizo cargo con su habitual y tranquila competencia.

—El cochero y el lacayo de lady Caroline se encargarán de darles el destino adecuado a los restos del carruaje —le aseguro al posadero con su voz ligera y clara—. Mientras tanto, necesitamos un salón privado, una habitación para dos personas y alojamiento para los dos criados, la institutriz y para *milady*. Cenaremos a las siete.

El ceño fruncido desapareció del rostro del posadero. Tras hacer una reverencia, les hizo pasar a la posada. Pocos minutos después, lady Caroline se estaba quitando los bonetes ante un alegre fuego en una cómoda habitación.

—Estuviste espléndida, querida Adelaine —señaló Caroline, colocando con cuidado su sombrero sobre el tocador. De terciopelo azul real, con un penacho de avestruz a juego, había sido confeccionado por el único sombrerero de Lancaster, según un diseño de La Belle Assemblée. Era el más elegante que había tenido nunca—. Después de que esparciéramos escombros por todo el local a nuestra llegada —continuó—, esperaba una pelea antes de que el posadero nos permitiera quedarnos aquí.

—Te ruego que no copies el discurso de tu hermano, Caroline. Tu madre me echará sin miramientos si oye salir de tus labios cantinelas de boxeo. En cuanto a nuestro anfitrión, la juiciosa mención de un título nobiliario con frecuencia despeja el camino de tales dificultades, como te he dicho antes.

—Es tristemente lamentable, ¿no es así? Que no haya cedido por el bien de nuestras bonitas caras y encantadoras sonrisas, sino solo porque papá es el marqués de Whitehall.

La señorita Everwood se echó a reír, con sus ojos castaños iluminados por la diversión. Caroline deseó que sus propios ojos fueran marrones y no de un azul vulgar e insípido. El color de sus cabellos era muy parecido, de un rubio oscuro un poco apagado, pero mientras la institutriz intentaba siempre desterrar los deliciosos mechones y rizos que escapaban a su severo peinado, los mechones de Caroline se negaban a dejarse engatusar con tanta frivolidad.

Al menos, tras años de preocupaciones, Caroline había alcanzado a los dieciocho años la misma estatura que Adelaine. Aunque estaba algo por encima de la media, ella la consideraba la estatura perfecta para una mujer elegante. La señorita Everwood, incluso con su vestido de institutriz, era la mujer más elegante que Caroline conocía.

Excepto mamá, y ella no quería pensar en su madre.

—Con la suerte que estamos teniendo, creo que es mejor que contratemos a una doncella antes de llegar a Londres. También tendremos que alquilar un carruaje para que nos lleve hasta allí. Se desabrochó la pelele de terciopelo azul mientras penetraba el calor del fuego en su cuerpo.

—Querida, dudo mucho que haya traído suficiente dinero para un gasto tan grande. Contratar aquí a la doncella me parece una buena idea, pero, a pesar de que nuestro vehículo era conocido por ser poco fiable, no me gustaría ser la responsable de la pérdida de una gran suma mientras estamos en la carretera y nos alojamos en posadas públicas.

—¿Hombres de carretera, carteristas y camareras ladronas, como en las mejores novelas?

—Existen, así que no te rías de mí, niña odiosa. Ojalá hubiera logrado persuadirte de que esperarás a que lady Whitehall enviara su carruaje a Lancashire. Ahora tendremos que solicitar ayuda a tus padres, como había planeado en caso de encontrarnos en problemas.

—¡No! No esperaré mansamente aquí hasta que mamá encuentre un momento entre fiestas, o papá entre reuniones del Gobierno, para atender nuestras necesidades. Ya me ha aplazado dos veces con excusas débiles. He perdido dos temporadas. A los veinte años, estoy casi en mis últimas oraciones.

—Tienes un año o dos antes de que necesites considerarte una solterona, querida. Incluso las ancianas de veinte años tienen de vez en cuando la suerte de encontrar marido.

—Puedes burlarte, Adelaine, pero no esperaré más. Tomaremos la diligencia.

—Imposible —dijo la señorita Everwood, tranquila pero firme—. La inversa de las muchas ventajas del nacimiento noble es que un curso de acción inaceptable para un don nadie es inaceptable para lady Caroline Clayton.

Caroline había esperado un rechazo rotundo, razón por la cual lo había sugerido en primer lugar.

—El Correo, entonces —propuso a continuación—. Eso es más respetable, y también más rápido, ¿no?

—Sí, pero...

—No necesitamos mencionar mi título. Caroline Clayton no es un nombre inusual, así que no llamará la atención, y nadie en la sociedad tiene por qué saber que he viajado en el coche correo. Después de todo, es poco probable que los otros pasajeros se presenten más tarde en Almack's para confrontarme.

—Cierto. Sin embargo, no me gusta.

Cuando bajaron a cenar, la señorita Everwood había capitulado y el posadero les había presentado a una muchacha llamada Ella que habían contratado como doncella.

Justin, que esperaba en el salón, fue enviado a anotar sus nombres en la hoja de ruta.

—Reserva asientos para tres —le indicó la señorita Everwood—. Tú y tu padre tendréis que seguir más tarde, con los baúles, después de que os hayáis deshecho de los tristes restos.

—Y no olvides decir que soy la señorita Clayton —le recordó Caroline mientras partía.

—Sí, señorita. —Le sonrió por encima del hombro.

El salón era pequeño pero acogedor, con una mesa para dos frente a la chimenea. Necesitada de ejercicio, Caroline paseó por la habitación. Se detuvo a examinar una acuarela de Magdalen Bridge, pero su mente estaba en otra parte.

—Guardaré mi pelele y mi sombrero nuevos —decidió—. Son demasiado finos para la

sencilla señorita Caroline Clayton, que viaja por correo. No quiero parecer superior a mi compañía.

—Hay poco peligro de que eso ocurra —apuntó la señorita Everwood, calentándose las manos junto al fuego—. De hecho, me temo que lady Whitehall la considerará demasiado democrática en sus ideas.

—Cuando lleguemos a St. James's Place tendré el empuje bien alto —prometió ella—. Nunca te llamaré mi querida Adelaine o te tutearé, ni siquiera reiré. Mamá verá lo bien que me has educado.

—Eso espero, querida. Si te acordaras de pensar antes de hablar.

Justin regresó a tiempo para servir la cena. Informó de que las únicas plazas disponibles para mañana eran dos asientos interiores y uno exterior en el Manchester Mail con destino a Londres, que pasaba por Oxford a las cuatro de la tarde.

—Y llegando a Londres a altas horas de la madrugada —gimió la señorita Everwood.



La mañana siguiente la pasaron paseando por Oxford, después de haber comprado una guía de los colegios mayores. Por la tarde, cargadas con el poco equipaje permitido, llegaron a tiempo al Mitre y las condujeron a la sala de espera. Caroline estaba envuelta en la capa y capucha de *kerseymere* marrón canela que había sido su mejor prenda antes de la compra de la *pelisse* de terciopelo azul. Aunque era de excelente calidad, ya que su padre nunca le negaba los fondos suficientes, la capa era adecuada para el campo y no pretendía estar a la moda.

La señorita Everwood era la elegante y tranquila de siempre, pero parecía una muñeca demasiado rellena. Se había puesto todas las enaguas que poseía y había tomado prestadas las bufandas de rayas verdes de su hermano y de su padre para envolverse la cabeza. Dos jóvenes caballeros que almorzaban tarde en una mesa de un rincón de la sala se echaron a reír cuando la vieron.

—No te preocupes, cariño —gritó el más bajo de los dos, dándole un codazo al otro—. Te mantendremos caliente.

La señorita Everwood los miró con el ceño fruncido. El otro dijo rápidamente:

—No se preocupe por Crawfort, señora. Ahora está un poco sobrado, pero en realidad es bastante inofensivo.

—Sin ánimo de ofender, señorita —aseguró el señor Crawfort, poniéndose en pie para dejar entrever un chaleco rosa y azul entre los enormes botones de latón de su abrigo azul. Hizo una cortés reverencia a Caroline y a la señorita Everwood y continuó con una sonrisa irreprimible—. Supongo que están esperando el correo, como nosotros.

—Digo yo, viejo amigo, que no es cosa de preguntar a una dama cuando ni siquiera te han presentado.

—Usted me presentó —dijo su amigo—. Así pues, le devolveré el favor. Permítame presentarle al Honorable Archival Branwell, señora. Ambos hemos sido expulsados por el resto

del trimestre.

El Sr. Branwell se levantó de un salto e hizo una reverencia. Un joven alto, larguirucho y vestido de forma sobria, estaba horrorizado por la falta de discreción de su amigo. Caroline se apiadó de él.

—Encantado, señor Branwell, señor Crawfort. Sí, vamos a tomar el correo a Londres. Me llamo Caroline Clayton y viajo con la señorita Everwood y nuestra doncella Ella.

Los caballeros se inclinaron de nuevo, y la señorita Everwood asintió de forma rígida antes de apartar a Caroline.

—Querida, es muy impropio presentarse a extraños de esa manera.

—El Sr. Branwell parecía tan abatido que no podía desairarle, y después de todo ellos no saben quién soy.

—¡Solo puedo esperar que nunca lo averigüen!

—¿Qué quiso decir el Sr. Crawfort con que han sido expulsados?

—Deben de ser estudiantes que se han visto envueltos en algún lío, sin duda vergonzoso, y han sido suspendidos de sus estudios.

Caroline decidió con pesar que el decoro le prohibía preguntar por la naturaleza de la trifulca. No obstante, cuando el señor Branwell se aventuró a hacer un tímido comentario sobre el tiempo, ella respondió con su habitual amabilidad, lanzando una mirada medio culpable, medio risueña, a su institutriz.

Un camarero se acercó para avisarles de que el correo llegaría en unos minutos. Los jóvenes se pusieron sus gabardinas. La del señor Branwell con tres capas mientras que la del señor Crawfort con media docena que le hacían parecer tan ancho como alto. Todos salieron al exterior, donde una yunta de cuatro poderosos caballos estaba preparada, resoplando y sacudiendo la cabeza. Caroline oyó a lo lejos el sonido de la bocina de correos e instantes después el Royal Mail atronó a la vista.

No tuvo tiempo de admirar el elegante carruaje rojo, negro y dorado. Todo sucedió a la vez: los mozos se apresuraron a cambiar el equipo; dos pasajeros se apresuraron a descender desde el interior, un tercero desde el asiento del cochero; sacaron bolsas y paquetes del maletero delantero y colocaron otros en su lugar; el guarda cambió su saco de correo por otro, que depositó en el maletero trasero debajo de su asiento; los señores Crawfort y Branwell impulsaron a Ella hasta el techo y la siguieron; sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí, Caroline se encontró sentada junto a Adelaine en el coche, recuperando el aliento.

Volvió a sonar la bocina de correos y se pusieron en camino.

—¡Cielos! —Caroline sonrió a sus compañeros de viaje—. Ahora sé lo que significa parada rápida.

El caballero sentado diagonalmente enfrente le devolvió la sonrisa y levantó de forma cortés su lustroso sombrero. Tenía el pelo oscuro y gris en las sienes, lo que le daba un aire distinguido a una cara alargada de ojos inteligentes. A Caroline le gustó su aspecto de inmediato.

—¡Rápido! —dijo el hombre corpulento y pelirrojo que estaba a su lado en tono beligerante—. En efecto, es bastante rápido, pero para la conveniencia y la eficacia no hay nada

como un carruaje privado. Yo tengo mi propio carruaje, como cualquier caballero, y no lo considero una extravagancia.

Caroline no pudo resistir la tentación de preguntar:

—Entonces, ¿por qué está usted en el Correo, señor?

El carruaje del señor Jacob Simmons, según se supo, estaba siendo retapizado en cuero Northampton de larga duración, a un gran costo. El señor Simmons estaba muy dispuesto a proporcionar detalles de ese coste en libras, chelines y peniques. El señor Simmons, un comerciante de algodón de Manchester, era un hombre hecho a sí mismo y estaba orgulloso de ello.

El otro pasajero fue menos comunicativo, pero a pesar de las discretas protestas de Adelaide, Caroline consiguió descubrir que era un abogado que regresaba a Londres tras visitar a un cliente. Una vez roto el hielo, el señor Robbins entabló conversación sobre Oxford, donde había estudiado en el Jesus College. Tras pasear por la ciudad, Caroline tenía muchas preguntas que hacerle. Se alegró cuando la señorita Everwood dejó de lado sus escrúpulos y se unió a la conversación.

El señor Simmons declaró que no tenía ninguna opinión sobre el aprendizaje de los libros y guardó un piadoso silencio, salvo por alguna que otra interjección sobre la conocida pobreza de los eruditos.

Felizmente ocupada, Caroline se sorprendió cuando el carruaje se detuvo en Crowmarsh Gifford para cambiar de caballos. Bajó la ventanilla y se asomó. Deseó haber prestado más atención al paisaje, aunque habría sido difícil con las ventanas empañadas. Tal vez podría salir un momento, pero no, el guarda hizo sonar la bocina en su yarda de hojalata y volvieron a salir.

El señor Simmons la enfrascó de inmediato en una conversación sobre los diferentes tipos de algodón, sus cualidades y, sobre todo, sus precios. Era muy interesante, y la información habría sido útil, pensó ella, si de verdad hubiera sido la simple señorita Clayton quién viajaba por correo. La señorita Everwood y el señor Robbins hablaban de la educación de las mujeres. A Caroline le hubiera gustado escuchar, pero eso hubiera significado desairar al pobre y vulgar señor Simmons.

Con la atención dividida, fue vagamente consciente de que el carruaje había aminorado la marcha, acercándose más a un ritmo de paseo que a su precipitada carrera habitual. Se colocó contra la ventanilla, pero la condensación parecía estar ahora en el exterior.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Simmons, limpiando la ventanilla a su lado con un pañuelo grande, rojo y manchado de blanco—. No vamos a detenernos ahora.

En ese momento, el carruaje dio un bandazo. Ella gritó. Varias voces masculinas maldijeron. La madera crujió, chirrió y chasqueó. El carruaje se inclinó suavemente hacia un lado y se detuvo con la ventanilla pegada a un seto de espinos sin hojas.

—¡Otra vez no! —gimió Caroline.

CAPÍTULO 2

-Pasamos las puertas de la Mansión de Darkmonth cien metros atrás —informó el cochero al pequeño grupo acurrucado en la densa niebla junto a los restos del Manchester Mail—. Al menos, eso creo, porque no pude verlas. Conozco esta carretera como la palma de mi mano. No podemos ir allí.

—¿Por qué no? —preguntó beligerante el señor Simmons.

—Es la casa del conde de Darkmonth, a quien llaman *lord Dark*. No hay un noble más tieso, almidonado y altanero en el reino. Nos echaría de cabeza.

—¡Seguro que no! —Caroline sonaba incrédula—. Dijo que el pueblo más cercano está al menos a dos millas, y pronto oscurecerá. Estamos desamparados. No puede en buena conciencia negarnos ayuda.

—Eso es lo que usted piensa, señorita. Los condes pueden hacer lo que quieran y al diablo con el resto de nosotros.

—Cuidado con lo que dice, buen hombre —protestó el señor Branwell—. Hay damas presentes. —Se sonrojó cuando Caroline le dedicó una sonrisa de agradecimiento—. De todos modos, señorita Clayton, he oído hablar de lord Darkmonth y apuesto a que estaría contra las cuerdas si lo invadiéramos.

—Maldita calaña de corazón frío —confirmó el señor Crawfort con voz cansada.

—Independientemente de lo que decidan hacer los demás —dijo Caroline con decisión —, tengo la intención de buscar refugio en la Mansión de Darkmonth. Si es que encuentro el lugar —añadió con tono menos seguro, atisbando en la niebla. El seto al otro lado de la zanja donde se había detenido el carruaje era casi invisible. La brisa había amainado y el aire era decididamente frío.

—Estoy dispuesto a ir delante —se ofreció el señor Robbins—. Sugiero que nos unamos para que nadie que desee ir se quede atrás. Señorita Everwood, ¿sería tan amable de tomar mi mano?

La señorita Everwood obedeció. Caroline le cogió la otra mano. Las demás se adelantaron, murmurando que estaban de acuerdo.

—Esperen —gritó el cochero—. Vosotros, jóvenes, echadnos una mano para atar el equipaje a los caballos, y yo también iré. No tengo nada que perder, después de todo.

Cuando se pusieron en marcha unos minutos más tarde, en fila india, Caroline apenas podía ver al cochero en la retaguardia de la fila, guiando sus tres caballos; el guarda había cabalgado valientemente en el cuarto animal con sus preciados sacos de correo. La niebla amortiguaba el ruido de los cascos y del tintineo de los arreos y, por alguna razón, se encontraron

hablando en voz baja. El señor Robbins se mantuvo a un lado del camino. Muy pronto llegaron a un puente de grandes losas de piedra tendido sobre la zanja. Condujo a su grupo por encima, con los cascos de los caballos resonando, y se detuvo ante unas imponentes puertas de hierro forjado.

—Cerradas.

—Debe de haber una portería —dijo Caroline—, pero sin duda el portero nos echaría. Mire si hay una puerta peatonal a un lado.

Y así fue. Con considerable dificultad y profiriendo muchas palabrotas en voz baja, se persuadió a los caballos para que pasaran, con los hocicos envueltos en paños para que dejaran de relinchar en señal de protesta. Caroline se quedó sin aliento por la risa reprimida cuando arrancaron. Estaba deseando cruzar espadas con el altivo conde de Darkmonth.

Guiados por postes blancos unidos por cadenas pintadas de negro, recorrieron rápidamente la media milla que los separaba de la casa. A juzgar por la vasta escalinata con la que se toparon, la Mansión de Darkmonth debía de ser impresionante, pero incluso la puerta principal era invisible desde abajo. El señor Robbins se detuvo.

—Quizá deberíamos buscar la entrada de los sirvientes —dijo Ella vacilante.

—Puede que nunca la encontremos. —Caroline soltó las manos de Adelaine y empezó a subir los escalones. Sabía que la seguirían.

El lastimero «¡No se olviden de mí!» del cochero le dijo que los demás también venían.

A un lado de las puertas dobles de roble forrado de hierro, colgaba un timbre de latón. Tiró de él dos veces y oyó un tintineo en el interior, débil a través de la gruesa madera. Cuando se apagó, se colocó en el centro de su pequeña tropa, frente a las puertas. La de la derecha se abrió y ella entró.

—¿Quién...? ¿Qué...?

Caroline ignoró al lacayo tartamudo en favor del mayordomo, que avanzaba por el suelo de mármol del espacioso y elevado vestíbulo.

—El carruaje del correo ha sufrido un percance en la niebla —anunció, echándose hacia atrás la capucha—. Mis acompañantes y yo hemos venido a solicitar refugio.

—Imposible, señora. —Ni una ceja se crispó—. Hay una posada en el pueblo de al lado.

—No es posible que vayamos tan lejos. Me atrevería a decir que esta casa es lo suficientemente grande como para alojarnos sin que nadie se dé cuenta.

—Me temo que su señoría no estaría de acuerdo, señora. Timothy las llevará a Ripon. —Tras llamar al lacayo, se marchó.

El joven señor Crawfort no estaba dispuesto a dejarse intimidar por un simple criado, por muy imponente que fuera.

—Ahí fuera no se ve la mano delante de la cara —dijo en voz alta.

Envalentonado, el Sr. Simmons se unió con su habitual beligerancia.

—Es más, está casi oscuro.

—Al menos, dejad que se queden las señoras —suplicó el señor Branwell.

Una voz fría y tranquila cortó el clamor.

—Reynolds, ¿quiénes son estos intrusos? —El mayordomo se giró.

—¡*Milord!*

Caroline miró con interés al infame conde. Su mirada se topó con unos ojos grises como el hielo en un rostro de mentón cuadrado que habría sido apuesto de no ser por su implacable altivez. Lord Darkmonth tenía el pelo oscuro, corto por encima de las anchas cejas. Alto y poderoso, vestía una chaqueta de tiro magníficamente confeccionada, pantalones de piel de ante y botas con un aire de formalidad más propio de un traje de noche. El furioso aleteo de sus fosas nasales contradecía su aparente serenidad.

Caroline se había imaginado a un viejo cascarrabias. *Lord Dark* no tenía más de treinta años.

Se acercó a él y le hizo una reverencia. Ahora era el momento de resolver todos sus problemas con lo que Adelaine había llamado una juiciosa mención de su título nobiliario. Caroline resistió fácilmente la tentación. Incluso si un caballero de tan alta alcurnia estaba dispuesto a creer que una joven desaliñada del carruaje del correo era hija de un marqués, ella estaba decidida a superarlo en sus propios términos.

—¿Lord Darkmonth? —Le dedicó una sonrisa alegre, sin darse cuenta de que en sus ojos bailaban diabluras—. Soy Caroline Clayton. Le ruego me disculpe por esta invasión, pero necesitamos urgentemente un refugio. El carruaje del correo volcó.

La miró de arriba abajo y sus labios se curvaron con desprecio.

—Me atrevo a decir que Reynolds puede indicarle la posada más cercana, señora.

—Me atrevería a decir que no ha mirado a través de una ventana recientemente, *milord* —replicó ella—. La niebla es tan impenetrable que nos costó encontrar su vasta mansión.

—Apenas impenetrable, señorita Clayton, ya que usted ha penetrado en ella. —Levantó las cejas de forma arrogante hacia su mayordomo.

—La niebla parece haberse espesado, *milord* —admitió aquel individuo con evidente desgana.

Caroline volvió al ataque.

—La señorita Everwood, la dama con la que viajo, no puede dar un paso más. —Por el rabillo del ojo vio que de pronto Adelaine se apoyaba en el brazo del señor Robbins con expresión desfallecida—. Y la criada tiene un resfriado espantoso.

Por un momento, temió que la hubiera liado parda al oír el rápido estornudo de Ella, entremezclado con una risita. Sin embargo, el conde, desinteresado por una simple criada, estaba mirando a la Everwood con el ceño ligeramente fruncido.

—Perdóneme, señora —le dijo brusco—. No deseo parecer un misántropo inhospitalario. Reynolds se ocupará de su comodidad. —Y se marchó.

El mayordomo miró consternado a su amo, con la boca abriéndose y cerrándose como si quisiera pedirle explicaciones, pero no se atreviera. Caroline se mordió el labio. El pobre hombre debía de estar preguntándose si a Adelaine le iban a ofrecer una silla o una alcoba, por no hablar de lo que iba a hacer con el resto de los visitantes no invitados.

Caroline estaba perfectamente preparada para asumir el mando, pero antes de que su

señoría hubiera dado más de dos zancadas fue detenido por una voz imperiosa.

—¡Darkmonth! —El vestido de seda gris de la anciana dama, profusamente adornado con Valenciennes a juego con su gorro de encaje, sugería viudez. A pesar de la formalidad con que se dirigió a su señoría, Caroline adivinó que debía de tratarse de la condesa viuda, aunque no tenían más rasgos en común que la frialdad de su mirada—. Darkmonth, ¿quiénes son estos... —levantó una *lorgnette* y estudió a los intrusos con austera desaprobación— ...estas personas?

—Viajeros varados, señora. La niebla se ha vuelto infranqueable. Me siento obligado a ofrecer la hospitalidad de la Mansión.

—¡En efecto! ¿Y no voy a poder opinar en mi propia casa?

—Por supuesto, señora, querrá dar instrucciones a Reynolds sobre qué alojamiento debe prepararse para nuestros... invitados.

En vez de discutir con su señoría ante sus inferiores, la condesa no tuvo más remedio que obedecer. Muy bien hecho. Caroline estuvo a punto de aplaudir. Atrajo la mirada del señor Robbins y vio que la situación le parecía divertida. Acarició la mano de Adelaine. Adelaine se debatía entre emociones encontradas; diversión e inquietud.

Haciendo una reverencia a lady Darkmonth, Caroline dijo:

—Estamos en apuros, *milady*. Es muy amable por su parte que nos acoja. Como ve, somos siete pasajeros, y el desafortunado cochero está esperando fuera con nuestras maletas y tres caballos.

—Permítame presentarle a la señorita Caroline Clayton, señora —dijo el conde—. La señorita Clayton parece ser la portavoz designada.

¿Había un brillo de burla en sus ojos, o solo irritación? Antes de que Caroline pudiera decidirse, el conde se excusó, hizo una reverencia y se alejó.



Michael Delayne, conde de Darkmonth, solo sentía irritación. Se retiró a su biblioteca para meditar sobre la invasión de su hogar protagonizada por una joven insolente cuyos ojos azules parecían reírse de él. Se habría sentido inclinado a echarlos a todos a su suerte de no ser por la oportunidad que ofrecían de frustrar, por una vez, a su señoría. Nada persuadiría a la viuda de reñir con él en público.

Además, había sentido lástima por la mujer mayor. Se notaba agotada y parecía respetable, probablemente una dama venida a menos. Al resto los descartó como una horda de intrusos.

No es que nada pudiera ser peor que la fiesta que se estaba celebrando en la Mansión, pensó con amargura. Había invitado a Havesham para una pequeña reunión, y Havesham se había presentado con su mujer embarazada, que debería estar recluida en casa, y su hermana. La razón estaba muy clara para Michael: la honorable Eleonor Linford le estaba tomando el pelo.

Lo peor de todo era que a lady Darkmonth se le había metido en la cabeza apoyar a la imbécil. Eleonor era de noble cuna, bien dotada, bastante bonita a su manera infantil y poseedora de todas las gracias sociales. La condesa había decidido que ya era hora de que su sobrino se

casara y lo acosaría sin piedad hasta que accediera.

Michael se sirvió una copa de Madeira y se dejó caer con un gemido en uno de los profundos sillones de cuero junto a la chimenea. Por una vez, la mera contemplación de su biblioteca no le sirvió de consuelo. De dos pisos de altura, con una galería a media altura, era una hermosa habitación lo bastante grande como para albergar una larga mesa, un escritorio y varias sillas cómodas. Las estanterías llegaban del suelo al techo, solo interrumpidas por dos altas ventanas en un extremo. Un criado ya había cerrado las cortinas de terciopelo carmesí, impidiendo el paso de la noche y de la maldita niebla.

Mientras bebía un sorbo de vino, Michael se quedó mirando las brasas. Aquí siempre ardía el fuego cuando hacía frío o había humedad, tanto para preservar los libros como porque era su santuario, heredado de su tío junto con el título, las vastas propiedades y las mayores responsabilidades. En las raras ocasiones en las que pensaba en su tío, se lo imaginaba estudiando con detenimiento un Herbal medieval o una primera edición de Chapman.

Cada vez que Michael adquiría un volumen raro, deseaba haber conocido mejor al difunto conde y haber podido compartir con él el placer de ampliar su magnífica colección. Ahora, sin embargo, lo único que quería era algo que lo distrajera durante media hora. Un cuento de viajeros, tal vez...

La puerta se abrió.

—¿Estás ahí, Michael? —preguntó una voz alegre—. Ah, sí, ahí estás. Pensé que te habías ido a la tierra aquí entre tus preciosos libros. ¡Qué alboroto!

—Pasa, Havesham —dijo Michael de forma irónica mientras su amigo se servía Madeira y se dejaba caer en la silla de enfrente.

Nada desconcertado, Lord Havesham levantó su copa en señal de saludo.

—Salud. He oído que su señoría está muy nerviosa.

—Vamos, ¿alguna vez has visto a mi tía muy inquieta?

—Bueno, no, pero la señorita Delayne dice que está enfadada como un oso en una hoguera.

—Podría haber sabido que mi prima Delayne correría la voz de la deplorable afluencia.

—Debo decir que habría pensado que se alegraría de cualquier incorporación a la compañía. No es que me queje —se apresuró a añadir Havesham—. Endiabladamente bueno por tu parte aguantar a Eleonor y a mi pobre Pamela.

—Lady Havesham es siempre una invitada bienvenida —dijo Michael con más educación que verdad, pues la dama le parecía insípida. No llegó a decir que Eleonor fuera bienvenida—. Sin embargo, los recién llegados difícilmente pueden contarse como activos para nuestra compañía. Supongo que cenarán en la sala de los criados o en la habitación del ama de llaves.

—Son pasajeros del correo, ¿no? Yo mismo tomé el Correo una o dos veces en mi malgastada juventud.

—Entonces apruebas mi forma de actuar. —*Lord Dark* sonrió, un espectáculo que pocos habían tenido el privilegio de presenciar. La sonrisa se borró de su cara cuando la puerta de la biblioteca se abrió de nuevo.

—¿Havesham? Pamela me pidió que te dijera... ¡Oh, *milord*! —Cuando los caballeros se

pusieron en pie, Eleonor abandonó su pretensión de transmitir un mensaje de su hermana—. Me conmovió enormemente oír que esa gente espantosa se abría paso en la Mansión. Es usted demasiado caritativo al permitirles quedarse.

—No tuve elección, señorita Linford. La niebla es impenetrable.

—Aun así, creo que es usted muy amable. La señorita Delayne dijo que una de ellas es una chica un tanto impertinente, una criatura despreciable.

—La señorita Clayton no es impertinente. —Sin saber cómo, Michael se encontró saliendo en defensa de la joven—. Estaba preocupada por una compañera de viaje, creo, que estaba en apuros.

—Una estratagema para ganarse su simpatía, sin duda —resopló Eleonor—. Esa gente tan vulgar no es digna de atención.

—Me atrevo a decir que desearé tomar la cena en una bandeja en su habitación, señorita Linford. Algunos de mis invitados inesperados cenarán con nosotros. —Ignoró las cejas levantadas de Havesham.

—¡Debe de estar de broma, *milord*!

—Al contrario, señorita. —Su tono era frío—. No acostumbro a bromear.

Los ojos de ella se abrieron alarmados.

—Por supuesto, *milord*, si lo considera oportuno... —balbuceó—. Le ruego que no suponga que desconfío de su juicio. Discúlpeme, debo ir a ver si Pamela me necesita.

—¿Qué es lo que Pamela te envió a decirme? —preguntó su cuñado.

—¿Para decirte? Oh, nada importante, Havesham. Lo he olvidado. Será mejor que se lo preguntes tú mismo. No puedes esperar que recuerde cada capricho insignificante. —La señorita Linford salió corriendo de la habitación.

—Pequeña descarada —dijo Lord Havesham—. Una excusa estúpida, si alguna vez he oído una. Lo siento, Michael, tendré unas palabras con ella acerca de perseguirte aquí. No debería haberla traído, pero mi suegra, ya sabes...

—Pocos podrían resistir las fuerzas combinadas de lady Linford y mi tía.

—Tú podrías y algún día te atreverás a hacerlo, pero hasta entonces, hálame de tu señorita Clayton. ¿Es una belleza?

—No, pasable, pero nada más allá de lo ordinario. —Michael recordó unos burlones ojos azules—. Una moza descarada. Y no es mi señorita Clayton.

—¿Supongo que es apta para sentarse a la mesa con mujeres educadas gentilmente? —preguntó Havesham—. Dijiste al principio que cenarían en el salón de los sirvientes.

—¿Qué, no confías en mi juicio? Ella era, como dije, franca, pero no vulgar. La señorita Everwood, la mayor, tenía un aire refinado, o eso creo. —Cogió el timbre y llamó—. Dejaré que Reynolds separe las ovejas de las cabras.

Un lacayo apareció al instante y mandó llamar al mayordomo. Reynolds recibió sus instrucciones en impasible silencio, pero Michael reconoció su profunda desaprobación. ¿Estaba el criado más cuerdo que su amo? Puede, pues lord Darkmonth ya se arrepentía del impulso que

le había hecho rebajar su nivel de exigencia con tal de dar un revés a Eleonor.

Reynolds hizo una reverencia y se marchó.

—Así que realmente piensas seguir adelante —se maravilló Havesham—. De todos los hombres, tú eres el menos probable...

—Basta ya de habla de invitados no deseados —dijo Michael con impaciencia—. ¿Quieres jugar al *backgammon*?

—Que sea al billar.

Como Lord Havesham consideraba el *backgammon* una actividad intelectual y a menudo manifestaba aversión a todo lo intelectual, Michael accedió. Salió de su santuario con bastante reticencia, rezando para que ni su quejumbroso cuñado ni su cordial prima política se encontraran en la sala de billar.

Hasta aquí había tenido suerte, pero allí la suerte lo abandonó. Después de tres partidas, Havesham subió a cambiarse para la cena con quince guineas más.

Michael se dirigió a su recámara. Su ayuda de cámara, George, le esperaba en el vestidor con agua caliente, trajes de noche recién planchados y una curiosidad descarada.

—Su señoría ha puesto el gallinero alborotado —observó, sacudiendo la chaqueta de su señor—.

—Supongo que se refiere a cierta consternación en los aposentos de la servidumbre.

—Así es. Los hay que no saben qué le pasa a su señoría para invitar a los cocheros del correo a sentarse a la mesa con usted. Su navaja, *milord*.

—Gracias. —Michael se alisó la barbilla con la hoja de filo recto, hablando con la comisura de los labios—. Fue un capricho momentáneo, George, para poner a la señorita Linford en su lugar por considerarlos indignos de su tacto. Es endiabladamente difícil encontrar una excusa para desairar a la señorita Linford cuando su hermana está casada con mi amigo, sobre todo porque su señoría favorece a la chica.

—Así que esa es la razón. —El criado asintió sonriente—. Supuse que era algo por el estilo.—¡Sin embargo, no hablarás de ello!—Por supuesto que no, *milord* —dijo George, herido—. Nunca cotilleo sobre nuestros asuntos.

—Lo sé, hombre, aunque no se me ocurre por qué no, ya que eres un cotilla incorregible. —Michael se quitó el jabón de la cara y cogió la toalla ya caliente—. Dime con quién cenaré esta noche.

—Bueno, está el señor Robbins. Es abogado y un caballero de voz agradable. Luego hay una doncella y un par de jóvenes, el señor Crawfort y el Honorable señor Branwell. El señor Reynolds sospecha que han sido enviados desde la universidad. Pero el que está ejercitando la mente del señor Reynolds, como se podría decir, es un tipo llamado Simmons. El señor Jacob Simmons. Su camisa, *milord*.

—¿Simmons? —Al ponerse la camisa blanca como la nieve y con volantes, Michael hizo una mueca, deseando de nuevo haber reprimido severamente su capricho, como era su costumbre.

—¿El cuello está demasiado apretado, *milord*?

—No, no. ¿Qué le pasa a este Simmons?

—Muy vulgar, para no andarme con rodeos. Pero no acepta un no por respuesta. Dice que él también era un pasajero y que, si los jóvenes que iban sentados fuera pueden cenar con los nobles, él también tiene derecho.

—¡Tiene derecho!

—Dice que podría comprar diez cosas más que el resto y que son los comerciantes honestos los que hacen grande a este país.

Volviéndose hacia el espejo para anudarse el pañuelo, Michael captó la mirada cómplice de su ayuda de cámara y sonrió.

—Parece que el señor Simmons animará mucho la conversación. ¿Debo entretener también al cochero?

—¡Señor, no!

—¿Y la señora?

—¿La señorita Everwood? Es una dama, seguro. Hasta el señor Reynolds lo dice. Una dama caída en tiempos difíciles. Debió de salir a visitar a sus parientes.

—Hay una tercera mujer, ¿no?

—La señorita Clayton. Una descarada, dice el señor Reynolds. Va a la ciudad a buscar una institutriz o compañera, pero no conseguirá un puesto respetable si no se enmienda, según el señor Reynolds.

Michael apretó los dientes, tiró al suelo el pañuelo estropeado y cogió otro. Sospechaba que George le estaba tomando el pelo, pero no podía acusarle de ello sin confesar un interés injustificado por la señorita Clayton.

—¿Y dice el señor Reynolds si esta «atrevida libertina» va a «cenar con los nobles»? —preguntó despreocupado.

George miró al techo en busca de inspiración.

—Déjeme pensar. ¿Qué dijo? Ah, ya lo tengo. Como su señoría le presentó a la señorita Clayton a su señoría, siente que no tiene elección en el asunto. Pero no está contenta, *milord*.

Otro pañuelo cayó al suelo.

—Créame —contestó seco *lord Dark*—, yo tampoco.

CAPÍTULO 3

Caroline contempló consternada su nuevo vestido de viaje de merino azul.

—¿Por qué ha tenido ese desgraciado que invitarnos a cenar con él y lady Darkmonth? —se quejó—. Debe de haber adivinado que no llevo conmigo un vestido de noche.

Compadecida, Ella sacudió la cabeza.

—Menos mal que guardamos lo mejor para que llegaras respetable a St. James's Place. Piénsalo, podría estar guardado en tu baúl, allá en Oxford —Aseguró Adelaine.

—Supongo que sí. Tendrá que servir. Después de todo, apenas importa, ya que *lord Dark* y su señoría ya me desprecian.

—Hay más de ellos, *milady*... Toda una gama de maleducados, según dice el ama de llaves —aseguró Ella.

—¿Desea ese hombre humillarme ante sus amigos? —preguntó Caroline indignada, justo cuando la señorita Everwood entraba en la confortable, aunque pequeña y sencillamente amueblada, habitación.

—Si es el conde a quien te refieres, Caroline, puede que sea altivo, pero dudo en creerlo malicioso.

—Solo porque cuando le dije que tus fuerzas flaqueaban cedió y nos dejó quedarnos.

—¡Oh, querida, no puedo pensar lo que me pasó, para ayudar e instigar tus travesuras! Si la marquesa se entera, me echará no solo sin referencias, sino sin carácter.

—Diré que te opusiste de forma enérgica a mi comportamiento deliberado. Pero mamá nunca se enterará.

—Ojalá pudiera ser tan optimista. Mientras solo fueran los pasajeros del carruaje quienes te conocieran como la señorita Clayton, había poco peligro, pero te moverás en los mismos círculos que los Darkmonth en Londres.

—Tal vez no vayan a Londres. Ella, mira a ver si puedes averiguarlo con el ama de llaves.

—No lo creo, señorita. Es tan altiva y poderosa como la Condesa. Pero el caballero de su señoría es un tipo amistoso. Lo intentaré.

—Hazlo. Por supuesto, eso aún deja a todos sus invitados en la ciudad. Ojalá el desgraciado no nos hubiera invitado a cenar con ellos. ¡Mi primera cena formal va a ser un desastre! ¿Es demasiado tarde para negarse?

—Demasiado tarde y el colmo de la grosería cuando su señoría ha sido tan condescendiente —dijo la señorita Everwood con firmeza—. Date prisa en vestirte, Caroline, o

seremos las últimas en bajar.

—Hay kilómetros de pasillos —dijo Ella, deslizando el despreciado vestido azul sobre la cabeza de Jane—. Será mejor que llame a un criado para que nos muestre el camino o podrían perderse la cena.

—Eso nunca ocurriría. El almuerzo en Oxford parece que fue hace una eternidad y aterrizamos en la zanja a la hora del té. Pero no te preocupes, Adelaine, no te pondré en evidencia mostrando un apetito impropio de una dama.

—Querida, como nadie sabe que soy tu institutriz, si engulles la comida solo te sonrojarás tú.

—Cierto. —Caroline rió, luego estudió su rostro en el espejo mientras Ella le arreglaba el pelo. Con el estilo severo que le dictaba su lacio, parecía más una institutriz que Adelaine. ¡Oh, que daría por un rizo o dos!



Un lacayo las condujo a través de los pasillos, doblando esquinas, subiendo y bajando escalones, hasta lo alto de la gran escalera que descendía al gran salón. Al apoyar la mano en la barandilla, Caroline se dio cuenta de otra deficiencia en su vestido. No llevaba guantes. Adelaine le había enseñado que había que llevar guantes en las cenas formales y, sin embargo, apenas podía aparecer en el salón con sus mitones forrados de piel.

Una mirada le dijo que las manos de su mentora estaban igualmente desnudas. Ah, bueno, no tenía sentido lamentarse. Con la cabeza alta, comenzó a bajar las escaleras con toda la gracia y dignidad que pudo reunir.

Su público estaba compuesto por dos lacayos de librea gris con ribetes escarlata y el soberbio mayordomo. Este último se adelantó con una reverencia que era poco más que una inclinación de cabeza, bien calculada para rebajar las pretensiones sin ser abiertamente insolente.

—Por aquí, por favor.

Siguiendo el ejemplo de la señorita Everwood, Caroline lo siguió sin dignarse a responder, sin disimular sus pretensiones. La docena de pares de ojos que se volvieron a mirar cuando Reynolds las condujo al salón fueron más intimidantes.

—Señorita Everwood, señorita Clayton —dijo con voz inexpresiva, y se marchó.

Por un momento nadie se movió. Caroline se preguntó si debía hacer una reverencia, pero luego decidió que prefería que la consideraran presuntuosa antes que mansa. Miró con interés a los presentes.

Lord Darkmonth estaba de pie cerca de la chimenea, magnífico en traje de noche, pero con una expresión de insufrible arrogancia. Un caballero bajo y delgado, de aproximadamente la misma edad, descansaba a su lado, apoyado en la repisa de la chimenea, en una actitud mucho más relajada y con un atuendo que se podría considerar más dandi. La tercera del grupo era una hermosa joven cuyo bello rostro revelaba tanto desprecio como animosidad. Su vestido de *sarcenet* rosa pálido adornado con cintas y *rouleaux* llenaba a Caroline de envidia.

Su mirada siguió adelante. Un poco apartada de las tres, una segunda joven se sentaba torpemente en una silla recta. Era evidente que estaba embarazada, muy embarazada si Caroline podía juzgarla; no, embarazada no, a la manera familiar era la frase de cortesía. Se llamara como se llamara, para estar presente en aquel estado sin duda debía de vivir aquí, aunque Ella había descubierto que el conde era soltero. Volvió la cabeza hacia la puerta, pero no mostró ningún interés por los recién llegados. Tenía una mirada remota y ensimismada que Caroline reconoció.

Dos matronas de unos treinta o cuarenta años, elegantemente vestidas y enjoyadas, estaban sentadas en un sillón de terciopelo dorado. La mayor guardaba un asombroso parecido con la condesa viuda, hasta en la fría y censuradora expresión de orgullo. La otra parecía más descontenta que orgullosa. Detrás del sillón había dos caballeros que Caroline supuso que eran sus maridos, un escudero de cara roja y una nulidad de barbilla débil.

Al otro lado de la chimenea, lady Darkmonth observaba a sus inoportunos invitados a través de su *lorgnette*^[1], con la espalda erguida. Una anciana vestida de negro estaba sentada a su lado, junto a un caballero de pelo blanco, en una silla. Una mujer pequeña y regordeta vestida de lavanda rondaba cerca.

A Caroline le pareció que había pasado una eternidad desde que el mayordomo la había anunciado a ella y a Adelaine, pero supuso que no podían ser más que unos segundos. ¿Nadie iba a presentarlas? Con alivio, vio al señor Robbins y a los dos estudiantes deshonorados, de pie a un lado, formando un grupo incómodo. Les sonrió y notó el mismo alivio en sus sonrisas de respuesta.

Conmovida, Caroline volvió a mirar a lord Darkmonth. La incómoda pausa se alargó. El joven apoyado en la repisa de la chimenea se agitó inquieto y lord Darkmonth miró a la viuda, que no hizo ademán alguno de cumplir con sus obligaciones de anfitriona. Se acercó a ellos.

—Permítanme que les presente a todos —dijo con rigidez—. Ya conocen a mi tía. Lady Darkmonth, creo.

Caroline hizo una reverencia. La señorita Everwood hizo una ligera reverencia, y el conde prosiguió presentando a la pareja de ancianos y a la regordeta señora:

—Mi prima, la señorita Delayne. —A medida que avanzaba por la sala, presentándoles a amigos y parientes, Caroline estaba segura de que nunca recordaría todos los nombres, y mucho menos a quién pertenecían. Sin embargo, al llegar ante la desdeñosa joven, la puerta del salón se abrió de golpe y el señor Jacob Simmons hizo una gran entrada.

—Buenas noches a todos. —Su beligerancia natural se diluyó con una genial autosatisfacción. Absorbiendo el impacto de su abrigo a cuadros marrones y azules, su chaleco rojo cereza y sus pantalones hasta la rodilla amarillo narciso, Caroline sintió de inmediato que su traje de viaje era bastante aceptable—. Tenéis un bonito lugar aquí, *milord*, *milady* —continuó el señor Simmons—. Debe de costar un dineral mantenerlo. Sería mejor que derribarais las partes viejas.

En el silencio atónito que acogió este consejo, el anuncio de Reynolds de la cena produjo una visible relajación. El bullicio que acompañó el traslado al comedor permitió ignorar discretamente el escandaloso descaro del señor Simmons.

La honorable señorita Linford se adelantó como para reclamar la escolta de lord Darkmonth. El conde se volvió hacia Caroline, que estaba a su lado, y le ofreció el brazo.

Sorprendida, ella le sonrió y le puso la mano en el brazo, solo para que le recordara su falta de ternura. El no pareció darse cuenta, pero tampoco le devolvió la sonrisa ni mostro señal alguna de gratificación por tenerla como compañera de cena. Su rostro podría haber sido esculpido en mármol.

La señorita Linford, por su parte, miró a Caroline con el ceño fruncido y susurró en voz alta a su hermana, lady Havesham:

—Mira, Pamela, ¡no llevan guantes! Qué par de provincianas.

—Calla, Eleonor —dijo lady Havesham mientras su solícito marido la ayudaba a levantarse.

—Es lógico que no esperaran necesitar traje de noche, viajando en el Correo —señaló lord Havesham.

Caroline se alegró de encontrarlo sentado a su lado en la mesa. Sin embargo, las reglas que la señorita Everwood le había enseñado le dictaban que dedicara su atención a su pareja durante el primer plato.

Tomó un sorbo del consomé, servido en exquisita porcelana de Meissen, y le dijo al conde:

—Esta sopa está deliciosa, *milord*. ¿Tiene un cocinero francés?

—No —gruñó.

—¡Porcelana alemana! —sonó la voz del señor Simmons desde el otro lado de la mesa—. En mi opinión, no hay nada mejor que Worcester o Crown Derby. Apoyar a las fábricas británicas, ese es mi lema. No es que malgaste el dinero en porcelana fina para que los criados la rompan con su torpeza.

Inevitablemente, a un desafortunado lacayo se le cayó un plato de sopa, y Reynolds, con un simple movimiento de la punta de un dedo, lo expulsó de la habitación con desaprobación. Tras una pausa incómoda, se reanudó el tenue murmullo de la conversación.

Caroline volvió a intentarlo.

—La sopa caliente se agradece mucho en un tiempo tan frío como el que hemos tenido. En el norte, las heladas han sido inusualmente severas este año. ¿Ha ocurrido lo mismo en el sur, *milord*?

—No.

—No para mí, muchacha. —El señor Simmons le hizo un gesto a un lacayo para que se fuera—. Puedes llamarlo consomé, pero a mí me parece como lo que damos en el asilo de pobres en Manchester. Llena la barriga, pero no pone carne en los huesos de un hombre. Deme un buen rosbif cualquier día, y le diré que un poco de pudín de Yorkshire le sentará bien, a pesar de que soy de Lancashire. —Sus comentarios iban dirigidos a toda la mesa, pero la pequeña señorita Delayne se encogió, con la cara escarlata, a su lado como si fuera la culpable. Todos los demás fingieron no haber oído.

Caroline perseveró con su propio vecino difícil.

—No pude ver el campo por la niebla. Me atrevería a decir que es muy bonito, con el Támesis fluyendo cerca...

—Bastante bonito.

Dos palabras consecutivas. Felicitándose a sí misma, continuó.

—¿El río cruza sus tierras, *milord*?

—Forma un límite.

—¡Pescado! —La palabra estalló de los labios del señor Simmons mientras le sacaban la sopa con un gran rodaballo en salsa de langosta, un plato de anguilas y diversas verduras—. Es mejor tirar un buen dinero al mar que malgastarlo en que te traigan pescado de la costa cuando vives tan al interior, y siempre hay buen pescado de río. El rodaballo es un buen plato, pero no me gustan las extravagancias. También tomaré algunas de esas anguilas, joven amigo.

—¿Pesca en el Támesis, *milord*? —preguntó Caroline rápidamente.

—De vez en cuando.

—¿Tiene botes de remos o bateas?

—No.

—La orilla del río debe de ser un lugar encantador para hacer picnics.

El conde no respondió. Por lo visto, era incapaz de encontrar una respuesta lo bastante breve. Caroline se rindió y se concentró en su cena. No pudo evitar preguntarse por qué *lord Dark* había elegido sentarla a su lado si no tenía ningún deseo de conversar con ella.

—Ah, aquí vienen las vituallas sólidas —observó el señor Simmons con satisfacción cuando llegó el segundo plato: un barón de ternera, una pierna de cordero y varios *ragouts* y *fricasés*—. Sin embargo, no me gustan las salsas extravagantes. A menudo son solo una forma de esconder carne de segunda, y el cocinero se embolsa la diferencia. No estoy diciendo que su señoría les deje salirse con la suya. —Se inclinó galantemente ante lady Darkmonth, radiante.

Su señoría no apreció el cumplido. Su mirada habría helado hasta la médula a un hombre menor, pero Jacob Simmons se concentró en sus «sólidas vituallas» con alegría intacta. Durante un rato no se supo nada más de él, salvo que de vez en cuando pedía otro trozo de carne.

Caroline se volvió hacia lord Havesham. Él le sonrió y comentó:

—Es un tipo interesante. ¿Viajó lejos con él?

—Solo desde Oxford, gracias al cielo. El señor Simmons me dio mucha información útil sobre cómo evitar ser engañada al comprar muselinas.

—¡Debo conseguir que me diga cómo evitar que me engañe mi sastre! —Se embarcó en una larga y enrevesada historia sobre una discusión con Belding por un juego de botones dorados, interrumpida de vez en cuando por su risa más bien estúpida. Caroline no llegó a comprender el sentido de la historia, salvo que el sastre había ganado, pero no le importó. Al menos lord Havesham era amable y de buen carácter. Le gustaba la forma en que se volvía con frecuencia hacia su esposa, al otro lado, instándola a comer un bocado para mantener las fuerzas.

Aunque a Caroline le hubiera gustado hablar del embarazo de lady Havesham con su señoría, sabía que el tema se consideraba poco delicado. Una o dos veces sorprendió a Adelaine mirándola ansiosa y le hubiera gustado asegurarle que estaba cuidando su lengua. Entonces, se dio cuenta de que Adelaine estaba realmente preocupada por lady Havesham. Las ganas de hablar se redoblaron, pero Caroline se contuvo.

Adelaine estaba sentada junto al señor Robbins. Caroline se había fijado en que hablaban

juntos durante el primer plato. Ahora Adelaine intentaba conversar con el deslucido caballero que no les habían presentado debido a la irrupción del señor Simmons en el salón. El caballero parecía tan monosilábico como lord Darkmonth.

El conde estaba ahora bien emparejado. Su otra vecina era la dama que tanto se parecía a su tía, y no hizo ningún esfuerzo por romper su silencio.

Caroline se rió al concluir la historia de lord Havesham y le hizo una pregunta que le hizo empezar otra. Se sucedieron una serie de pasteles de caza y aves asadas, y un tercer plato de tartas de frutas, pasteles, gelatinas, quesos y salados. El señor Simmons manifestó su desprecio por semejantes falacias. Caroline se volvió hacia lord Darkmonth.

Parecía indeciblemente aburrido. Resolvió romper su reserva o morir en el intento.

CAPÍTULO 4

Con una mezcla de consternación y curiosidad, Michael observó el brillo de determinación en los ojos azules de la señorita Clayton. ¿Qué idea se le había metido ahora en la cabeza? Hasta ahora se había comportado con sorprendente educación, incluso riéndose de las historias más aburridas de Havesham.

Por muy cautivadora que fuera su risa, Michael no tenía intención de intentar divertirla. Ella le era útil contra Eleonor, pero no le debía ninguna cortesía especial. Al contrario, de hecho. Temía que, al traerla a cenar, la hubiera engañado en su propia presunción y se viera obligado a reprenderla.

No obstante, esperaba sus palabras con no poco interés. Cualquier cosa debía de ser preferible al desdeñoso silencio de su prima Bárbara.

—Debo pedirle un favor, *milord* —comenzó a decir la señorita Clayton, y él se puso automáticamente tieso preparándose para rechazar cualquier petición que ella le hiciera—. ¿Le importaría decirme quién es cada uno? Verá, he estado poco en compañía y no tengo la habilidad de recordar nombres. Además, le interrumpieron cuando nos estaba presentando tan amablemente a sus invitados.

—Si lo desea. —Sintió una ridícula decepción ante una petición tan ordinaria—. A mi lado está mi prima, Lady Bárbara Lewellyn. Es la hija de lady Darkmonth.

—Lo suponía. Son muy parecidas, ¿verdad? —La señorita Clayton tenía el ingenio de hablar en voz baja, y el descaro de levantar la nariz y mirarla con desprecio. Había captado al dedillo la expresión de Bárbara, y Michael no pudo evitar que sus labios se crisparan. Lo que era peor, ella lo vio, maldita su desfachatez.

—Lady Bárbara y mi tía son ambas unas damas poco comunes —dijo frío. Ella no se avergonzó—. Junto a mi prima está mi cuñado, el señor Rupert Grimshaw —continuó. Grimshaw tenía un innegable parecido con un bacalao. Un bacalao hervido. La señorita Clayton, sabiamente, no intentó imitarlo.

—Hmm —fue todo lo que dijo, pero le dirigió una mirada de compasión.

—A la señorita Everwood y al señor Robbins ya los conoce. La señorita Delayne es una prima lejana mía que hace de acompañante de mi tía.

—Parece tristemente abatida.

Michael apenas se había fijado en su pobre pariente durante mucho tiempo. Ahora vio que estaba de mal humor, con líneas de cansancio y ansiedad en su regordeta y redonda cara. El puesto de acompañante de lady Darkmonth no era una sinecura. Hacía tiempo que se hablaba de la posibilidad de que la señorita Delayne fuera a cuidar la casa de un hermano viudo, pero su

señoría había declarado que no podía arreglárselas sin ella.

¿Debía él tomarse la molestia de asegurarse de que su primita siguiera su propia inclinación?

Le molestaba que la señorita Clayton perturbara su conciencia.

—No hay duda de que te sentirías triste si te vieras obligada a sentarte al lado del comerciante de Manchester —espetó.

—En absoluto. Es cierto que los modales del señor Simmons dejan mucho que desear, pero no es difícil conversar con él.

La expresión inquisitiva de la mujer hizo que sus mejillas se encendieran. Hacía años que no se ruborizaba y eso no mejoró su temperamento. No tenía ningún deseo de continuar la conversación, pero si se callaba ahora, le estaría dando la razón.

—Mi hermana, la señora Grimshaw, es la siguiente. —La mujer del bacalao. La desafió a comentar—. Luego el honorable Eustace Barlow. Él y su esposa son viejos amigos de mi tía. —Comedores de sapos que reforzaban su alta opinión de sí misma y que a menudo se encontraban viviendo en tréboles en la Mansión, colgados de su manga, por mezclar varias metáforas—. Lady Darkmonth la recuerda, confío. Junto a ella, uno de los hombres que trajo con usted. No recuerdo su nombre.

—No puedo verlo desde sin parecer descarada. ¿Alto y apologetico o bajo y alegre? —De nuevo sus labios se movieron involuntariamente.

—Alto y apologetico, señorita.

—El honorable Archival Branwell. Verá, tuvimos compañía aristocrática en el Correo, aunque el señor Branwell cabalgó fuera, así que no tuve oportunidad de conocerlo mejor.

—Ya veo. —Se preguntó si estaría a la caza de un marido noble que la salvara de la miserable vida de institutriz. Una mujer tan audaz no tendría problemas para atrapar a un joven manso como Branwell. A Michael le desagradaba intensamente ese pensamiento. Vigilaría a los dos mientras estuvieran bajo su techo, se prometió a sí mismo.

—¿Y además del señor Branwell? —preguntó ella.

—La señora Barlow, amiga de mi tía, y junto a ella, el marido de lady Bárbara, Lord Lewellyn. —Un tipo bastante bueno si no se esperaba más de un hombre que mantener sus tierras en orden, cabalgar a los sabuesos y beber hasta el estupor después de cenar. Aun así, la prima Bárbara parecía satisfecha de señorear a sus vecinos rurales.

—El caballero que parece un campesino... Como si disfrutara de las actividades del campo.

La señorita Clayton tenía una mirada diabólicamente penetrante que acompañaba a su lengua desenfrenada.

—Los Lewellyn pasan la mayor parte del tiempo en el campo —admitió a regañadientes.

—¿Va a menudo a la ciudad, *milord*? —preguntó ella. Aunque la pregunta era casual, él tuvo la impresión de que ella estaba más que un poco ansiosa por su respuesta.

—No me interesan los entretenimientos de la temporada. Voy de vez en cuando a hablar en la Cámara de los Lores y para asistir al teatro y a la ópera. —Y a las subastas de libros raros, pero una señorita de provincias apenas se interesaría por ellas.

En lugar de acribillarlo a preguntas sobre el teatro y la ópera, la señorita Clayton volvió con un inesperado aire de alivio al tema de sus invitados actuales.

—Puesto que lord Havesham está a mi lado, y su dama a su lado, ¿la señorita Linford y el señor Crawfort deben de estar en medio?

—Sí, y están flirteando abominablemente. —En el momento en que las palabras salieron de sus labios, Michael deseó no decirlas. Estaba descendiendo a su nivel y la coquetería de Eleonor no era asunto suyo. Ni él lo consideraba asunto suyo. Si la chica esperaba ponerle celoso se iba a resfriar.

La señorita Clayton soltó una risita.

—No puedo decir que me sorprenda. Creo que el señor Crawfort es un ligón empedernido.

—En efecto —dijo él con una suficiencia aplacadora.

—Le ruego me disculpe, no le daría importancia si no supusiera que está enamorado de la señorita Linford.

Ignorando su tono inquisitivo, Michael se refugió en el silencio.

Caroline aceptó su retirada con filosofía. No solo había tenido mucho más éxito de lo que esperaba atrayéndolo, sino que casi le había hecho sonreír, y había descubierto que no asistía a las fiestas de sociedad. Sospechaba que era una especie de recluso, lo cual no era de extrañar, ya que se negaba a tomarse la molestia de resultar agradable.

Por supuesto, se alegraba de que hubiera poco riesgo de encontrarse con *lord Dark* en Londres. Sin embargo, una o dos veces había percibido indicios de que bajo aquella máscara de atractivo glacial se escondía un ser humano, y lamentaba no tener la oportunidad de conocerlo mejor. La niebla se disiparía por la noche y mañana, Ella, Adelaine y ella misma reanudarían su viaje a la ciudad.

Mientras tanto, pronto iba a tener que enfrentarse a las damas sin la protección de sus hombres. Gracias al cielo, Adelaine estaría a su lado.

Se estaba preguntando si podría comer una de las deliciosas milhojas que había en un plato cercano, cuando lady Darkmonth dio la señal a las damas para que se retiraran. Caroline y la señorita Everwood siguieron a las demás hasta el salón, caminando detrás de lady Havesham, que se movía con torpeza y se apoyaba en el brazo de su hermana.

Lady Darkmonth envió a la señorita Delayne a buscar su bordado y, en cuanto lady Havesham estuvo acomodada en una silla, llamó a su lado a la señorita Linford. La anciana señora Barlow se les unió junto al fuego. Lady Bárbara se acercó a un pequeño escritorio y comenzó a escribir. La señora Grimshaw, con una mirada poco amistosa hacia Caroline y Adelaine, tomó asiento cerca de lady Havesham y le dijo algo que le hizo proferir una débil protesta.

—Estoy preocupada por esa joven —murmuró Adelaine a Caroline—. Si no me equivoco, está cerca de su hora. Mira por la ventana, querida, a ver si ya se ha levantado la niebla.

Caroline cruzó la larga habitación hasta una de las altas ventanas, describió las pesadas cortinas de terciopelo verde oliva y se asomó. Una sutil palidez reflejaba su rostro y el resplandor amarillo de las velas y la luz del fuego.

—¡Señorita Clayton! —dijo lady Darkmonth de forma brusca—. Por favor, cierre las cortinas de inmediato.

—¿En qué está pensando? Nos moriremos de frío —la secundó la señora Barlow, añadiendo en voz un poco más baja—: Las clases bajas no tienen ni idea de cómo sufren las personas de sensibilidad refinada con la menor corriente de aire.

La señorita Linford se estremeció ostentosamente.

La princesa y el guisante, pensó Caroline, reprimiendo una sonrisa mientras corría las cortinas. Ella misma podría haber sentido el frío si hubiera vestido seda fina en lugar de lana caliente. El ambiente era bastante frío, a pesar de la chimenea encendida, y el mobiliario, aunque elegante, no añadía ninguna calidez de confort.

Volviendo a Adelaine, oyó a lady Darkmonth reprendiendo a la señorita Linford por ser demasiado familiar con el señor Crawford.

—Si piensa poner celoso a Darkmonth —le dijo—, le aseguro que solo una joven de conducta intachable tiene la más mínima posibilidad de ganarse su estima. Mi sobrino es muy exigente. Por desgracia, tu padre es un simple barón, pero he hecho una excepción en tu caso porque...

Con pesar, Caroline se alejó del alcance de sus oídos. Sin duda, la señorita Linford tenía conexiones del más alto rango que le permitían aspirar a la mano del conde. Les deseó que se alegraran mutuamente.

La señorita Everwood se había sentado a una pequeña mesa con tablero a cuadros de marfil y ébano incrustados. Caroline ocupó la segunda silla e informó de que la niebla era tan espesa como siempre.

—¡Caramba! Bueno, no se puede evitar. Debemos esperar que lady Havesham haya calculado sus meses de forma correcta, ya que no puedo creer que su marido la haya sacado de casa de haber sabido que iba a dar a luz.

—No, él parece muy cariñoso con ella. Quizás esté esperando gemelos.

—Tal vez. Encontraste a Lord Havesham un vecino agradable en la cena, ¿no?

—Aburrido, pero un aburrido amistoso.

—¿Y nuestro anfitrión? Me temo que interrumpió su conversación abruptamente, y con desagrado.

—Fue un triunfo entablar conversación con él. Todas mis educadas e intachables aperturas las aplastó con monosílabos. Es tan almidonado y censorioso que sabía que no podría complacerle dijese lo que dijese —añadió Caroline con culpabilidad—, así que no cuidé mi lengua como sé que debería haber hecho.

—¡Oh, Caroline!

—Querida Adelaine, como tú misma has dicho, nadie sabe que eres mi institutriz, así que nadie te culpará de mi escandalosa falta de conducta. Mira, hay un pequeño cajón en esta mesa, y un juego de ajedrez dentro. ¿Jugamos una partida? —Sacó la caja de piezas y empezó a colocarlas sobre los cuadrados incrustados en el tablero de la mesa. Estaban bellamente talladas en madera roja y amarilla con la forma de guerreros chinos.

—Me pregunto si no deberíamos retirarnos, ya que nos ignoran con tanta determinación —dijo la señorita Everwood con inquietud.

—No pretendo que me intimiden, te lo aseguro, pero el señor Robbins y los demás no nos ignorarán cuando los caballeros terminen su oporto y se unan a nosotros. —Además, admitió para sí misma, no le disgustaba otra escaramuza con *lord Dark*—. Ya está, le he dado el blanco así que el primer movimiento es suyo. —La señorita Everwood, con más experiencia y más paciencia, solía ganar las partidas, por lo que Caroline se concentraba de forma fehaciente. Los caballeros entraron cuando ella estaba pensando una jugada, de modo que no levantó la vista hasta que su alfil, un monje budista, se precipitó por la mesa para rescatar al bigotudo caudillo de un caballo.

El señor Robbins había venido directamente hacia ellas.

—¿Se oponen a que haya un observador? —preguntó—. Prometo no interferir. —Le dieron la bienvenida y acercó una silla.

Los lacayos estaban colocando un par de mesas de juego. Los Lewellyn y los Grimshaw se apropiaron de una.

—Señor Branwell, ¿juega usted al *whist*? —preguntó Lady Darkmonth.

—N-no, *milady* —confesó el tímido joven—. Solo *al p-p-piquet*.

—Me gusta una buena partida de *whist* —dijo el señor Simmons—. Será un placer echar una mano con su señoría.

La condesa se ruborizó, pero el comerciante de algodón no podía negarse.

—Señorita Linford, sea tan amable de ponernos un poco de música —le indicó, aceptando la derrota—. Darkmonth pasará las páginas por usted.

—Le ruego que me disculpe, señora —dijo cortante el conde—. Estaba a punto de ofrecerle al señor Robbins una partida de ajedrez. Hay un segundo juego en la biblioteca.

La señorita Linford hizo un mohín.

—Me atrevería a decir que a la señorita Clayton le gustará tocar. No puede tener a menudo la ventaja de tener tan cerca un instrumento tan superior como su pianoforte, señora. —Parecía que esperaba avergonzar a Caroline exponiendo sus deficiencias, pues su tono contenía más malicia que generosidad.

Todos miraron a Caroline. Ella apenas se dio cuenta, pues estaba mirando fijamente a lady Havesham, sentada ahora junto a su hermana. Derribando varias piezas de ajedrez, Caroline se agarró al brazo de Adelaine.

—Tenía razón, señora. Creo que lady Havesham se va a poner de parto.

CAPÍTULO 5

Como todos los presentes en el salón, Michael se quedó mirando a lady Havesham. Se agarraba el abdomen hinchado con cara de sorpresa.

—Llama a una comadrona —gritó Havesham—. Pamela, ¡dijiste que aún faltaba un mes!

—Oh, Havesham querido, ya sabes que se me dan fatal los números —dijo tranquila mientras la contracción se calmaba.

—Llama a un médico —gritó su angustiado marido, cogiéndole las manos. Las suyas temblaban.

Michael dio una zancada hacia el tirón de la campana.

—Por desgracia, la niebla no permite llamar a nadie. —La voz tranquila y autoritaria era la de la señorita Everwood. Se levantó y avanzó—. Sin embargo, tengo considerable experiencia en partos y no veo razón para que su señoría no pueda dar a luz sin peligro. *Milord*, su agitación solo puede angustiar a su esposa. Debe de ser llevada a su habitación.

—Yo la llevaré —se ofreció Michael—. Havesham, bebe una copa de brandy y cálmate, hombre. —Sin esperar respuesta, levantó a lady Havesham como si fuera un paquete difícil de manejar lleno de frágil cristalería, y se dirigió a la puerta.

La señorita Everwood estaba allí antes que él para abrirla. Al pasar junto a ella, volvió la cabeza y dijo en voz baja:

—¿Caroline?

Cruzó el vestíbulo hacia las escaleras. Con la señorita Everwood a su lado, oyó que la señorita Clayton decía:

—*Milady*, debemos tener mucha ropa limpia y agua caliente. Le ruego que dé órdenes.

Empezó a subir las escaleras, con cuidado de no sacudir su carga, y no oyó nada más.

—¿Esa chica... la señorita Clayton, le ayudará?

—No es una chica, sino una mujer, y sí, me ayudará. —Sonaba un tanto divertida.— Nunca me ha parecido posible impedir que Caroline haga algo que se proponga.

—Eso puedo creerlo, más fácilmente que el hecho de que usted sea comadrona, señora.

El barrio donde ambas hemos vivido está aislado, sin comadrona ni médico, así que consideré mi deber aprender las habilidades necesarias.

—Estimable. —La aprobación de Michael fue dudosa. Atender partos no era una ocupación adecuada para una dama, por muy reducidas que fueran sus circunstancias.

—Me alegro mucho de que lo hiciera, señora —dijo lady Havesham con una dulce sonrisa.

—¡Caramba, sí! —En cuanto a la situación actual, coincidió de todo corazón.

—El pobre Havesham está en un aprieto —continuó la esposa del pobre Havesham—. ¿Le dirá, *milord*, que me irá muy bien?

Él la miró sorprendido. Que él recordara, ella nunca le había dirigido tantas palabras a la vez, y mucho menos le había pedido un favor. Es más, había supuesto que una mujer de parto estaría gimiendo y gimiendo, no tranquilizando a su marido.

—Por supuesto, señora —prometió—. Le haré compañía.

Al entrar en la habitación de los Havesham, la tumbó en la cama y, repentinamente avergonzado, se dio la vuelta para marcharse justo cuando la doncella de lady Havesham entró corriendo.

—Oh, *milady*, sabía que esto pasaría —se lamentó—. Le dije que estaba calculando mal las semanas. ¿Qué haremos?

—Mi buena muchacha, puede dejar a su señora en manos de la señorita Everwood.

—Pido perdón a su señoría, pero usted no sabe nada de eso, mi señor, siendo un hombre. ¡Y ni siquiera casado!

Antes de que pudiera pronunciar el reproche que se elevó a sus labios, la señorita Everwood lo condujo hacia la puerta.

—Yo me ocuparé de la muchacha, *milord* —dijo ella, imperturbable—. Su señoría estará encantada de tener con ella a alguien que conozca. Encárguese usted del futuro padre, por favor. —Con una sonrisa añadió—: La suya es la tarea más difícil.

Al momento siguiente, estaba en el pasillo con la puerta firmemente cerrada tras él.

Volvió a bajar las escaleras. Había algo en la señorita Everwood que inspiraba confianza, y la joven señorita Clayton también había sonado competente. Ahora solo tenía que transmitir su confianza a su frenético amigo.

La puerta del salón estaba abierta y una vez más oyó voces dentro.

—Debo de ir a ver a Pamela, *milady* —gritó Eleonor—. Me necesita. Querrá ver una cara conocida. Por favor, dígle que puedo ir.

—Ni hablar. —Lady Darkmonth, que seguía en su mesa de whist con una mano de cartas, sonó tan escandalizada como le permitía su siempre comedido tono—. Ninguna joven soltera debería saber de esas cosas, y mucho menos estar presente.

—Pero señorita Clayton...

—Mi querida, señorita Linford —interrumpió la condesa—, la señorita Clayton no es una dama.

Cuando Michael entró en la habitación, Eleonor voló hacia él.

—*Milord*, ¿cómo está Pamela? ¿No pregunta por mí?

Tomó sus manos, gustándole más de lo que había creído posible.

—Vuestra hermana me rogó que os dijera que está todo lo cómoda que cabe esperar —mintió—. Su doncella está con ella y estoy seguro de que se puede confiar en la señorita Everwood.

Por encima de su cabeza, captó la mirada del señor Branwell. El joven susurró a su amigo y los dos se acercaron.

—Señorita Linford —dijo el señor Crawfort con una leve reverencia—, Branwell y yo nos preguntábamos si sería tan amable de regalarnos un poco de música. A los dos nos apetece cantar un *glee* o dos y necesitamos el pianoforte para mantenernos en la nota.

Michael los bendijo en silencio.

—Una idea excelente —dijo—. Preocuparse no ayudará a su hermana, señorita Linford. «En la dulce música está el arte: Matar la preocupación y la pena del corazón».

Ella le dirigió una mirada alarmada y se marchó con el señor Crawfort. El señor Branwell se quedó.

—¿Shakespeare? —preguntó—. Me lo imaginaba. No es bueno citar a Shakespeare a las damas. El señor Robbins se llevó a Lord Havesham a la biblioteca, *milord*.

—Gracias. —Sorprendido por el inesperado consejo, Michael observó al joven larguirucho acercarse al piano.

El resto de sus invitados no habían permitido que un asunto tan insignificante como una parturienta interfiriera en su juego de *whist*. Lewellyn, con una botella bajo el brazo, estaba más colorado que nunca. Sin duda, él y la prima Bárbara estaban perdiendo, como de costumbre. Jessica, la hermana de Michael, nunca jugaba a menos que hubiera muchas posibilidades de ganar, y su incoloro marido estaba atado de pies y manos.

En la otra mesa, lady Darkmonth estaba de buen humor, perceptible solo para quienes la conocían bien. Su improbable compañero, el señor Simmons, debía de ser un excelente jugador. Aunque indiferente al dinero en juego, a su señoría le gustaba ganar, pero no permitía que los Barlows perdieran de forma deliberada, como estaban demasiado dispuestos a hacer. El vulgar Simmons estaba claro que tenía profundidades ocultas.

De hecho, pensó Michael mientras se dirigía a la biblioteca, tenía motivos para estar agradecido a todos sus invitados no deseados. Incluso el cochero del correo lo había ayudado sacando su vehículo de la carretera, proporcionándole así asistencia médica en un momento de necesidad.

La señorita Delayne se reunió con él en el vestíbulo.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar, primo? —preguntó tímida.

—Gracias, todo está bajo control. —Michael continuó su camino.

—¿Pero tiene lady Havesham ropa para el bebé? —insistió ella a su espalda.

Él se detuvo y se volvió.

—No, tienes razón, supongo que no. Sin embargo, no quiero que te quedes toda la noche cosiendo.

—Oh, no. Pero estoy segura de que hay una caja de ropa de bebé guardada en lavanda en el desván.

—Si puedes encontrarla, te estaré muy agradecido.

—¡Ya sé dónde está! —Radiante, trotó hacia las escaleras.

Recordando su anterior sentimiento de culpa hacia ella, Michael la siguió:

—Me gustaría hablar contigo mañana, prima. Digamos a las tres, en la biblioteca.

Ella asintió asustada y subió corriendo las escaleras. Frunció el ceño, no había querido alarmarla, pero era una mujer nerviosa. No importaba, sus intenciones se aclararían al día siguiente. Mandó a uno de los lacayos de servicio en el vestíbulo que bajara la caja si ella la encontraba.

Por fin llegó a la biblioteca. Por un momento, pensó que no había nadie, pero vio que Havesham estaba desplomado en uno de los grandes sillones de cuero junto al fuego, con la cabeza entre las manos y una copa de brandy sin tocar en la mesita que tenía a su lado. Robbins, el abogado, estaba de pie junto a la vitrina cerrada donde se guardaban los libros más valiosos de Michael, ojeando los títulos.

—*Milord* —murmuraba abstraído—, creo que lord Darkmonth tenía razón al pensar que un poco de brandy le calmaría los nervios.

Michael cerró la puerta tras de sí. Ambos se miraron cuando el pestillo hizo clic. Havesham se levantó de un salto.

—Michael, ¿cómo está?

—Lady Havesham me encargó que te dijera que le irá muy bien. De hecho, parecía estar perfectamente cómoda, y confío plenamente en la señorita Everwood.

—Estoy de acuerdo. —De mala gana, el señor Robbins dejó los libros—. Aunque solo conozco a la señorita Everwood de hoy, he hablado con ella largo y tendido, confinados como estábamos en el carruaje, y me parece una mujer sensata y competente. También creo que la señorita Clayton es capaz, a pesar de su juventud y cierta ligereza en sus modales.

Un brillo en los ojos del serio abogado sugería que consideraba la ligereza de la señorita Clayton más con indulgencia que con desaprobación. Michael se sintió atraído hacia él. Havesham, sin embargo, se negó a tranquilizarse y empezó a caminar con frenética energía.

Michael deseó poder llevar a su amigo a un largo galope. Al no poder hacerlo, insistió en vengarse de su anterior derrota y los tres caballeros se dirigieron a la sala de billar. El señor Robbins, poco familiarizado con el juego, declaró que quería que lord Havesham, el vencedor, le enseñara. Siendo demasiado bondadoso para rechazarlo, Havesham se distrajo de sus penas.

Allí los encontró George. La señorita Clayton lo había enviado para que le informara de los progresos.

—Aunque todavía no son muchos, *milord* —dijo disculpándose—. Los primeros partos suelen llevar su tiempo, dice la señorita, pero su señoría está descansando cómodamente entre los dolores, y de buen humor.

—¡Dolores! —gimió Havesham. El señor Robbins se apresuró a pedirle consejo sobre un tiro difícil. Michael se acercó a su ayuda de cámara y murmuró:

—Dale las gracias a la señorita Clayton por la noticia.

—Una buena joven, *milord*, y además amable.

—Admirable. ¿Cómo es que eres su mensajero?

—Me encargué de asegurarme de que las damas tuvieran todo lo que necesitasen, *milord*,

viendo que el ama de llaves de su señoría refunfuñaba como una loca por recibir órdenes de extraños.

—Gracias, George. ¿Qué haría yo sin ti?

—Estoy seguro de que no lo sé, *milord* —dijo el ayuda de cámara con la familiaridad de muchos años de conocimiento.

Reapareció varias veces mientras la noche se prolongaba hasta altas horas de la madrugada. Los caballeros volvieron a la biblioteca para jugar interminables partidas de *cribbage* y el veintiuno. A intervalos, un lacayo somnoliento entraba para encender el fuego y cambiar las velas. Luego, llegaba otro lacayo para descorder las cortinas y apagar las velas. Fuera, la niebla era de un blanco fantasmal y luminiscente.

El siguiente en entrar no fue George, sino Caroline Clayton. Su cabello color miel se había escapado de las horquillas para colgar en bucles desiguales que enmarcaban su rostro cansado, pero exultante.

—¡Tiene una hija, *milord*!

Havesham se levantó de un salto, volcando el tablero de *cribbage*, y descartó esta irrelevancia.

—Pamela, ¿cómo está Pamela? ¿Puedo verla?

—Venga a verla, señor. Estaba casi dormida cuando me fui.

Havesham corrió hacia la puerta. Ella le pasó el brazo por el suyo de la forma más amistosa posible y empezó a hablarle de su hija mientras se marchaban juntos.

Michael observaba, intentando ignorar una punzada de celos. La señorita Caroline Clayton perturbaba sus emociones de una forma a la que no estaba acostumbrado y a la que se oponía enérgicamente. La apartó de su mente y se volvió hacia el abogado con una sonrisa.

—¿Nos vamos a la cama?

El señor Robbins le devolvió la sonrisa.

—Creo que podríamos aventurarnos a hacerlo, *milord*.

CAPÍTULO 6

La biblioteca estaba vacía. Caroline empezaba a darse cuenta de lo vasta que era la Mansión de Darkmonth. Desde que había bajado poco antes del mediodía, solo se había encontrado con los Barlow y el señor Grimshaw, todos en la sala del desayuno.

Al despertarse, había decidido que tenía más necesidad de comer que de dormir. Ahora, después de saciar su apetito en el abundante bufé, quería acurrucarse con un libro. Echó un vistazo a la enorme biblioteca, de la que había echado un vistazo la noche anterior, y se preguntó por dónde empezar. Le llevaría toda una vida explorar las delicias reunidas en aquellas estanterías bien cubiertas de polvo.

Por pura casualidad, se topó con la *Vida de Johnson* de Boswell. Habiendo encontrado entretenido su *Viaje a las Hébridas*, bajó el primer volumen y se retiró a uno de los cavernosos sillones junto a la chimenea.

Un lacayo entró para avivar el fuego, añadir carbón y encender un ramo de velas en la repisa, ya que la luz del día, oscurecida por la niebla, dificultaba la lectura. Caroline resistió la tentación de charlar con él, no deseando hacer caer sobre él la ira de Reynolds. Nadie más la molestó, y al cabo de un rato se quitó las zapatillas, metió los pies debajo de los suyos y se puso completamente cómoda.

No era de extrañar que, después de una noche tan ajetreada, la comodidad la llevara a la somnolencia. No se dio cuenta de que la puerta de la biblioteca se abría, y el sonido de una pisada firme sobre los tablones pulidos del suelo solo se oyó de forma leve. El roce de una silla la despertó lo suficiente como para pensar que debía de sentarse derecha y ponerse los zapatos, pero cuando se hizo el silencio, el esfuerzo de moverse le pareció demasiado grande. Confió en que nadie se percataría de su presencia.

Una voz la despertó de golpe.

—Pasa, Jessica. Por favor, siéntate. Me atrevería a decir que no necesito preguntarte por qué has pedido verme. —Lord Darkmonth, en su momento más sarcástico. Caroline decidió que era demasiado tarde para retirarse.

—Estoy demasiado agitada para sentarme. Michael, debes ayudarnos. —Esa quejica enfurruñada era su hermana, la señora Grimshaw.

—¿Debo hacerlo?

—¡Si no lo haces, nos arruinaremos!

—Lo dudo.

—Recuerda que Rupert no es un cualquiera. No tiene inmunidad para ser arrestado por deudas. ¡Piensa en el escándalo si es enviado a Marshalesa!

—No lo creo probable.

—¡Será así si no nos ayudas! ¿Puedes soportar ver el nombre de Delayne, el nombre de Darkmonth, arrastrado por el fango?

—El nombre arrastrado por el fango será Grimshaw —señaló el conde con frío desprecio.

—Todo el mundo conoce la relación. La gente dirá que no tienes orgullo familiar, que eres demasiado mezquino para ayudar a tus parientes más cercanos.

—¿Puedo sugerirte que vendas los rubíes que llevabas anoche, Jessica?

—No están pagados —dijo ella con resentimiento.

—Entonces, si los devuelves al joyero te librarás de una parte considerable de tus obligaciones. Y si te quedas en el campo esta primavera en lugar de ir a la ciudad para la temporada, sin duda te las arreglarás.

—¡No ir a la ciudad! Está muy bien para ti, que prefieres moldearte en el campo, pero...

—Mis hábitos no están en discusión, señora. Harías bien en fijarte en los suyos y en los de tu marido. Ya es hora de que aprendas a ser precavida con el mundo. No tengo intención de tirar mi dinero en sus deudas solo para permitirle contraer otras nuevas.

—¡Pero, Michael, estamos en bancarota!

—Ni un penique. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

—¡Bruto odioso y de corazón frío! Te mereces llamarte *lord Dark*. Me avergüenza llamarte hermano. —Rompiendo a llorar, la señora Grimshaw salió corriendo de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Caroline se arrodilló en el asiento de su silla y se asomó por encima del respaldo. Lord Darkmonth estaba de pie detrás del escritorio, con el rostro sombrío.

—No ha sido usted muy amable —dijo ella.

Él se sobresaltó.

—¿Qué diablos hace usted aquí?

—Escuchando a escondidas —admitió Caroline con franqueza—. Le ruego me disculpe, *milord*. No era mi intención, pero estaba leyendo y debí de quedarme dormida. Cuando me desperté, usted ya estaba intimidando a la señora Grimshaw y pensé que era mejor no interrumpir.

—¡Intimidación! —Rodeó el escritorio y se dirigió hacia ella.

Ella se sentó rígida rápidamente y buscó sus zapatos. Inclino la cabeza mientras metía los dedos de los pies en uno de ellos y dijo con resolución ligeramente nerviosa:

—Sí, intimidación. Fue usted desmesuradamente duro, mi señor. ¿Acaso no puede perdonarle nada a su hermana siendo usted tan rico? O quizás no puedas permitirte ayudarla. ¿Todo este lujo está construido sobre un montón de deudas? Le ruego me disculpe, señor, pero esas cosas se saben.

—Mi querida señorita mundana, podría pagar dos veces las deudas de los Grimshaw y nunca notaría la diferencia. —Casi divertido, el conde se dejó caer en la silla frente a Caroline y estiró sus largas y musculosas piernas en sus pantalones ajustados—. De hecho, ya he pagado las

deudas de los Grimshaw una docena de veces. Le doy una pensión a Jessica, como a todos mis hermanos y hermanas sin blanca, y pago la escuela de mis sobrinos.

—Oh. —Caroline era consciente de que su respuesta a esta revelación era inadecuada, pero intentaba ponerse la segunda zapatilla discretamente. Sin éxito, pues él observaba cada uno de sus movimientos y tenía los labios torcidos.

—Mis otros hermanos, me complace decir, se las arreglan para vivir con los medios que les proporciono —prosiguió—. Por desgracia, Jessica, aunque no es más que la hija de un hijo menor y está casada con un caballero de modestos recursos, aspira a vivir a la altura de la gloria de tener por hermano a un conde. Rupert se ve arrastrado por ella. Si sigo remolcándolos fuera del río Garrapata a cada petición, nunca intentarán poner freno a sus extravagancias.

—No, supongo que tiene razón, pero seguro que usted no permitiría que el señor Grimshaw fuera encarcelado en la prisión de deudores.

—Reconozco que me sorprendería ver a los alguaciles en su puerta. Jessica es demasiado calculadora para permitir que las cosas lleguen a tal extremo. No, creo que está prevaricando para inducirme a franquearle por adelantado, y no puedo soportar el engaño.

—¿Pero y si se equivoca?

—Si Rupert fuera realmente llevado a Marshalesa^[2], me atrevería a galopar al rescate, después de que unos días allí le hubieran enseñado una lección.

—No estoy segura de que ninguna lección le permita enfrentarse a su esposa. Parece tan débil. ¡Oh! —Se llevó la mano a la boca horrorizada al ver adónde la había llevado la licencia que le había concedido a su lengua.

Su carcajada la tranquilizó y la dejó sin aliento. Relajado, su rostro altivamente apuesto se volvió devastadoramente atractivo. El hielo de sus ojos grises se derritió y brillaron de alegría. Caroline lo miró embelesada, con el corazón dando un peculiar vuelco. ¡Ojalá fuera siempre así!

Y, entonces, repentinamente inquieta, recordó que no debía de estar a solas con un caballero. Adelaide le había inculcado que ese comportamiento era impropio, y para una joven ser considerada licenciosa era la muerte social instantánea.

—No ponga esa cara, no le voy a meter entre rejas por ese comentario. ¿Sin carácter, dice? Siempre he pensado que mi cuñado se parece mucho a un bacalao hervido.

—Oh, sí, no tanto sin espinas como sin barbilla. —Ella le sonrió. Después de todo, no era lady Caroline, hija del marqués de Whitehall. Era la simple señorita Clayton, hija de nadie en particular, y la sociedad nunca se enteraría de su inapropiado comportamiento.

—¿Estoy perdonado por dejar que él y Jessica se las arreglen por sus propios medios?

—Puede, pero podría habérselo dicho de una manera más civilizada. Es su hermana, no una mendiga callejera.

Por un horrible momento, pensó que había ido demasiado lejos. Sus labios se apretaron y un toque de escarcha reapareció en su expresión. Luego dijo seco:

Una mendiga de biblioteca, más bien. Pero es muy impropio de mí hablar de los asuntos íntimos de mi familia. ¿Qué estaba leyendo, señorita Clayton, que la hizo dormir?

Hablaron durante unos minutos sobre James Boswell y Samuel Johnson, hasta que fueron

interrumpidos por unos tímidos golpecitos en la puerta. Lord Darkmonth sacó su reloj.

—Las tres, es mi prima Delayne. Siento molestarla. Señorita Clayton, cuando decidí entrevistar a mis parientes en mi biblioteca, no esperaba que se convirtiera en un lugar común.

—¿Desea hablar en privado con la señorita Delayne?

—Así es. Le prometo que no la intimidaré.

Caroline rió, levantándose del cómodo sillón.

—Entonces iré a ver si puedo visitar a lady Havesham y a la bebé.

Le cogió la mano y la miró con calidez en sus ojos grises.

—Aún no le he agradecido su inestimable servicio a lady Havesham anoche.

—Nos alegró poder ayudar dijo ella, ruborizándose.

Cuando la puerta de la biblioteca se cerró tras ella, se llevó la mano a la mejilla caliente. ¿Qué le había pasado? No era dada a cambiar de color como una niña, y el conde se había limitado a expresar su gratitud. Debía de ser la forma en que la miraba. ¿Quién hubiera imaginado que el gris pudiera ser un color tan cálido? Su mano había sido fría, fuerte, pero suave. A ella aún le hormigueaba el contacto.

No le extrañaba que a las jóvenes no se les permitiera estar a solas con caballeros, pensó, ¡si el resultado era dejar a las jóvenes sintiéndose extrañas por todas partes!

Un lacayo la observaba, con una curiosidad que se transformó enseguida en rígida impasibilidad cuando se dio cuenta de que era observado.

—Por favor, diríjame a la guardería —le pidió Caroline. Iría allí primero, para poder llevar noticias del niño a lady Havesham.

A pesar de las indicaciones precisas, tardó algún tiempo en llegar a la guardería, escondida en la parte superior de un ala distante. Allí encontró a la señorita Everwood dando instrucciones a la criada que había quedado a cargo del bebé, porque en otro tiempo había ocupado el puesto de niñera. Nunca había estado a cargo de un recién nacido y absorbía las palabras de Adelaine con los ojos muy abiertos.

En lugar de interrumpir, Caroline se dirigió directa a la cuna, donde la honorable señorita Havesham dormía profundamente vestida con una bata de encaje y un gorro; Adelaine no aprobaba los pañales. El bebé tenía los puños pequeños y con hoyuelos apretados contra las mejillas. Caroline la consideraba sencilla, con su nariz respingona y su barbilla aplastada, aunque ni se le habría ocurrido decirlo. Aún no había visto a ningún bebé cuyo aspecto justificara la inevitable admiración, pero tal vez era diferente cuando una tenía sus propios hijos, al menos hasta que llegaban a una edad en que resultaban molestos.

No era la primera vez que se juraba a sí misma que sus propios hijos, por muy molestos que fueran, nunca debían de ser enviados a una finca lejana para ser criados por sirvientes. La guardería estaba lo bastante lejos y aislada de las zonas más frecuentadas de la casa.

—Demasiado lejos —dijo Adelaine cuando volvieron sobre sus pasos—. Lady Havesham tiene que amamantar a la niña ella misma hasta que pueda contratar a una nodriza, y no es muy aconsejable llevar a un bebé tan pequeño de un lado a otro a lo largo de kilómetros de pasillos con corrientes de aire. Me pregunto si debería de hablar con el ama de llaves o con la propia lady

Darkmonth para que preparen una habitación más cercana.

—Si lo desea, le preguntaré al conde.

—¡El conde! No creo que te lleves tan bien con su señoría como para solicitar su ayuda en un asunto que concierne principalmente a la señora de la casa.

—He estado hablando con él y creo que no es tan oscuro como lo pintan. De hecho, cuando se olvida de lo importante que es y se baja del caballo, es un caballero sorprendentemente agradable.

—¿Su caballo? Caroline, por favor, no...

—...uses la jerga de mi hermano, quiero decir, coloquialismos. Te pido perdón, querida Adelaine. Pero ¿deseas que hable con lord Darkmonth, en el idioma del Rey, sobre el cambio de habitación del bebé?

3Creo que no. Podría montarse de nuevo en su gran caballo.

Caroline soltó una risita e impulsivamente abrazó a su institutriz.

—Te quiero, Adelaine.

—Y yo a ti, querida. —Sonriendo, tocó con delicadeza la mejilla de Caroline antes de volver a su tema—. Tal vez sea mejor que los propios Havesham se acerquen a lady Darkmonth.

—Puede que no les interese pedirle un favor a una dama tan inaccesible después de haber puesto su casa patas arriba. Lo sé: haremos que Ella pida consejo al ayuda de cámara de su señoría, que fue tan servicial anoche.

—Una idea excelente. Ahora la única cuestión que queda es si envío a un lacayo a buscar a Ella o voy a mi habitación y la llamo. ¡Qué prueba es vivir en tan vasta magnificencia!

Riendo, se separaron y Caroline continuó hasta la habitación de lady Havesham. Tanto su marido como su hermana estaban allí. Los Havesham estaban encantados de ver a Caroline, pero Eleonor Linford parecía incómoda. Al cabo de unos minutos, se acercó a la ventana, miró hacia fuera y dijo con torpeza:

—Me temo que se quedará aquí varada durante algún tiempo, señorita Clayton. La niebla es tan espesa como siempre.

Sorprendida por la insinuación y un poco recelosa, Caroline fue a reunirse con ella.

—Así parece —convino, mirando la blancura del exterior—. No recuerdo haber visto nunca una niebla tan densa. No se puede culpar al pobre cochero por conducir el Correo a una zanja.

—Y yo no puedo lamentarlo, ya que nadie resultó herido. ¿Qué habríamos hecho si usted no hubiera llegado tan oportunamente para ayudar a Pamela? No sé cómo agradeceré, señorita Clayton.

—Por favor, no piense en ello, señorita Havesham. Habiéndonos traído la fortuna adonde se nos necesitaba, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Además, su agradecimiento se debe más a la señorita Everwood que a mí, pues ella es la que tiene los conocimientos y yo no hice más que seguir sus órdenes.

—Yo también se lo agradeceré —prometió Eleonor, y luego prosiguió avergonzada—:

Yo... Ayer no fui muy acogedora. Espero que me perdone y que podamos ser amigas.

—Por supuesto —dijo Caroline, que consideraba a todo conocido un amigo en potencia hasta que se demostrara lo contrario—. Lo entiendo perfectamente.

—En general, no me doy esos aires. Verá, mi situación es difícil. Mi madre y lady Darkmonth dicen que debo de intentar atraer el interés de lord Darkmonth. Tengo una suerte prodigiosa de que sea amigo de Havesham, pues es un espléndido partido, rico y con título, y su conducta es irreprochable en todos los sentidos. E incluso es guapo, y no demasiado viejo, así que no tengo nada de qué quejarme.

—No, en efecto.

—Pero, señorita Clayton, no puede gustarme. Sus modales son tan... tan despectivos que me asusta y nunca se me ocurre qué decirle. ¿Sabía que le llaman *lord Dark*? No soy la única que lo encuentra intimidante. No soporto la idea de estar casada con él.

—Entonces no debes —dijo Caroline con decisión—. Deja de intentar emparejarte a él y sigue tu propia inclinación. Estoy segura de que hay otros caballeros igualmente elegibles que serán aceptables tanto para ti como para tus padres.

—Oh, sí, espero encontrarme con docenas, pues pronto iremos a la ciudad a pasar la temporada.

Consternada por esta noticia, Caroline no se preguntó por qué no había revelado a Eleonor su descubrimiento de que bajo la coraza de hielo de *lord Dark* habitaba un caballero de lo más atractivo.

CAPÍTULO 7

La señorita Everwood se detuvo en la puerta de la biblioteca y contempló la estancia con envidia. Era tan impresionante como Caroline le había contado.

Una de las mayores desventajas de su vida pasada en el castillo de Whitehall había sido la dificultad de conseguir libros, que contrarrestaba la ventaja de disponer de mucho tiempo libre para la lectura. No podía adivinar lo que le depararía el futuro. Decidida a aprovechar al máximo el presente, emprendió un viaje de exploración.

—Tal vez pueda ayudarla, señora —dijo la tranquila voz del señor Robbins detrás de ella. Ella se dio la vuelta, sonriendo.

—Señor, discúlpeme. No le había visto.

—Estas sillas están admirablemente diseñadas para ocultar a sus ocupantes. ¿Buscaba algo en particular? Creo que he descifrado el sistema de clasificación de su señoría.

—A decir verdad, estoy abrumada por esta embarras de *richesse*. Me imagino vagando eternamente, incapaz de hacer una elección.

—Entonces le sugiero que me diga qué le gusta leer y yo seleccionaré algunos libros para usted, para reducir la perplejidad a proporciones manejables.

—Elegir entre temas es casi igual de difícil. Confiaré plenamente en su criterio. —Ella se sentó en la silla opuesta a aquella de la que él se había levantado—. ¡Pero, por favor, no me traiga un tratado técnico sobre agricultura!

Él se rió.

—Lo prometo.

Su cara alargada era muy apropiada para la risa, pensó ella. No era en absoluto el aspecto seco y quisquilloso que se esperaba de un abogado. Era tan caballero como lord Darkmonth, y con una desenvoltura que el conde no podía igualar. Fuera lo que fuese lo que le deparase el futuro, en aquel momento parecía poco prometedor, se alegraría de haber conocido al señor Robbins.

El conde le trajo media docena de volúmenes y colocó la pila sobre la mesa, junto a su silla.

—Nuestro anfitrión es un célebre bibliófilo —dijo cuando ella cogió el primer libro y leyó el título—. Ha seguido los pasos de su tío, el difunto conde de Darkmonth, que reunió esta magnífica colección.

—Parece como si tuviera los conocimientos necesarios para apreciarla.

—Yo mismo soy un coleccionista. A pequeña escala, por supuesto. No puedo competir con

esta biblioteca, pero tengo uno o dos objetos que creo que su señoría podría considerar dignos de sus estantes cerrados. —Lanzó una mirada anhelante a un armario en una esquina.

—¿Libros raros? Me temo que no entiendo su valor. A Caroline y a mí, simplemente, nos gusta leer.

—Si le ha enseñado eso, le has enseñado mucho.

—Enseñado... Yo... ¡Dios mío! —dijo ella, nerviosa.

—Perdóneme, señorita Everwood. No pretendo incomodarla, pero me halago de no ser un hombre poco observador. ¿Me equivoco al suponer que la señorita Clayton es algo más de lo que aparenta ser, y que usted es su institutriz?

—¡Oh, cielos! —Dejó caer el libro sobre su regazo y ocultó su rostro escarlata entre las manos—. Fue una maldad por mi parte permitirle continuar con su mascarada.

—Malvada no —dijo él con firmeza—, aunque tal vez imprudente. Sin embargo, dudo que pudiera haberla desviado de su camino una vez que lo tomó.

—Muy cierto. Caroline es una joven muy decidida, además de inclinada a actuar por impulso, como ya ha visto. Le ruego que no me malinterprete: también es una muchacha de lo más dulce. Es como una hija para mí.

—¿Cuánto tiempo lleva con ella?

—Desde que tenía cinco años, y hace poco cumplió veinte.

—¡Quince años! Pero, mi querida señorita Everwood, usted misma debe de haber estado en la escuela.

—No del todo. —Ella le sonrió, complacida por el cumplido implícito—. Fue mi primer puesto privado después de enseñar durante dos años en una escuela.

—Un buen puesto, supongo, ya que se quedó tanto tiempo.

—Tuve una suerte excepcional al encontrar una situación tan agradable. —Y aún tendré más suerte de encontrar otra igual, pensó con desdicha. Cuando una joven hacía su salida, las obligaciones de su institutriz terminaban—. Los padres de Caroline nunca interfirieron en su educación. De hecho, rara vez los vimos de un año para otro. Un castillo en ruinas y una pequeña casa solariega no se adaptan a su consecuencia, además de estar demasiado lejos de Londres.

s—Entonces, el mérito de su disposición y modales es enteramente suyo, señora. Permítame felicitarla. Es una joven encantadora. ¿Va a Londres para la temporada?

—Es la primera. Se ha pospuesto dos veces debido al luto por dos primos lejanos. —Su indignación por Caroline y el interés comprensivo de él se sobrepusieron a su discreción—. Primos muy lejanos. No se me ocurriría decírselo a Caroline, pero creo que su madre ha aprovechado cualquier excusa para mantenerla oculta. Lady Whitehall está demasiado ocupada con sus propias diversiones para molestarse en presentar a su hija.

—¿Lady Whitehall? Incluso yo conozco la reputación de la marquesa como una belleza desmedida.

—Oh, querido, no debería haberte dicho el nombre de su señoría, ni haber hablado así de ella. Me estoy volviendo tan imprudente como Caroline.

—Mi querida señorita Everwood —dijo serio—, me complace su confianza. Cada palabra que diga será mantenida en la más absoluta confidencialidad.

Ella negó con la cabeza.

—Confío en usted, señor, pero no necesito exigirle una promesa de silencio. Parece que la señorita Linford también se presentará en sociedad esta primavera, tan pronto como su hermana se recupere de su internamiento. Me temo que la escapada de Caroline será inevitablemente revelada. ¡Desearía que al desdichado lord Darkmonth no se le hubiera metido en la cabeza tratarnos como invitados de honor!



En aquel momento, lord Darkmonth estaba dispuesto a secundar de todo corazón el deseo de la señorita Everwood.

Para meditar en paz sobre la inexplicable capacidad de la señorita Caroline Clayton para soltarle la lengua más allá de todos los límites del decoro, hasta el punto de criticar a su familia ante una desconocida, se había retirado a su despacho. Allí lo siguió el señor Simmons. Imperturbable a los desaires, al sarcasmo y al silencio por igual, el comerciante de algodón prosiguió su investigación sobre la economía de la gestión de una gran finca con la tenaz persistencia de un terrier tras las ratas.

Al final, Michael se vio obligado a escapar de Simmons disculpándose para cambiarse para la cena. La derrota lo irritó y le hizo estar más dispuesto a culpar a Caroline Clayton por su interferencia anterior.

Cuando bajó al salón, ella y Eleonor estaban charlando con los jóvenes estudiantes. Ella le sonrió. Su mirada fría borro su sonrisa, pero lejos de aplastarse, ladeo la cabeza y enarcó un poco las cejas, esforzándose por parecer perpleja y ligeramente burlona. Con un leve encogimiento de hombros, se volvió hacia el señor Branwell.

¿Así que a la señorita Clayton no le importaba lo más mínimo su opinión? Echando humo y sintiéndose un poco tonto, Michael se unió a Havesham, que estaba apoyado en la chimenea con las manos en los bolsillos, mirando al mundo con imparcial deleite.

—Te habrás dado cuenta —saludó a Michael—, Eleonor ni siquiera pestañeó cuando entraste.

Michael había estado demasiado ocupado intentando poner a Caroline Clayton en su lugar como para prestar atención a Eleonor Linford.

—No —gruñó.

—No te vas a enfadar, ¿verdad? Estaba seguro, por todo el oro del mundo, de que estarías complacido, así que la animé.

—¿La animaste a cortar contigo?

—Señor, no. A seguir el consejo de la señorita Clayton.

—¡Los de la señorita Clayton!

—¿Y qué le aconsejó exactamente la Señorita Clayton a tu cuñada?

—Que no pusiera su ojo en ti solo porque su madre y tu tía se lo pidieran, cuando ella no te querría si pudiese escoger. Es un decir —se corrigió Havesham apresuradamente mientras Michael miraba la espalda olvidada de Caroline—. Me atrevería a decir que no lo dijo exactamente así.

—Por supuesto, me alegraré de librarme de la persecución de Eleonor —dijo Michael, recuperando con dificultad su compostura exterior. Y se alegraría de retorcerle el cuello a la señorita Clayton, añadió para sí.

Durante los siguientes minutos se vio obligado a escuchar a Havesham cantar las alabanzas de la señorita Clayton y la señorita Everwood. Pamela dormía cómodamente y la bebé había sido trasladada a la habitación de al lado, todo gracias a los amables oficios de aquellas dos admirables damas.

—Quisiera pedirte consejo —dijo Havesham por fin en voz baja, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie le oía. Los Barlows, los Lewellyn y Rupert Grimshaw habían entrado, pero ninguno se acercó a su anfitrión y a su amigo—. La cosa es —continuó—, que quiero hacer algo para agradecérselo. Es obvio que las dos andan escasas de dinero, pero ¿crees que se sentirían ofendidas si les ofreciera un pago por sus servicios?

—¡Sí, lo creo! —Aunque Michael estaba dispuesto a condenar el carácter de Caroline Clayton por muchos motivos, nunca la había considerado mercenaria. En su experiencia, los que querían dinero se acercaban con adulaciones obsequiosas o quejas quejumbrosas. No podía imaginarse a Caroline rebajándose a ninguna de las dos cosas.

Por otra parte, el pago por los servicios prestados era un asunto distinto de la mendicidad. Por mucho que le disgustara, no quería negarle la comodidad de unas monedas extra en el bolsillo mientras buscaba un trabajo.

—Intentaré idear una forma de recompensarlas sin ofender —prometió a Havesham.

Recordó su conversación con la señorita Clayton sobre su hermana, así que decidió invitarla a cenar para demostrarle que no le guardaba rencor. Jessica le había dicho que le dolía la cabeza y que no bajaría. Echó un vistazo a la sala. No había ni una sola mujer a la que quisiera sentarse a su lado, una situación lamentable en su propia casa. De hecho, a la única a la que no tenía aversión era a la señorita Everwood, así que fue a reunirse con ella, rescatándola de una detallada exposición del ilustre árbol genealógico de la señora Barlow.

Reynolds anunció la cena poco después y Michael se divirtió de forma cruel con la expresión de disgusto de la señora Barlow cuando ofreció su brazo a la señorita Everwood.

Para su sorpresa, realmente disfrutaba de su compañía. Hablaron de literatura. Aunque ella no se presentaba de ninguna manera, expresaba sus opiniones sin disculparse cuando diferían. Él se vio obligado a defender sus propios puntos de vista, y una o dos veces incluso a reconocer que ella podía tener razón. A su manera, tranquila y comedida, era tan franca como Caroline Clayton.

Caroline estaba en ese momento inmersa en una conversación con Simmons. Michael recordó su comentario de que, por vulgar que fuera, al menos era fácil hablar con el comerciante de algodón. Se apresuró a centrar toda su atención en la señorita Everwood, observando de pasada que el joven Branwell, al otro lado de Caroline, parecía muy incómodo bajo el asalto de las pestañas agitadas de Eleonor. Al parecer, los conocimientos del chico sobre el

comportamiento adecuado con las damas eran solo teóricos.

Trajeron el segundo plato y Michael se volvió de mala gana hacia su otra vecina. La ausencia de dos damas había desequilibrado el número de comensales; los ojos de Rupert Grimshaw se cruzaron con los suyos y se desviaron.

—Confío en que el dolor de cabeza de Jessica no sea demasiado fuerte —dijo Michael.

—No, no, en absoluto —balbuceó su cuñado—. Más bien es una excusa, en realidad. Es decir, ya sabes. cómo son las mujeres, me atrevería a decir que en realidad no le duele la cabeza.

Así que Jessica estaba enfurruñada, como él había supuesto. Después de intercambiar algunos comentarios inútiles sobre la niebla que continuaba, ambos caballeros callaron.

Michael se encontró de nuevo observando a Caroline. Ella hablaba ahora con Branwell, y el joven había perdido su mirada de cazador. Sorprendido por un repentino destello de envidia por su habilidad para hacer que la gente se sintiera cómoda, Michael apartó la mirada de su animado rostro. El conde de Darkmonth no tenía motivos para envidiar a una niña destinada a una vida sin alegría como institutriz.

Eleonor había dirigido su andanada de pestañas hacia el señor Crawfort, que se defendía mejor que su tímido amigo. Parecía estar disfrutando de la escaramuza y dando tan bien como recibía. Michael vio que lady Darkmonth se había dado cuenta de su coqueteo. Su ceño fruncido era un mal presagio para la descuidada Eleonor.

Quizás debería intentar de nuevo convencer a su tía de que la honorable señorita Linford no tenía ninguna esperanza de ganarse su estima.

A su lado, la señorita Everwood, más reservada pero tan cordial como Caroline Clayton, charlaba con lord Lewellyn. Michael se preguntó hasta qué punto había influido en la joven. Era evidente que eran vecinas y amigas íntimas. George había dicho que la señorita Everwood era una dama empobrecida que iba a visitar a unos parientes. Probablemente, el padre de Caroline era un clérigo o algo por el estilo, que había aprovechado la oportunidad para enviar a su hija a Londres en compañía de una respetable mujer mayor. Era extraño que ninguna de los dos hubiera mencionado a su familia, pero, por supuesto, él no había preguntado. Sus antecedentes no eran asunto suyo.

Llamó la atención de Caroline. Ella le dedicó una sonrisa tentativa y, de algún modo, él no pudo evitar devolvérsela.



—No pretendía meterla en problemas. —Caroline se acomodó en la butaca junto a Adelaine y miró consternada a Eleonor, encogiéndose ante el ataque de la ira invernal de la condesa—. Solo le sugerí que dejara de perseguir al conde, no que empezara a flirtear con el señor Crawfort en su lugar.

—Entonces no tienes nada que reprocharte.

—No, pero espero que Eleonor no me culpe. A decir verdad, no puedo imaginar lo que ella ve en el señor Crawfort. Él y el señor Branwell son solo muchachos. Oh, querida, parece

miserable. Cuánto me alegro de que lady Darkmonth no se fije en mí.

—Podríamos no existir por toda la atención que nos presta —convino Adelaine, sonriendo—. Sin embargo, tuve una interesante conversación con su sobrino durante la cena. Como has dicho, es un compañero agradable cuando se olvida de su posición.

—Si tan solo fuera consecuente. Aquí dentro, antes de cenar, me congeló con una mirada, luego en la mesa me sonrió de la manera más amistosa.

—Tal vez se ha enterado de que eres la responsable del cambio de los sentimientos de la señorita Linford.

—¿Tú crees? Ella podría habérselo dicho a Havesham, quiero decir, a Lord Havesham, y él podría habérselo transmitido. Es la única persona que parece estar a gusto con el conde, y sospecho que es porque es impermeable a los desaires. —Suspiró—. Lord Darkmonth ya no tendrá motivos para estarme agradecida si lady Darkmonth asusta a Eleonor para que vuelva a ponerle la sogá.

—¡Caroline!

—A reanudar su persecución —enmendó—. Es increíble cómo se me quedan grabadas las frases de Derek cuando lo hemos visto tan poco desde que se fue a la escuela, y menos desde que empezó a pasar las vacaciones con sus amigos. ¿Crees que podremos visitarle mientras estemos en el sur?

—Eton no está muy lejos de Londres, pero sospecho que un colegial de dieciséis años podría encontrar un poco embarazosa la visita de su hermana mayor y su antigua institutriz.

Caroline se rió con pesar.

—Sin duda. La última vez que vino a Whitehall pasó mucho más tiempo con los chicos del pueblo que con nosotras.

Mientras rememoraban los días felices en los que el joven lord Clayton se contentaba con hacer compañía a su hermana, Caroline no dejaba de mirar hacia la puerta. Seguramente los caballeros no se demorarían mucho en el puerto después de los disturbios de la noche anterior. Estaba ansiosa por saber si Eleonor se limitaría a evitar al señor Crawfort a instancias de lady Darkmonth, o iría tan lejos en contra de su propia inclinación como para buscar al conde. La muchacha estaba sentada al lado de la condesa, completamente acobardada.

Por otra parte, la regordeta señorita Delayne había perdido su aire de tímida aprensión. Como Caroline había notado antes, rebosaba de buen humor, tanto como podía rebosar alguien a quien nadie prestaba la menor atención. Caroline quería preguntar a lord Darkmonth qué le había dicho a su prima. Esperaba que Eleonor no lo monopolizara.

El conde no tardó en conducir a los caballeros al salón. En cuanto lo vio, su tía ordenó a Eleonor que se acercara al pianoforte.

—Darkmonth pasará las páginas por ti —dijo, como había hecho la noche anterior.

Eleonor se levantó e hizo una reverencia.

—Le ruego me disculpe, señora, pero creo que debo hacer una visita a mi hermana. —Havesham le tendió una mano—. Iba a preguntarle si quería acompañarme. Le ruego que nos disculpe, *milady*.

—Si su señoría desea música —dijo Caroline—, estaré encantada de complacerla, si lord Darkmonth es tan amable de pasar las páginas.

Aunque la condesa ignoró su ofrecimiento y los labios apretados del conde reprendieron su presunción, se acercó al instrumento y empezó a ojear la música. Él la siguió, probablemente para expresar su reproche, pensó ella, pero el señor Branwell tiró de su amigo para que se uniera a ellos.

El silencio represivo de su señoría pronto llevó a los jóvenes caballeros a pedir permiso para jugar al billar. Una vez concedido, escaparon, y el señor Branwell echó una mirada retrospectiva. Mientras tanto, Caroline encontró una sonata de Johann Christian Bach que conocía tan bien como para poder tocarla sin esfuerzo. Rápidamente se sentó y empezó a tocar.

Al final del primer movimiento, lord Darkmonth dijo a regañadientes:

—Toca bien, señorita Clayton.

—Bastante bien, pero no demasiado. Tocar el pianoforte es un logro esencial para una dama, y lo disfruto cuando no me obligan a practicar demasiado a menudo. —Animada por su sonrisa, le devolvió el cumplido—. Pasa bien las páginas, señor.

Eso le arrancó una carcajada.

—Bastante bien, pero no demasiado.

—Muy bien. Un logro deseable, si no esencial, para un caballero. Pasar una página demasiado pronto o demasiado tarde causa estragos en el ritmo y a menudo destruye por completo una pieza.

—¿Habla por amarga experiencia?

—Así es. En verdad, es un triunfo persuadir a algunas personas para que pasen la música. —Estaba pensando en su hermano. Para evitar preguntas que pudieran conducir a su familia, desvió el tema hacia la de él—. Parece que ha triunfado sobre el bajo estado de ánimo de la señorita Delayne. Supongo que fue lo que le dijo esta tarde lo que hizo que su prima estuviera tan alegre.

—Eso espero. Solo le aseguré que, si prefiere cuidar la casa de su hermano a bailar atendiendo a mi tía, mi carruaje la llevará a casa de su hermano tan pronto como lo desee.

—Espléndido. Confío en que esté dispuesta a esperar hasta que se disipe la niebla.

—Está muy segura de que ella no ha elegido una vida de lujo y ocio en vez de quedarse recluida en una casa —dijo él cortante.

Caroline lanzó una mirada significativa a la condesa viuda, luego intentó la diplomacia.

—Supongo que le tiene un cariño prodigioso a su hermano, y me atrevo a decir que llevar una casa, por pequeña que sea, es preferible a ser un pariente pobre, incluso en un entorno lujoso.

—Se atreve a decir.

—En cuanto vi su cara de felicidad, antes de la cena, supe que habías sido amable con ella. No quería que el señor Simmons la avergonzara de nuevo, como hizo ayer en la mesa, así que prácticamente lo obligué a aceptarme.

—Dudo que obligarla fuera necesario. Parece que se lleva muy bien con él.

—No es difícil de manejar, si uno lo hace de la manera correcta.

—Usted es capaz de manejar a cualquiera, ¿no es así, señorita Clayton?

Su tono volvía a ser gélido. El corazón de Caroline se hundió. ¿Creía él que ella lo estaba «manejando», o, simplemente, desaprobaba su disposición a ser amistosa con todo el mundo?

Desaprobaba tantas cosas.

De repente, el peso del cansancio se abatió sobre ella. Estaba demasiado cansada para soportar sus caprichosos cambios de humor. Todo lo que pudo hacer fue cerrar el piano y levantarse.

—Perdóneme si no termino la pieza —dijo con esfuerzo—. Estoy muy cansada.

Al instante, él se mostró solícito.

—Perdóneme, mi querida señorita Clayton. Debe de estar agotada después de pasar toda la noche en vela con lady Havesham. Pediré té inmediatamente.

—Gracias, *milord*, pero lo único que quiero es mi cama. —Con la más esbozada de las reverencias en dirección de lady Darkmonth, se apresuró a salir de la habitación.

Estaba conteniendo las lágrimas. Maldito sea el desgraciado, con su alternancia de calidez y frialdad. No es que las ganas de llorar tuvieran nada que ver con él, por supuesto. Era puro agotamiento.

CAPÍTULO 8

La bola de Caroline rebotó en un lado de la mesa de billar y rodó con pausada deliberación por el tapete verde hasta caer en la tronera central.

—Bien hecho. —Eleonor aplaudió.

—No, no —la corrigió Bob Crawfort—. Se supone que tienes que mandar la bola del contrario a la tronera, o al menos golpearla por el camino. La señorita Clayton acaba de darnos tres puntos. —Los anotó en la pizarra.

—Pues a mí me ha parecido muy ingenioso —insistió Eleonor—. Pero gracias por los puntos, Caroline.

—No diré que de nada —dijo Caroline, riendo—, o el señor Branwell me golpeará con su taco.

Angustiado, el joven larguirucho le aseguró con seriedad:

—No se me ocurriría hacer tal cosa. Todo el mundo juega mal de vez en cuando. Aún vamos por delante. —Miró a su amigo, que estaba explicando las reglas a Eleonor por quinta o sexta vez, y bajó la voz—. Principalmente, porque la señorita Linford no entiende el juego. Es usted muy buena jugadora para ser tan novata, señorita Clayton.

—Al menos sé a lo que apunto, aunque no pueda acertar.

—Me alegro de que sea mi compañera. —El honorable señor Branwell la miró con patente admiración.

Le recordaba a un cachorro vejatoriamente devoto que una vez la había seguido durante días, aullando cada vez que la perdía de vista. Al igual que el cachorro, el señor Branwell debía de estar desanimado, pero ella no estaba segura de cómo. Al darse la vuelta, vio que Eleonor hacía pucheros y el señor Crawfort parecía exasperado.

Caroline decidió que era hora de distraerse.

—Me he estado preguntando —dijo— qué han hecho ustedes dos para ser expulsados de la universidad. Puesto que no parecen estar muy abatidos, supongo que no fue nada demasiado vergonzoso.

El señor Crawfort sonrió.

—Fue una broma sin importancia, aunque supongo que mi padre no estará de acuerdo. Me atrevería a decir que el viejo me enviará directo a Somerset en vez de dejarme disfrutar un poco de la ciudad.

—El mío también —dijo el señor Branwell—, pero valió la pena.

—Cuéntanos lo que hiciste —rogó Eleonor, animándose.

Al recordar algunas de las historias de su hermano, Caroline tuvo repentinos reparos.

—Si la historia es apta para los oídos de una doncella delicada.

—No es en absoluto nada delicado —protestó el señor Branwell, conmocionado.

—Nos colamos en el comedor justo antes de la cena... —El señor Crawfort hizo una pausa —. Sí...

La alegre voz de Havesham llegó desde detrás de Caroline.

—No dejes que te interrumpamos. Apuesto a que pusisteis la sal en los azucareros y el azúcar en los saleros. Es un viejo truco venerable.

Caroline miró a su alrededor. Lord Darkmonth se alzaba detrás de su amigo, más bajo, y sus anchos hombros llenaban el umbral de la puerta. Su expresión desdeñosa demostraba su total falta de interés por las travesuras infantiles de los estudiantes.

Caroline dirigió una sonrisa de bienvenida imparcial a ambos nobles, y luego se volvió hacia el señor Crawfort.

—¿Es eso lo que hicisteis? —preguntó—. ¿Cambiasteis la sal y el azúcar?

—No, robamos los cuchillos de todas las mesas...

—No cucharas y tenedores, solo cuchillos —dilucidó el señor Branwell.

—Y no todos los cuchillos —continuó el señor Crawfort—. Branwell dijo que sería más divertido si dejábamos uno en cada mesa y eso hicimos.

—En lugar de no poder comer, todo el mundo llegó a las manos por el único cuchillo que dejamos.

Al imaginarse la escena, Caroline soltó una risita, al igual que Eleonor. Havesham soltó un grito de risa.

—Muy inteligente —dijo con admiración.

Lord Darkmonth parecía aburrido.

Más para provocarlo que por otra razón, Caroline dijo:

—¿No cree, *milord*, que ha sido especialmente ingenioso dejar un cuchillo por mesa? El señor Branwell tiene una imaginación original. —Sonrió al joven, que enrojeció de placer ante su cumplido e intentó parecer modesto.

—Lástima que no la aplique a una causa más digna —dijo el conde de forma cáustica.

—Vamos, Michael —protestó Havesham—. Una broma inofensiva. Los chicos serán chicos, ya lo sabes. —Como su amigo parecía a punto de rebatir esta afirmación, se apresuró a decir—: —¿Jugando al billar? No sabía que jugabas, Eleonor.

—El señor Crawfort me ha estado enseñando, pero las reglas son monstruosamente confusas. ¿Me lo explicarías, Havesham?

Se ruborizó, pero dijo con desgana:

—Tienes razón. —Y se acercó a la mesa para demostrar, con la ayuda de Bob Crawfort,

los distintos golpes posibles.

—¿Y usted también está confundida con las reglas, señorita Clayton? —Lord Darkmonth sonaba algo burlón—. Tuve un excelente profesor en el señor Branwell, *milord*.

—El señor Branwell es un verdadero dechado.

—Es amable al tomarse la molestia de explicarme, y más amable al permitirme jugar como su pareja, ya que hasta ahora mi dominio de las reglas no se ha traducido en ningún grado de destreza.

—La práctica hace al maestro, señora. Le ruego que me disculpe, me buscan en otra parte. —Con una leve reverencia se dirigió hacia la entrada de la casa.

Caroline lo siguió, exasperada. Había albergado la escasa esperanza de que él se dignara a ayudarla a mejorar su juego, admitió para sí misma. Más tonta ella.

Se dio cuenta de que el señor Branwell la miraba con algo parecido al temor.

—¡Qué valiente es al enfrentarse a *lord Dark*, señorita Clayton! Me da escalofríos cuando se pone así.

—Fue abominablemente grosero con usted. Olvidémosle.

Lord Havesham había terminado su exposición de las reglas del billar.

A pesar de la expresión de desconcierto de su cuñada, retó a los jóvenes y a Caroline a una partida, los tres contra él y Eleonor.

Caroline declinó. Había perdido el interés por el billar.

—Aún no he visitado a lady Havesham y al bebé esta mañana —se excusó.

—Pamela estará encantada de verte —le aseguró Havesham.

Se apresuró a ir al vestíbulo y luego subió las escaleras, pero no había ni rastro de lord Darkmonth. No es que estuviera segura de lo que quería decirle, si se hubiera encontrado con él.

Michael abandonó la sala de billar enfadado. Los elogios de Caroline a Branwell le habían molestado, no sabía por qué.

Excepto que había sido excesivo: el tipo no era más que un muchacho irresponsable, indigno de la alta estima que ella le tenía. Sí, un muchacho, demasiado joven para ella y demasiado joven para ser tomado en serio.

Deseando haberse quedado para darle algunos consejos sobre el manejo del taco de billar, se dirigió a su biblioteca. Allí encontró de nuevo al abogado Robbins, que miraba con nostalgia el armario cerrado.

—*Milord*, ¿es eso... es posible que sea la *Morte d'Arthur* de Malory en la primera edición de Caxton de 1485?

—Sí. ¿Lo conoces? —preguntó Michael, sorprendido e impresionado.

—Lo conozco. Nunca he visto una copia. No existen más de dos o tres ejemplares, creo.

—Es el premio de mi colección. ¿Le gustaría echarle un vistazo?

Extrajo la llave del cajón secreto de su escritorio, abrió el armario y sacó el precioso volumen, manejándolo con sumo cuidado. Al depositarlo sobre la larga mesa, dispó un

momentáneo recelo. Cualquier caballero con los conocimientos suficientes para reconocer el libro sabría cómo tratarlo, y el asombrado afán de Robbins lo reconoció como un bibliófilo empedernido.

Algún tiempo después, la señorita Everwood entró en la biblioteca. Michael se levantó a medias. Robbins, con la *Utopía de Moro*, la traducción inglesa de 1551, en las manos, levantó la vista y sonrió de forma distraída.

—Le ruego que me permita molestarles, caballeros —dijo la señorita Everwood—. He venido a devolverle este libro, *milord*. ¿Me presta otro?

—Por supuesto, señora.

Al parecer sabía exactamente lo que quería y dónde encontrarlo, pues un momento después se marchó sin interrumpir más su conversación. Una mujer sensata, pensó Michael.

El abogado habló de su pequeña colección.

—Mi adquisición más valiosa es el libro de *Francis Bacon* de Francis Bacon —dijo.

—¿La primera edición? 1605, ¿verdad? Me gustaría verla.

—Estaré encantado de enseñársela, *milord*, si me hace el honor de visitarme en Hart Street cuando esté en la ciudad. Hart Street, Bloomsbury Square.

—Bloomsbury Square. Déjeme anotarlo antes de que se me olvide. —Pero mientras se dirigía al escritorio y tomaba nota, Michael sabía que no olvidaría la indicación del señor Robbins. La oportunidad de hablar con otro amante de los libros era demasiado rara.



Caroline subió a ver a lady Havesham y a su hijita, ambas florecientes. Al bajar, se desvió por la larga galería donde se exhibían los retratos de la familia Delayne, los primeros de los cuales databan de la época de los Tudor. La señorita Delayne estaba allí antes que ella.

—Estoy despidiéndome de mis antepasados, señorita Clayton —explicó, con un rostro regordete y radiante—. Al igual que usted, abandonaré la Mansión en cuanto se disipe la niebla. ¿Le interesa la historia de la familia?

Caroline estaba más interesada en el carácter de la familia, como revelaban, esperaba, sus ojos brillantes. Sin embargo, no quería decepcionar a la pequeña dama.

—Por favor, cuénteme, señora —insistió.

—Es un linaje antiguo, querida —dijo con orgullo—. Mucho más antiguo que la mayoría de la nobleza inglesa. Hubo un conde Neil de Darkmonth antes de la conquista normanda.

—¡Muy antiguo! —El primer antepasado noble de Caroline había debido su vizcondado al cariño de Carlos II por su esposa, y el marquesado había sido una recompensa por apoyar la reclamación de Jorge I al trono británico.

—No tenemos retratos de ese período, por desgracia, pero la descendencia puede ser rastreada. Bajo Guillermo el Conquistador, el título quedó en suspenso, el nombre se afrancesó a Delayne, y la mayor parte de las tierras se entregó a la iglesia romana para fundar una Mansión.

—Entonces apuesto a que la fortuna de la familia revivió bajo Rupert VIII.

—Muy cierto, querida. La disolución de los monasterios devolvió Darkmonth a los Delayne, y el rey Rupert restauró el título. Aquí está el primer Conde de Darkmonth de los tiempos modernos.

El cuadro estaba oscurecido por la edad, y una poblada barba se enroscaba sobre el pecho enojado del conde, pero Caroline reconoció la barbilla cuadrada y decidida. Sin embargo, no había nada de gélida altivez en la mirada del noble Tudor. Parecía tener tanta sangre como su señor real.

A medida que avanzaban por la galería, vio rostros duros y débiles, rostros severos, alegres e incluso crueles, pero ninguno mostraba el frío desdén tan característico de Michael Delayne, el actual lord Darkmonth.

—Aquí están mis primos, el difunto conde y su hermano. —La señorita Delayne se detuvo ante el penúltimo retrato, en el que dos jóvenes de pelo empolvado sostenían escopetas con perros de caza a sus pies—. ¿Habrás visto un cuadro más reciente del difunto lord Darkmonth en el salón?

El rostro perplejo, más bien vago, le resultaba familiar. Caroline estudió con más interés al segundo joven, que sin duda debía de ser el padre de Michael. Aunque tenía el inconfundible mentón fuerte de Delayne, su expresión era abierta, alegre, incluso amistosa. ¿Cómo había engendrado un hijo tan distante?

—Y la actual lady Darkmonth. —El tono de la señorita Delayne estaba lleno de resentimiento—. No necesitamos detenernos en ella, ni siquiera es una Delayne de nacimiento, por supuesto. Es hija de un simple baronet, y de un segundo baronet. —Bufó de forma despectiva.

A los veinte años, la actual lady Darkmonth había sido una mujer sorprendentemente guapa, pero incluso entonces su belleza se veía empañada por su aire de arrogante desprecio. Los niños agrupados a su alrededor, tres niñas y un niño de unos ocho años, ya estaban marcados por el mismo rasgo.

Michael Delayne no era pariente consanguíneo de la condesa, pero sin duda ella era responsable de las características que le habían valido el sobrenombre de *lord Dark*.

Desconcertada y curiosa, Caroline siguió a su guía fuera de la galería. No estaba segura de qué preguntas hacer, y dudó en interrumpir la explicación de la señorita Delayne sobre su propia relación con la familia. Llegaron al salón y la oportunidad de saber más de lord Darkmonth se esfumó.

Varias personas se habían reunido en el largo salón, leyendo, escribiendo cartas, cosiendo o conversando tranquilamente. Su señoría no estaba entre ellos, ni tampoco su tía, pero Adelaine estaba allí.

—¿Qué está leyendo, señora? —le preguntó Caroline—. Me he dejado el libro en la biblioteca, creo.

—Si va a buscarlo, procure no interrumpir a los caballeros. Están absortos estudiando unos viejos volúmenes mohosos. —La señorita Everwood sonaba inusualmente disgustada, pero Caroline apenas se dio cuenta.

—¿Está lord Darkmonth? No lo molestaré si puedo evitarlo. Estamos enfrentados en este momento.

—Oh, Caroline, ¿qué le has dicho?

—¿Yo? Nada. Es tan cambiante como una veleta, lo juro. Iré a por mi libro y veré si ha recuperado su temperamento.

Cuando Caroline entró en la biblioteca, el conde estaba cerrando las puertas de la vitrina mientras el señor Robbins le daba las gracias por un regalo poco frecuente. El abogado la vio y le preguntó si sabía dónde podía encontrarse la señorita Everwood.

—En el salón, señor. Está leyendo. He venido a buscar mi libro. —Caroline rodeó la mesa y fue a comprobar el atril que había junto a la silla donde había estado sentada.

—¿*La vida de Johnson*, señorita Clayton? —preguntó lord Darkmonth.

—Sí, señor. —Ella se asombró de que él se hubiera acordado—. La dejé aquí, creo, pero ya no está.

—Sin duda lo han vuelto a guardar.

—¡Cielos, nunca lo volveré a encontrar!

Se rió.

—Me atrevería a echarle un guante, pero ¿quizás sería tan amable de complacerme con una partida de ajedrez?

Caroline aceptó con presteza. Desde que su discusión con el señor Robbins había disipado su mal humor, no tenía intención de desperdiciar ni un momento de su agradable humor. Entonces, mientras cogía un tablero de ajedrez de un cajón de la mesa, se dio cuenta de que el abogado se había marchado.

De nuevo estaba sola con el conde. Su corazón comenzó a palpar en su pecho y su respiración se hizo extraña.

—¿Jugamos en el salón? —sugirió con la voz entrecortada. Se aclaró la garganta—. El ajedrez chino es tan encantador que me gustaría volver a jugar con él.

—Como quiera, señora. —Cerrando el cajón, le dirigió una mirada interrogante, como si se diera cuenta de su incomodidad—. Permítame que le traiga su libro para que no tenga que buscarlo más tarde.

—Gracias, *milord*. —Ella se dirigió a la puerta mientras él iba directamente a la estantería correcta y le traía el volumen.

Cruzaron el vestíbulo hasta el salón, se sentaron a la mesita de damero y dispusieron las piezas. Adelaine hablaba con el señor Robbins y lady Darkmonth se había reunido con la señorita Delayne y la señora Barlow.

—El ajedrez es un juego muy intelectual, lo juro —dijo la señora Barlow en tono cargado—. Siempre lo he considerado muy poco apropiado para las mujeres delicadamente educadas, ¿no es así, señora?

—De hecho, solo una intelectual se atrevería a probarlo —convino su señoría—. Ninguna mujer puede esperar a jugar lo suficientemente bien como para desafiar a un caballero, pero sin

duda Darkmonth permitirá que la señorita Clayton gane.

—Espero que no lo haga, señor —dijo Caroline con indignación en voz baja—. Prefiero perder honradamente que ganar por incomparecencia.

Él le sonrió.

—No tema, señorita Clayton, consideraré un honor derrotar a una intelectual.

—¡Está usted muy segura de sí misma!

—No, se lo prometo. No porque sea usted una mujer, sino porque tengo varios años más de experiencia.

—Es cierto —concedió ella, adelantando un peón—. Además, en realidad no soy una intelectual.

Su sonrisa se transformó en una mueca.

—¿No lo eres? Te ruego que no se lo digas a mi tía. Se desilusionará mucho.

—No la decepcionaría por nada del mundo. —En voz más alta, continuó—: Se cree que el ajedrez es de origen indio, ¿verdad, *milord*?

—Creo que el juego fue introducido en China desde la India, aunque puede ser de origen persa. Ciertamente, en este juego las piezas que llamaríamos alfiles parecen ser monjes budistas, y el budismo es una religión india, no persa.

Caroline no sabía casi nada de Persia y mucho menos de China. Dirigió la conversación hacia las creencias y costumbres indias, pues había leído dos o tres libros sobre el tema cuando el hijo del vicario de Whitehall se había marchado a la India a hacer fortuna. El conde la siguió con seriedad, con una sonrisa acechándole en los ojos. Sabía que él era tan consciente como ella de la mal disimulada satisfacción de lady Darkmonth al ver confirmada su opinión sobre la advenediza señorita Clayton.

El rostro helado de su señora casi se resquebrajó en una sonrisa cuando su sobrino declaró jaque mate después de una lucha desigual.

—No estabas concentrada —consoló lord Darkmonth a Caroline en voz baja—. Estabas demasiado ocupada convenciendo a mi tía de tus credenciales de intelectual.

—Sí, pero habrías ganado de todos modos. Eres de lejos el mejor jugador. Si nos quedáramos aquí más tiempo, te pediría clases.

—Quién sabe, tal vez la niebla persista durante quince días.

¿Sonaba esperanzado? Con pesar, Caroline descartó la posibilidad.

CAPÍTULO 9

-La niebla se está disipando, *milord*.

Michael se acercó a la ventana de su vestidor y descorrió la cortina. La luna nimbada brillaba a través de una fina cortina de niebla arremolinada.

—Así es, George. —Se esforzó por evitar que la decepción se reflejara en su voz.

Parece que lo consiguió.

—Supongo que te alegrarás de ver la parte de atrás de ese lote —dijo su ayuda de cámara sombríamente—. El cochero del correo ya ha ido a prepararse para mañana.

—No pareces contento.

—La verdad es que me he encaprichado de la doncella de la señorita Everwood, *milord*. —Suspiró mientras vertía agua caliente en la palangana del lavabo—. Bueno, no hay futuro en ello, y eso es un hecho.

—Tal vez puedas verla en la ciudad. ¿Por qué no preguntas por su dirección? —Por alguna razón, ese pensamiento animó a Michael.

George también se animó.

—Lo haré, *milord*. ¿Iremos a Londres, entonces?

—Tengo algunos asuntos que nos llevarán allí en algún momento de esta primavera. En abril, tal vez. ¿La señorita Everwood estará allí tanto tiempo?

—No lo sé. Ni siquiera sé si se quedará en la ciudad o se irá a otra parte. Ella no lo ha mencionado.

—Pues averígualo. —Su ánimo volvió a decaer. Aunque la señorita Everwood fijara su residencia en Londres, su joven amiga podría encontrar un puesto en cualquier parte del país. No es que la situación de la señorita Caroline Clayton le afectara lo más mínimo, salvo que le parecía una lástima que una damisela tan vivaz estuviera destinada a convertirse en institutriz.

George lo estaba ayudando a ponerse el abrigo cuando Havesham llamó a la puerta y entró.

—La niebla habrá desaparecido por la mañana —anunció—. Mi hombre me dice que el cochero del Correo ya ha ido a informar del accidente.

—Eso tengo entendido. Sin duda volverá con otro vehículo a recoger a sus pasajeros.

—La señorita Everwood y la señorita Clayton se marcharán. Dijiste que pensarías en una forma de recompensarlas por ayudar a Pamela. ¿Alguna idea?

—Cuanto más las veo, más seguro estoy de que ofrecerles dinero las ofendería. —Michael se quedó pensativo—. Sugiero que prestes tu carruaje para llevarlas a Londres. Viajarán con

mucha más comodidad y evitarán gastos imprevistos por el camino.

Havesham sonrió.

—Es una idea diabólicamente buena, Michael. Le daré a mi cochero suficiente dinero para pagar sus comidas y demás.

—Él podrá decirte dónde se alojan, y quizás cuando vayas a la ciudad descubras otras formas de ayudarlas. —Hizo como si no viera el guiño y la amplia sonrisa de George. Sin duda, su ayuda de cámara también le sonsacaría al cochero de Havesham las indicaciones de la señorita Everwood y de su doncella.

—Sí, me atrevo a decir que Pamela podrá ayudar a la señorita Clayton a encontrar un buen puesto —dijo Havesham con satisfacción.



—La niebla casi ha desaparecido, señorita Caroline.

—Oh, no, ¿en serio? —Caroline corrió hacia la ventana de su habitación y descorrió las cortinas. Una estrella brillante centelleaba hacia ella, y no muy lejos, el esqueleto invernal de una alta haya se alzaba envuelto en velos de niebla iluminados por la luna.

—¡Caramba! Supongo que tendremos que irnos mañana.

—¿No quiere, *milady*? —Sorprendida, Ella volvió al título de su señora—. Señorita, quiero decir. Creía que tenía muchas ganas de ir a Londres.

—Las tenía. Las tengo. Pero no cuando *lord Dark* está empezando a descongelarse. Fue agradable toda la tarde.

Agradable con Caroline ella al menos. Había desairado a la impermeable Simmons y al pobre y sensible señorita Branwell. Ella sospechaba que no lo había hecho deliberadamente, con intención de herir. Sus modales habituales bastaban para desairar a la mayoría de la gente. Tenía la esperanza de que, con unos días más, podría persuadirlo de que adoptara un comportamiento menos glacial.

Así se lo dijo a Adelaine cuando se reunió con ella en su dormitorio.

—Querida, la naturaleza de un hombre no se cambia tan fácilmente.

—No creo que sea frío por naturaleza. Es más como una armadura que se pone.

—¿Para protegerse del mundo?

—Para mantener al mundo a distancia, más bien. Armadura no es la palabra adecuada.

—Si desea mantener al mundo a distancia, sin duda tiene sus propias razones. Será mejor que no interfieras, Caroline.

—No tendré oportunidad, ya que debemos partir mañana —dijo descontenta.

Bajaron al salón. Havesham se apresuró hacia ellas, con su rostro complaciente.

—Señoras, permítanme ofrecerles mi carruaje para llevarlas mañana a Londres.

—Tiene muchas ganas de perdernos de vista, *milord* —se burló Caroline.

—No, no, nada de eso, se lo aseguro. De hecho, dejé a Eleonor quejándose a Pamela de que no sabrá cómo seguir adelante sin usted. Señorita Clayton, verá —añadió en voz baja, mirando a su espalda—, al estar confinada en su cama, Pamela no podrá apoyar a Eleonor contra todas las demás mujeres como ha hecho usted.

—Lady Havesham se levantará pronto —le aseguró la señorita Everwood—. Está recuperando sus fuerzas muy rápido.

—¿Eso cree, señora? Por Dios, desearía que se quedara. Tampoco tiene que apresurarse en marcharse. Mi carruaje puede llevarla en cualquier momento.

Caroline miró esperanzada a Adelaine, pero la dama negó con la cabeza.

—No debemos abusar de la hospitalidad de lady Darkmonth, señor.

—Señor, yo diría que no. No vale la pena ni pensarlo. Pero aceptará mi carruaje, ¿verdad? No iré a ninguna parte hasta que Pamela esté en condiciones de viajar, y mi ganado necesita ejercicio —añadió con aire inspirado.

Esta vez Adelaine asintió y Caroline dijo:

—Es usted muy amable, *milord*. Aceptaremos encantados.

—Bien, está decidido entonces. Iré enseguida a dar órdenes a mi cochero. ¿Le parece bien a las diez? Son cuatro o cinco horas de viaje, así que llegaréis a plena luz del día.

Mientras Havesham iba a buscar a su cochero, un pensamiento repentino asaltó a Caroline. Atónita, se volvió hacia Adelaine.

—Pero, si su carruaje nos lleva a St. James's Place, ¡todo el mundo sabrá quién soy!

—Entonces, no iremos directamente a casa de tu padre, querida. Podemos ir a una posada o, si no tienes inconveniente, podríamos llevar al señor Robbins y alquilar un coche de caballos en su casa.

—¿No le parecerá raro? —dijo Caroline dubitativa.

La señorita Everwood se ruborizó.

—Me temo que ya conoce su secreto. Él adivinó la mayor parte y yo... Le confié el resto. No te delatará.

Antes de que Caroline pudiera responder, lord Darkmonth se acercó a ellas.

—Espero que hayas aceptado la oferta del carruaje de Havesham —murmuró—. Te habría prestado el mío de no ser porque ya se lo prometí a mi prima Delayne.

Caroline lanzó a Adelaine una mirada triunfante. Su señoría, sintió ella, había demostrado que su naturaleza era amable.

—Gracias, señor —susurró—. Iremos en el carruaje de Lord Havesham. ¿Cree que le importaría que invitáramos al señor Robbins a viajar con nosotros?

—¿El Sr. Robbins? No me imagino que Havesham se oponga, pero confío en que no pretenda amontonar al resto de sus compañeros de viaje en el techo.

Riendo, Caroline le aseguró que esa idea se le había pasado por la cabeza, solo para ser

descartada de mala gana.

Eleonor entró en la sala, seguida de los dos estudiantes. Empezó a lamentar la marcha de Caroline.

—Ojalá pudiéramos ir nosotras también —se quejó—. Pamela se encuentra bien. Estoy segura de que está en condiciones para viajar.

—No hasta dentro de quince días —dijo la señorita Everwood con firmeza.

—Entonces, Havesham podría llevarme a Town ahora y volver a buscar a Pamela más tarde.

El conde la fulminó con una pregunta desdeñosa:

—¿Dejarías a tu hermana sola y confinada en su habitación, en una casa que no te parece acogedora?

Con las mejillas coloradas, Eleonor se marchó del brazo de Bob Crawfort. No se podía confiar en la amabilidad de lord Darkmonth, reflexionó Caroline.

Aunque incómodo en presencia de su señoría, el señor Branwell se quedó.

—Ojalá hubiera comprado un asiento interior —murmuró con nostalgia a Caroline—, pero al menos nos veremos en las posadas.

—Me temo que no. —Ella le explicó la oferta de Havesham. Parecía tan decepcionado que ella le dio unas palmaditas consoladoras en el brazo. Lord Darkmonth frunció el ceño.

La expresión del señor Branwell denotaba una lucha interna. Caroline sospechaba un conflicto entre sus estrictas nociones del comportamiento adecuado hacia las damas y el deseo de preguntarle por su dirección. No podía decírselo, pero no quería desairarlo, así que empezó a hablar de la ruta a Londres. Había oído que Henley era un lugar muy bonito y ansiaba contemplar la magnífica vista del castillo de Windsor, del que tenía una xilografía en casa.

—Es visible desde la carretera, ¿verdad? —le preguntó al conde.

Él le aseguró que era visible e impresionante desde una gran distancia. En ese momento, lady Darkmonth entró en el salón. Caroline le hizo una pregunta muy seria sobre la historia del castillo. Por el brillo divertido de los ojos de su señoría cuando le contestó, se dio cuenta de que sabía que ella estaba haciendo todo lo posible por mantener su carácter jovial.

La invitó a cenar. El señor Branwell consiguió sentarse al otro lado de ella, y durante el segundo plato hizo todo lo posible por convencerla de que le revelara dónde iba a alojarse en la ciudad, sin preguntarle directamente. Ella superó sus preguntas con facilidad, desviando la conversación hacia las diversiones en la ciudad.

Como esperaba, los gustos de Caroline iban desde el anfiteatro de Astley hasta paseos en barco de vapor por el Támesis y ascensiones en globo. Caroline esperaba tener tiempo entre bailes y paseos para disfrutar de tales placeres.

Cuando se volvió hacia lord Darkmonth, lo encontró sombrío. Lo atribuyó a su compañera de mesa, su hermana, que seguía enfurruñada. Sin embargo, él no respondió a sus insinuaciones, por lo que ella terminó su comida en un silencio desalentado. Su relación había vuelto a su estado inicial. En aquella primera cena, lo había obligado a hablar con ella. Ahora, no se atrevía a hacer tal esfuerzo. A partir de mañana no volvería a verle.

O, si lo hacía, sería para sufrir su ira por el engaño.

Casi se alegró cuando, después de cenar, Eleonor pidió su compañía para tocar a dúo. Havesham, Branwell y Crawfort se reunieron alrededor del piano. Lord Darkmonth se retiró a su biblioteca.



—Ya ha empacado toda su ropa, ¿verdad, señorita Ella?

—Sí, no había mucha, ya que no se puede llevar mucho en el Correo.

—Esta vez viajará con clase, en el carruaje de Lord Havesham.

—Me gustó ir en el techo del Correo. Hace bastante frío, pero se tiene una gran vista, y entre el cochero y los dos jóvenes caballeros nos lo pasamos muy bien.

—¡Ya lo creo! Ojalá no se fuera, señorita Ella. La voy a echar de menos, esa es la verdad.

—Bueno, no digo que no lo vaya a echar de menos, señor George. Ha sido tan amable y servicial.

—Un placer, estoy seguro. ¿Sabe qué? Su señoría dice que iremos a la ciudad en algún momento. Me gustaría verle de nuevo.

—¡Adelante!

—No le miento. A tu señorita Everwood no le importaría que salieras conmigo, ¿verdad?

—Así es, señor George.

—Vamos, deme su dirección, muchacha.

—Señor, no podría hacer eso, por nada del mundo.

—¿Por qué no? ¿No soy lo suficientemente buena para ti?

—Bastante bueno, y no digo que no me gustaría verle, pero... Le diré que me dé su dirección y ya me pondré en contacto con usted uno de estos días.

—Darkmonth House, en Grosvenor Square. Déjele un mensaje al mayordomo. Es tan almidonado como el viejo Reynolds, pero se encargará de que lo reciba. ¿Promete que lo hará?

—No prometo nada, y no es bueno tener cara de afligido.

—No pondré más cara de afligido si me da un beso, Ella.

—Vaya, ¡qué descarado! Bueno, está bien, George, pero solo uno, y con cuidado.



El conde no apareció en la sala del desayuno mientras Caroline estaba allí. Ella se negaba a creer que no se despidiera. No obstante, mientras subía a ponerse la capa, trató de pensar en una

excusa para buscarlo.

La excusa la esperaba en forma de libro sobre el tocador. Debía de devolverlo a la biblioteca, y de todos los lugares de la inmensa casa, lo más probable era que su señor estuviera allí.

Sin demora, se abrochó la capa marrón y volvió a bajar. La biblioteca estaba vacía, incluso cuando revisó las profundas y ocultas sillas junto a la chimenea. Desconsolada, dejó el libro sobre la mesa y se acercó a la ventana. Desde ella no había visto más que niebla, pero ahora descubrió que daba al amplio camino de entrada, frente a los anchos escalones de mármol que conducían a la puerta principal.

Un sonido en su espalda la hizo volverse, esperanzada. El señor Branwell se acercó a ella con pasos vacilantes. Su figura desgarrada se hacía más sólida por las tres capas de su gabardina.

—El carruaje llegará en cualquier momento —dijo—. Señorita Clayton, Caroline, tengo que verla en Londres.

—Lo siento, es imposible.

—Pero no me importa si va a ser institutriz. Te quiero.

Para su asombro, él la envolvió torpemente entre sus brazos e inclinó la cabeza, con los labios fruncidos, con la evidente intención de besarla. Ella giró la cabeza y el inexperto beso aterrizó en su sien. Con la cara hundida en su solapa, emitió una protesta ahogada.

Él graznó y la soltó. Lord Darkmonth lo tenía agarrado por el cuello.

—¡Bueno, de verdad! —Caroline habría rebuscado en su memoria algunos de los epítetos más elegantes de su hermano si el conde no hubiera estado presente—. Debo de decir que había pensado mejor de usted, señor Branwell. Debería avergonzarse.

Con el rostro color escarlata, balbuceó una disculpa contrita. Su señoría, con gesto adusto, lo soltó y el señor Branwell huyó de la biblioteca.

La indignación de Caroline dio paso a la vergüenza.

—Los caballeros jóvenes pueden ser un tanto imbéciles —masculó insegura.

—¿Prefieres la experiencia? —El fuerte brazo del conde le rodeó la cintura. Le levantó la barbilla con la mano. Sus enigmáticos ojos grises penetraron, dominaron su voluntad, la mantuvieron inmóvil y le robaron el aliento. Su boca descendió sobre la suya, caliente, exigente, insistente.

Ella se derretió en su abrazo, aferrándose a sus anchos hombros. La amaba. Sus dudas, su perplejidad, sus recelos sobre su carácter empezaron a desvanecerse como duendes a la luz del sol.

Sus besos, ligeros como plumas, acariciaron su mejilla y revolotearon por su frente. La acercó más a él, aplastándola contra su cuerpo de músculos duros. Un fuego se encendió en su interior y la alarma despertó.

No, él no la amaba. Seguro que pensaba que ella ansiaba su familiaridad. Que prefería las atenciones de un conde adinerado a las de un niño apenas liberado de las ataduras del delantal de su madre. Había olvidado que para él no era una dama, sino una muchacha desprotegida que tenía que abrirse camino en el mundo.

—¡No! —vociferó, y se soltó de sus brazos.

Él no intentó retenerla. Mientras ella trataba de recogerse el pelo revuelto, él se quedó observándola, con una mirada melancólica.

—Debería gritar —dijo ella con voz temblorosa—, o desmayarme, o abofetearte.

Sus labios, tan tiernos últimamente, se curvaron con desprecio.

—¿Por qué no lo haces?

Ella se apartó de aquellos ojos penetrantes. Al otro lado de la ventana, un carruaje con puertas crestadas se detenía ante la escalinata.

—El carruaje de Lord Havesham. —Recogiendo los jirones de su andrajosa dignidad, Caroline se levantó la capucha de la capa y se dirigió hacia la puerta, diciendo con altivez—: Da igual la edad, muchos caballeros no llegan a serlo nunca.

Si hubiera mirado a sus espaldas, se habría sorprendido al ver la sonrisa irónica y preocupada de *lord Dark*.

CAPÍTULO 10

-**H**as crecido una barbaridad, lo juro. Eres tan alta que pareces un palo. —La marquesa de Whitehall miró a Caroline con un mohín de desagrado. Siendo ella misma una Venus de bolsillo de cabellos dorados, había reivindicado una hija joven a la que poder presentar en sociedad. Una niña de veinte años, aunque se hiciera pasar por una de dieciocho, iba a ser una dura prueba para ella.

Al lado de la delicada belleza de porcelana de su madre, Caroline se sentía como una gigante torpe. El frívolo tocador de lady Whitehall, todo rosa y blanco con volantes y gasas plateadas, aumentaba su incomodidad. Gracias al cielo, sus propias dependencias, aunque elegantes, estaban amueblados con más sobriedad.

—Bueno, tu estatura no tiene remedio —continuó diciendo su señora con inquietud—, pero algo se podrá hacer con tu pelo y esa ropa tan penosa. Si estoy obligada a presentar una hija a los Ton, al menos debe de estar presentable. Tu doncella debe de ser reemplazada y te encontraré una modista competente.

—¡No puedo despedir a Ella! Su familia ha estado empleada en Whitehall desde siempre.

—Entonces, envíala de vuelta a Whitehall.

Caroline decidió que alegar los sentimientos heridos de su criada no impresionaría a la marquesa.

—No, la quiero conmigo —dijo con determinación—. Pronto aprenderá, mamá.

—Oh, muy bien, pero te ruego que no me llames «Mamá». Es muy anticuado, lo juro. Me atrevería a decir que la gente se nos quedaría mirando si usaras mi nombre de pila, así que puedes dirigirte a mí simplemente como «señora».

—Sí, señora —aceptó con tristeza. La mirada glacial de *lord Dark* nunca la había helado tanto como las palabras de su madre. Ahora estaba convencida de que, si no hubiera tomado cartas en el asunto, habría esperado en vano a que un carruaje la trajera de Lancashire.

—Pickerell, manda llamar al barbero y a la modista —ordenó lady Whitehall a su doncella, sin ni siquiera dirigirle una mirada a la alta y demacrada a la mujer—. Para que lady Caroline esté lista para su baile de presentación, deben de ponerse a trabajar de inmediato.

—¿Voy a tener un baile, Ma... señora?

—Por supuesto, niña tonta. Y serás presentada en la Corte. Es lo que se espera. Tendré que ser la anfitriona del baile y la carabina de tu presentación, así que cuanto antes acabe, mejor.

—¿Pero no me acompañarás durante toda la temporada, señora? —preguntó Caroline, desconcertada pero dispuesta a luchar contra cualquier intento de enviarla de vuelta a Whitehall.

—¿Y estar constantemente explicando que eres mi hija? ¡Eso ya sería el colmo! No será difícil encontrar a alguien que te lleve de paseo.

—Tengo varias tías, ¿no es así?

—Sí, pero, por desgracia, o viven en el extranjero, casadas con diplomáticos, soldados o funcionarios de las Indias Orientales, o están ridículamente atendiendo a sus familias. Supongo que tendré que contratar a alguien. Su institutriz, por ejemplo, ¿cómo se llama?

—Miss Everwood.

—Everwood es una mujer bien educada, ¿no es así?

—Oh, sí, señora, y elegante.

—Entonces, es la adecuada. No puedo perder mucho tiempo en esto. Ahora vete. Tengo que asistir a una de las tediosas cenas políticas de Whitehall esta noche y es hora de vestirme. Puedes venir a verme de nuevo cuando tu cabeza esté en condiciones de ser vista y te hayas hecho unos cuantos vestidos que estén a la moda.

Caroline hizo una reverencia y salió al pasillo iluminado por las luces de los candelabros. Su euforia ante la perspectiva de tener a Adelaine como acompañante contrastaba con el dolor que le producía la falta de agrado de su madre por su llegada y el interés por su futuro.

Estaba desesperada por ver a Adelaine, pero no tenía ni idea de dónde encontrarla. Aunque su casa no era tan grande como la Mansión de Darkmonth, la mansión de St. James's Place era espaciosa para ser una casa de pueblo. Las habitaciones de Caroline estaban en la parte trasera; al llegar el crepúsculo, había vislumbrado desde sus ventanas un jardín amurallado y, más allá, Green Park con sus rebaños de ganado y ciervos.

Al cruzar el rellano en lo alto de la escalera, vio que un lacayo vestido de granate la llamaba, el mismo joven alto que la había llevado a la habitación de su madre. Mientras le hablaba, se preguntaba que habría sido de su propio Justin y del viejo Jack.

—¿Sabe dónde está la habitación de la señorita Everwood? —preguntó.

—Sí, *milady*. ¿Le llevo a la señorita a su señoría?

Ella lo miró sorprendida. Nunca se le había ocurrido llamar a su institutriz como si fuera una sirvienta.

—No, por favor, dirígeme allí.

—Son los aposentos de la servidumbre, *milady* —dijo dudoso—. No es apropiado...

—Yo juzgaré lo que es apropiado. Muéstrame el camino.

La condujo por un par de escaleras traseras hasta un pasillo estrecho y sin alfombras, bordeado de puertas a intervalos cortos. Al menos no estaban en las buhardillas. Debían de ser las habitaciones de la servidumbre superior, el ama de llaves y el mayordomo, el tocador de su señoría, el secretario y el ayuda de cámara de su señoría... y Adelaine. El lacayo llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—¡Soy Caroline! —Ella irrumpió en la pequeña y monótona habitación—. Oh, Adelaine, no sabía que te habían escondido en un rincón horrible. Esto no está bien. Hablaré con el ama de

llaves de inmediato.

Con una sonrisa esforzada, la señorita Everwood señaló la ventana junto a la que se encontraba.

—Tengo vistas al parque, Caroline, y la habitación no es incómoda. No debes de alterar los arreglos de tu madre.

—No creo que a mi madre, a la que debo de llamar señora, le importe una mierda dónde estés alojada. Además, como vas a ser mi carabina, deberías estar cerca de mí en todo momento.

—¿Tu carabina?

—A la marquesa no le gusta que la vean con su hija pisándole los talones. ¡Tan escandalosamente envejecida!

—¡Querida!

—No me importa, Adelaine —dijo Caroline desafiante—. Prefiero tenerte a ti conmigo. No te negarás, ¿verdad?

—Por supuesto que no, mi querida niña. Por mi propio bien, tanto como por el tuyo. Esperaba que la marquesa me despidiera.

—¡Nunca! ¿Qué haría yo sin ti? —Corrió a los acogedores brazos de Adelaine y la abrazó, con la garganta apretada.

Juntas bajaron a la habitación de Caroline, donde Ella estaba desempaquetando su baúl. Justin y el viejo Jack, les anunció, habían llegado el día anterior, tras evitar la niebla tomando la diligencia vía High Wycombe en lugar de Henley. Nadie en la casa parecía interesado en el hecho de que el grupo de Lancashire hubiera llegado en dos grupos separados.

Caroline mandó llamar al ama de llaves, una mujer seria, pero eficiente que se disculpó rígidamente por su error con las dependencias. La señorita Everwood se instaló enseguida en una habitación cercana y una criada se ocupó de atenderla.

Las dos damas cenaron ante el fuego en el salón de Caroline, una agradable habitación decorada en azul claro y verde y adornada con ramilletes pintados y bordados de brillantes flores amarillas. Mientras Justin, encantado de volver a ver a su amante, les servía los deliciosos platos del chef francés, e hicieron planes para el día siguiente.

—Por fin puedo decir que tendré una temporada de verdad —masculló Caroline con un suspiro de satisfacción.

Aquella noche, demasiado excitada para conciliar el sueño, el recuerdo de la cara petulante de su madre la persiguió. Lo desechó con firmeza, pero fue sustituido por los rasgos altivos y apuestos del conde de Darkmonth. El gesto despectivo de su boca se transformó en una sonrisa de sardónica diversión, su mirada hostil se convirtió en ternura. Volvió a sentir la molesta presión de su brazo alrededor de su cintura, el contacto de sus labios...

—¡No! —Como entonces, gritó la palabra en voz alta, sentándose en la cama y cubriéndose la cara con las manos. Él se había aprovechado desmedidamente de su inexperiencia. Estaba decidida a olvidarlo.



Transcurrió una semana llena de actividad. La modista vino a tomar las medidas de Caroline y a sugerirle estilos, colores y telas. Vino el barbero y se vio obligado, como Ella ya le había sugerido, a admitir que el pelo de Caroline sencillamente no aceptaba un rizo; sin embargo, sugirió una nueva forma de peinarlo con suaves bucles que la complació. Y, luego, hubo interminables expediciones de compras para adquirir chales y retículas, zapatillas y bonetes, sombrillas y abanicos, cintas y guantes y medias.

Caroline se aseguraba de que la señorita Everwood obtuviera su parte de esta generosidad.

—Qué mortificante sería que mi carabina pareciera una institutriz —bromeó—. Esa seda lavanda te sentará admirablemente bien, y ahora debemos encontrarte una *pelisse* y un bonete a juego.

Incluso Ella tenía dos vestidos nuevos.

—Solo para que esa Pickerell con cara de hacha deje de mirarme por encima del hombro antes de que se quede bizca. —Estaba encantada con su vestido negro de seda para el día a día y un sorprendente verde lima que le quedaba de maravilla. Ambos los adornó con orgullo con encajes que ella misma había tejido.

Aunque Caroline disfrutaba de las fascinantes tiendas de la metrópoli, al cabo de una semana estaba lista para un cambio.

—Mañana —propuso, mientras el viejo Jack las llevaba a casa desde Oxford Street en el elegante carruaje de la ciudad—, pasaremos por Green Park, iremos a la biblioteca de Hookham y visitaremos al señor Robbins. Pensará que nos hemos olvidado de él.

—No creo que la marquesa apruebe que visites a un abogado —dijo con melancolía la señorita Everwood, con el ceño arrugado por la preocupación.

—Ella nunca lo sabrá. Solo he hablado con ella tres veces desde que llegamos. Ahora me doy cuenta de que tenías razón al decir que el señor Robbins no debía visitarte en St. James's Place, pero le prometí que te llevaría a verlo. Cuando lleguemos a casa, Justin irá a Hart Street con una nota para ver a qué hora es la mejor.

Justin regresó con una invitación para tomar el té en Hart Street la tarde siguiente. Mientras tanto, Caroline y la señorita Everwood se habían probado varios vestidos nuevos que les habían entregado mientras estaban fuera. Caroline pensó que Adelaine estaba especialmente joven y guapa con un vestido de paseo de muselina *jaconet* color ámbar con una pelele de tela circasiana a juego.

—Mañana te lo pondrás —sentenció—, y Ella te peinará con tirabuzones. El señor Robbins apenas te reconocerá.

Ella misma llevaba un vestido azul pálido con una *pelisse* azul pizarra. La modista le había asegurado que su color se adaptaba admirablemente a los tonos pastel requeridos para una joven, incluso el blanco, que podía ser un color tan difícil. La mujer también había elogiado su elegante estatura y su figura. Las restricciones de lady Whitehall quedaron olvidadas y Caroline se dirigió con confianza a su primer compromiso social desde su llegada a la ciudad.

Justin les había conseguido un coche de caballos, que les esperaba a la vuelta de la esquina,

ya que un carruaje con el escudo de los Whitehall habría suscitado comentarios en la burguesa Bloomsbury. Y cuando llegaron a la alta y estrecha casa de Hart Street, la alegre y anciana ama de llaves del abogado saludó a Caroline como señorita Clayton, tal y como había solicitado en su nota. Si aquí no la conocían como lady Caroline, seguramente ningún chisme podría llegar a oídos de su madre.

El señor Robbins los recibió con agrado en su comfortable, aunque anticuada, casa. A Caroline le divirtió su evidente admiración por Adelaine. Que la señorita Everwood también se había percatado de sus miradas quedó demostrado por el delicado color que subió a sus mejillas y por su reticencia cuando él las acomodó en su pequeño salón y la invitó a servir el té.

Caroline charló con él sobre las actividades de la semana anterior mientras Adelaine recuperaba el semblante. Poco a poco, la conversación derivó hacia temas como la Royal Academy y el Museo Británico. A Caroline le tocó callar, no por falta de interés, sino porque la compañía del señor Robbins, junto con el hecho de que se dirigieran a ella como la señorita Clayton, la obligaban a evocar recuerdos indeseados de la Mansión de Darkmonth.

Durante esa semana, había logrado desterrar a *lord Dark* de su conciencia, excepto en los momentos de somnolencia al dormirse o al despertarse, cuando no podía controlar su memoria. Ahora, contra su voluntad, su imagen volvía a perturbar su paz.



Sin embargo, los quince días siguientes dejaron a Caroline poco tiempo libre para meditar sobre el exasperante conde. Aquel mismo día, al llegar a casa desde Bloomsbury, descubrieron que iban a cenar con lord y lady Whitehall, que por una vez cenaban en casa sin invitados. Caroline estaba un poco nerviosa, no por sí misma, sino por su institutriz. No cabía duda de que Adelaine sería culpada si la conducta de su alumna no estaba a la altura de las desconocidas normas de corrección de la marquesa.

Al final, la preocupación había sido en vano, pues todo salió bien. De hecho, cuando se despidieron del padre de Caroline, este les dijo de forma amable:

—Creo que lo harás muy bien, querida. Tu madre pronto te enseñará los pequeños matices de la etiqueta de la Corte.

Caroline hizo una reverencia al caballero alto, delgado y encorvado al que apenas conocía y le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Cuando salieron del comedor, dio gracias al cielo por no haber heredado el pico de su nariz.

—El próximo salón de la Reina es dentro de diez días —anunció su señoría con un suspiro martirizado. Reclinándose en un *chaise longue* junto al fuego y disponiendo sus faldas, una voluptuosa falda rosa, que dejaba al descubierto sus elegantes y esbeltos tobillos, prosiguió:

—Supongo que habrá encargado un vestido que lucir en la Corte.

—Sí, señora. Una enagua de seda blanca sobre aros, con un sobrevestido de encaje blanco y un tocado de plumas blancas. La modista dijo que los aros y las plumas están de moda... —dijo con tiento.

—Las nociones de moda de la reina Charlotte son positivamente góticas. Tendré que

dedicar los próximos días a enseñarte a desenvolverte en la Corte, y me atrevería a decir que debería presentarte a algunas otras jóvenes, ya que tu baile será tres días después del Salón. Qué tedioso. —Los diamantes brillaron cuando la marquesa levantó una mano delicada y lánguida para cubrir su bostezo.

—Le estoy muy agradecida, señora. —Caroline trató de mantener el resentimiento fuera de su voz—. Haré todo lo posible por ser un orgullo para usted y para mi padre.

—Sí, bueno, mañana será tiempo suficiente para empezar. Ya puedes retirarte, Caroline. Tu padre irá a su club y espero la visita de unos amigos.

Al llegar al rellano a mitad de la escalera, Caroline oyó sonar el timbre y se detuvo para ver cuál de la bandada de admiradores de su madre había llegado. El mayordomo hizo pasar a dos caballeros, uno de ellos un joven apuesto vestido con poética despreocupación, y el otro, de mediana estatura y mediana edad, vestido de negro y con un rostro moreno devastado por la disipación. El poeta fulminó con la mirada al rastrillo, que lo ignoró con aire de aburrimiento. Les hicieron pasar al salón.

Caroline sacudió la cabeza, perpleja. Los otros caballeros que había visto antes eran un dandi corpulento y anciano —uno de los lacayos del príncipe regente, según Ella— y un joven robusto que parecía un aspirante a corintio. Ella no entendía qué placer encontraba su madre en su compañía.

Lo que sí estaba claro es que la marquesa parecía encontrar poco placer en la compañía de su hija. En los días siguientes, lady Whitehall instruyó a Caroline en las sutilezas de la etiqueta de la Corte y de la sociedad; la llevó a visitar a las anfitrionas más destacadas, entre ellas tres patronas de Almack; y contrató a un maestro de baile para que le enseñara a bailar el vals y la cuadrilla. Todo esto lo llevó a cabo sin ningún signo de diversión. Cuando Caroline dominó los pasos de baile y la reverencia profunda, y fue descrita como una excelente bailarina por la señora Drummond-Burrell, su madre reaccionó con alivio, pero sin orgullo ni alabanzas.

Después de todos los preparativos, el salón de la reina Charlotte fue un anticlímax. Un enjambre de jovencitas, todas de blanco con aros y plumas, permaneció de pie durante horas con sus carabinas esperando unas breves palabras guturales y con acento alemán de una ancianita de expresión irritada.

Caroline sospechaba, que a su majestad el asunto le resultaba tan tedioso todo esto como a ella. Las dos princesas que la acompañaban, un par de solteronas de mediana edad, parecían igualmente desinteresadas.

—Pero si estoy agotada! —dijo lady Whitehall en el carruaje de camino a casa—. Me acostare hasta la hora de vestirme para la cena, y te aconsejo que hagas lo mismo, Caroline, para tener un buen aspecto para el baile. Aunque tu rango y fortuna harán que tengas pretendientes en abundancia, la primera impresión es la más importante si quieres conseguir marido rápidamente.

Sorprendida, estuvo a punto de negar cualquier deseo de un matrimonio precoz, pero su madre se reclinó en un rincón y cerró los ojos. Por supuesto, Caroline comprendió que la única manera en que la marquesa podía librarse de la carga que suponía la presencia de su hija era encontrándole un marido.

A pesar de que le había dicho a Adelaine que estaba casi en las últimas, Caroline no tenía intención de precipitarse en un matrimonio del que más tarde pudiera arrepentirse.

Sin embargo, quería lucir lo mejor posible para su baile de presentación. Al llegar a casa, fue a echar otro vistazo a su vestido de baile, un slip de satén azul pálido bajo un vestido de red blanco bordado con flores azul cerúleo. Las pequeñas mangas abullonadas, el escote bajo y el dobladillo estaban adornados con hileras del más fino encaje de *Valenciennes*. ¿Cómo podría alguien no sentirse hermosa en una creación tan celestial?

Ojalá lord Darkmonth estuviera invitado para poder verla con semejante joya. Pero no, lejos de caer rendido a sus pies, sin duda la miraría con desprecio. Ella lo había engañado, y recordó con inquietud su severa declaración de que no podía soportar el engaño.

No importaba, no iba a verla.

Tres días más tarde, ocupando su lugar junto a su padre en la fila de recepción, solo esperaba disfrutar.

A su otro lado se encontraba la señorita Everwood, que iba a ser presentada al mundo de la cortesía como acompañante de lady Caroline. Caroline se alegró de contar con su apoyo al ver pasar a la *crème de la crème* de la sociedad.

—Nunca recordaré todos sus nombres —susurró en una breve pausa—. Nunca imaginé que vendrían tantos.

—Entre cuatrocientos y quinientos —le dijo Adelaine—, según el secretario de su señoría, que tuvo la poco envidiable tarea de enviar las invitaciones. Creo que te encontrarás con la misma gente allá donde vayas, así que llegarás a saber quién es quién. Los círculos del Haut Ton son limitados.

Caroline descubrió, un momento después, hasta qué punto eran limitados. Haciendo una reverencia a una regordeta matrona vestida de raso verde, oyó que su padre la presentaba por segunda o treintava vez:

—Lady Linford, mi hija Caroline.

Y tras lady Linford, con los ojos saltones, llegaron la señorita Eleonor Linford y lord Havesham.

CAPÍTULO 11

Ya en la cama, Caroline se acurrucó bajo las cálidas mantas y meditó sobre las alegrías de bailar hasta el amanecer. No se había quedado sin bailar ni una sola vez y, ya fuera por su título, su gran dote, su nuevo vestido o, simplemente, porque había sido su baile, había disfrutado de cada momento.

Excepto... Se sentó en la cama como un rayo al recordarlo. ¡Oh, Señor, Eleonor y Havesham!

Havesham había abierto la boca para decir algo que, seguro, la delataría. Eleonor, más lista, había leído la súplica desesperada en el rostro de Caroline y había agarrado la muñeca de su cuñado, haciéndolo callar.

—¡Por favor, te lo explicaré más tarde! —había siseado Caroline.

Eleonor echó un vistazo al abarrotado vestíbulo y replicó, con los ojos brillantes de curiosidad:

—Llamaremos mañana sin falta, ¿verdad, Havesham?

Havesham había asentido sin decir palabra y Eleonor lo había arrastrado tras la estela de su madre. Caroline había intercambiado unas palabras con cada uno de ellos más tarde, pero ambos se habían abstenido de interrogarla.

Miró el bonito reloj de porcelana de la repisa de la chimenea y se quedó boquiabierta. Ya era mediodía. Podían llamar en cualquier momento y, si seguía en cama, el mayordomo los echaría. Hoy tenía que hablar con ellos.

Tocó el timbre junto a la cama y se arrebujó en las sábanas para protegerse del frío de marzo. Unos minutos más tarde, Ella entró con una bandeja de chocolate caliente.

—¡Ya despierta, *milady*! —le dijo, con su cara redonda radiante, mientras dejaba la bandeja sobre el tocador y se servía una taza—. He oído que bailaste hasta el amanecer. Podría haberme levantado para llevarte a la cama.

—Adelaine y yo nos ayudamos mutuamente. Oh, fue tan divertido, Ella, a pesar de que Lord Havesham y Miss Linford estaban allí.

—¡Piedad!

—No me delataron, pero vendrán hoy a por una explicación. Debo de levantarme enseguida.

—Tonterías, *milady*. Toma, siéntate tranquila y tómate el chocolate en paz, pues la señorita Linford no se levantará tan temprano después de un baile.

—Cierto. —Caroline se relajó contra sus almohadas y sorbió la cálida bebida—. En ese

caso, me gustaría un poco de pan tostado y un huevo frito. Y también una rebanada de jamón.

—Da hambre bailar, ¿eh? —dijo Ella, y salió sonriendo.

Mientras Caroline rompía el ayuno, la señorita Everwood vino a verla. Estaba completamente vestida, con un camisón de merino gris paloma.

—Te has levantado muy temprano, Adelaine.

—Su señoría me mandó llamar —anunció con mirada preocupada.

—¿Qué ocurre? No habrá decidido que no puedes ser mi carabina, ¿verdad? Anoche me comporté con la mayor corrección, y estoy segura de que tú también. No dejaré que te despida.

Para su alivio, Adelaine sonrió.

—No, nada de eso. De hecho, me felicitó por mi porte modesto y señorial y me confirmó que iba a ser tu carabina. No, Caroline, ella deseaba instruirme sobre cuál de tus pretendientes debe ser alentado.

—¿Pretendientes? Después de solo un baile con cada uno, no puedo reclamar a ningún caballero como pretendiente.

—La marquesa opina que varios de tus compañeros de baile pueden ser fácilmente persuadidos de buscar tu mano.

—Por mi fortuna y porque papá es marqués. ¡Te juro que desearía ser solo la simple señorita Clayton!

—Vamos, querida, en ese caso ahora estarías buscando un trabajo en lugar de estar tumbada en la cama bebiendo chocolate después de tu baile de presentación —señaló con amargura la señorita Everwood—. Créeme, no te gustaría la experiencia. Te valoras tu poco. Eres una chica muy guapa y encantadora cuando te acuerdas de no ser demasiado franca.

—¿Guapa? —Caroline apartó la bandeja, rebotó fuera de la cama y se apresuró a examinar su rostro en el espejo como si hubiera cambiado de la noche a la mañana—. ¿De verdad que soy guapa? Nunca lo habías dicho.

—No quería que crecieras como tu... Para ser una criatura vanidosa y superficial para quien su apariencia era lo más importante en la vida.

—Gracias, Adelaine. Odiaría ser como... Ya sabes. —Sintió un escalofrío y se apresuró a volver al calor de su cama—. Dime lo que dijo la marquesa sobre mis supuestos pretendientes. ¿Sobre quién debo ejercer mi poder de atracción?

—Sobre Lord Ryburgh y Lord Charles Newbury. Un conde y el hijo menor de un duque, respectivamente. Según tengo entendido.

Caroline frunció el ceño, pensativa.

—Lord Ryburgh y Lord Charles. Oh, sí, los recuerdo. ¿Por qué esos dos en particular, me pregunto? Lord Charles no es mucho mayor que yo y no hablaba de otra cosa que de caza. Lord Ryburgh no es mucho más joven que papá y se explayó sobre sus cultivos.

—Oh, cielos. ¿Los encontraste desagradables?

—No, eran tan agradables como cualquiera de mis otros acompañantes. Uno solo decía cumplidos floridos y el otro balbuceaba sobre sus ganancias en las cartas. Es difícil mantener una

conversación inteligente cuando una debe cuidar constantemente su lengua.

Y por eso echaba de menos la estimulante compañía de lord Darkmonth, se dio cuenta con una punzada de arrepentimiento. No tenía nada que contenerse para hablar con él, porque desde el principio la había desaprobado y la había considerado por debajo de sus posibilidades.

Sin embargo, no quería que descubriera su engaño.

—Es hora de vestirse —anunció, sacando una vez más las piernas de la cama—. Debemos de estar listas para enfrentarnos a Eleonor y Havesham.

La señorita Linford y lord Havesham llegaron poco después de que Caroline y la señorita Everwood se instalaran en el salón chino reservado para su uso. Desgraciadamente, lord Charles Newbury había llegado a la puerta principal en el mismo momento. Era un joven macizo que observó con alarma los enjutos muebles de falso bambú tapizados en brocado marfil de aspecto delicado. podía ser el hijo de un duque, pero su tez fresca y sus botas de montar daban a entender que se sentía más como en casa en el campo de caza que en un salón de damas.

Antes de que se despidiera, después de un cuarto de hora, se les unieron otras dos parejas de baile de Caroline, seguidas de una matrona con una hija debutante a cuyo baile habían invitado a Caroline.

Durante casi dos horas, una marea de visitantes y charlas amables fluyó y refluyó entre las paredes de seda roja.

En todo momento, Eleonor permaneció pegada a su asiento como si estuviera pegada con pegamento. Havesham, cansado de levantarse constantemente para saludar a las damas, deambuló por la sala, deteniéndose para intercambiar unas palabras con algún conocido o examinar un gabinete lacado en negro adornado con dragones dorados.

Por fin, lady Hawfield, Miss Hawfield y Miss Joan Hawfield se despidieron. Havesham se acomodó junto a su cuñada, miró expectante a Caroline y dijo:

—¿Y bien?

—¡Té! —dijo Caroline—. Juro que no puedo hablar una palabra más sin una taza de té.

Havesham se levantó de un salto y tocó el timbre. Mientras los sirvientes iban y venían, Caroline y Eleonor compararon notas sobre los entretenimientos a los que esperaban asistir la semana siguiente. Eleonor prometió que en cuanto llegara a casa se aseguraría de que Caroline estuviera en la lista de invitados de su madre para su propio baile, dentro de quince días.

—Confío en que lady Linford no se encuentre mal —dijo la señorita Everwood, justo cuando el mayordomo cerraba la puerta tras de sí.

—Perfectamente bien, gracias, señora —dijo Eleonor—. Se quedó en casa para hacerle compañía a Pamela.

—¡Y el diablo... perdón, lo mal que lo pasamos convenciéndola de que no viniera con nosotros! —exclamó Havesham con impaciencia—. Ahora, lady Caroline, ¿va a contarnos qué tramaba en la Mansión de Darkmonth?

Sirviendo el té en frágiles tazas de Limoges, Caroline explicó lo del accidente del carruaje, la decisión de viajar en el Correo y el travieso impulso que la había llevado a disfrazarse. Eleonor parecía un poco sorprendida, pero Havesham se rió tanto que tuvo que dejar su taza de

té.

—Nos tenía a todos engañados. —Se enjugó los ojos—. Sería una buena historia, pero me atrevo a decir que no querrá que se sepa. No se lo diré a nadie más que a Michael.

—¡Oh, no! —protestó Eleonor, con los ojos muy abiertos—. Caroline, sería terrible si se enterara.

—¡Oh, no! —repitió Caroline con más fuerza—. No. De todas las personas, lord Darkmonth es la que menos se puede enterar.

—¿No? Bueno, tal vez tengas razón. Michael ha cambiado mucho últimamente.

Antes de que Caroline pudiera inquirir sobre a qué se refería con ese «últimamente», la señorita Everwood preguntó: ¿Espera que el conde suba a Londres?

—Sí, vendrá el mes que viene. Pero no va a fiestas, y Darkmonth House está en Grosvenor Square, más o menos lo más lejos de St. James's que se puede ir y seguir estando en la parte de moda de la ciudad. No es probable que te topes con él por accidente, no temas. Será mejor que nos vayamos, Eleonor, antes de que mi querida suegra envíe un grupo de búsqueda.

Se despidieron con la promesa de encontrarse en el baile de lady Hawfield.

—¿Qué quiso decir con —últimamente? —se preguntó Caroline en voz alta.

—No podemos saberlos. Por favor, no le preguntes, Caroline; es un asunto personal y no es asunto tuyo.

—No, señora. Pero me gustaría saberlo. —Ansiaba comprender a lord Darkmonth, entender qué había convertido al amigo de Havesham de antaño en el inaccesible *lord Dark*. Sin embargo, mientras estuviera en Londres, temería encontrarse cara a cara con él por casualidad.

El mayordomo interrumpió sus melancólicas reflexiones con la entrega de una cesta de uvas. Caroline se llevó una a la boca y leyó la tarjeta que la acompañaba.

—De las casas de sucesión de lord Ryburgh, con disculpas por haberme impedido, debido a un compromiso previo, hacer una visita de cortesía después del baile —leyó en alta—. ¡Oh, Adelaine, ya me está cortejando con sus cosechas! Prueba uno, son muy dulces. —Riendo, le tendió la cesta.



Mientras cruzaba el puente de Henley con su curricán, Michael recordó cómo Caroline Clayton había esperado ver la pequeña y agradable ciudad con el Támesis serpenteando a través del valle boscoso. Y más tarde, cuando vio el castillo de Windsor, volvió a pensar en ella. No es que necesitara que algo la hiciera recordarla.

Había luchado por apartar de su mente a la imposible e impertinente descarada, sin el menor éxito. Aquel último beso robado lo perseguía. Cuan dulcemente tiernos habían sido sus labios, su piel como pétalos de rosa... Gimió, con una llama vacilante agitándose en sus entrañas ante el mero recuerdo de tenerla cerca. Por un momento, ella había cedido, aferrándose a él, un instante de éxtasis antes de apartarse, con chispas de justa indignación brillando en sus ojos.

Había amenazado con desmayarse, gritar o abofetearle. Ni por un instante había dudado de que elegiría la tercera opción, pero en lugar de eso lo había desafiado con sus palabras. En realidad, no se había comportado mejor que el joven Branwell.

Peor, porque no era un joven ingenuo. Tenía que verla para disculparse.

Ésa era la única razón concebible para querer verla. Ella había roto su paz, se había insinuado entre los muros que mantenían al mundo a raya. Lo había obligado a ver esos muros como una defensa, no como el símbolo de superioridad que él creía que eran. George había estado dentro de los muros cuando Michael los construyó; Havesham, ausente durante la construcción, los había traspasado al no advertirlos; pero en veinte años Caroline fue la única persona que había llegado al hombre que había dentro. La señorita Caroline Clayton había observado los muros y los había ignorado alegremente.

No se atrevería a dejar que volviera a acercarse, pero debía disculparse por su honor. Hasta que no lo hiciera, no podría olvidarla. Con ese propósito, se puso en camino hacia la ciudad semanas antes de lo que había planeado, con la esperanza de que ella no hubiera encontrado ya un trabajo y partido hacia algún rincón lejano del reino.

No es que tuviera muchas esperanzas de encontrarla en la inmensa ciudad, pensó, mientras conducía por Tyburn Turnpike y giraba a la derecha en Park Lane. Su única posibilidad era que el abogado Robbins supiera dónde se alojaba la señorita Everwood. Afortunadamente, la primera edición de Bacon era una excusa razonable para visitarlo.

Giró a la izquierda en Upper Brook Street y, un momento después, se detuvo frente a la simetría clásica de Darkmonth House, orientada hacia el sur a través de Grosvenor Square. Su mozo de cuadra bajó de un salto y tomó las riendas.

La puerta principal se abrió cuando Michael subió los escalones. Su mayordomo londinense, Mason, hizo una reverencia e informó:

—El señor George llegó con el equipaje de su señoría hace media hora, *milord*.

—Muy bien. —Michael se animó, recordando que George había tenido la intención de preguntar a la doncella de la señorita Everwood por su dirección. Mientras entregaba su sombrero y guantes y permitía que el lacayo que lo esperaba le despojara de su chaquetón, se le ocurrió otra posible forma de localizar a la señorita Clayton: Eleonor Linford. Ella y Caroline habían sido uña y carne. Le costaría mucho acercarse a Eleonor, pero Havesham podía averiguar si las chicas se correspondían. Havesham, aunque no era un jugador empedernido, se encontraba a menudo en las mesas de White's a primera hora de la noche.

—Cenaré en mi club —informó a Mason.

—Sí, *milord*. —Si el mayordomo pensó en el asado girando en el espetón o en la corteza de la tarta dorándose en el horno, nada de ello se reflejó en su rostro de madera. Su amo iba a ponerlo a prueba.

—Y quiero que lleven una nota a Bloomsbury dentro de unos minutos.

—¿Bloomsbury, *milord*? —Mason vaciló. La mirada gélida del conde de Darkmonth lo caló hasta los huesos—. Desde luego, *milord*; uno de los lacayos esperará la conveniencia de su señoría.

Michael encontró a George en su vestidor, desempacando su ropa.

—Cenaré en White's —anunció.

—Bien, *milord*. ¿El chaleco de marsella leonado? —El ayuda de cámara sonrió—. Seguro que en la cocina están todos como locos.

—¿Cómo locos? ¿Qué diablos quieres decir?

—Bueno, es lógico. Usted no viene tan a menudo a la ciudad, *milord*, y querrán impresionarlo con una comida especial para su primera noche.

—Puede que me impresionen mañana por la noche —dijo Michael con impaciencia—, y tendré algo que decir si la calidad de la comida empeora a partir de entonces. Puedes tomarte la noche libre. Me atrevo a decir que estás ansioso por visitar a tu novia.

—¿Mi novia? —dijo George, sorprendido.

—Recuerdo claramente que me dijiste que estabas enamorado de la doncella de la señorita Everwood. ¿Has olvidado tan pronto a nuestros viajeros varados?

—No, *milord*, pero la señorita Ella no quiso darme su dirección.

Michael sonrió ante su tono contrariado, aunque eso significaba que había perdido una oportunidad de encontrar a Caroline Clayton.

Caminó hacia St. James's Street por las calles de Mayfair, iluminadas por el gas, tranquilas a esa hora entre los compromisos de la tarde y la noche de la sociedad. Los dandis que se pasaban el día sentados en el escaparate de proa de White's, interrogando a los transeúntes, se habían ido a casa a acicalarse, pero las salas de juego nunca estaban desocupadas. Cuando pasó por allí, en busca de Havesham, varios conocidos lo saludaron. Ninguno le pidió que se uniera a ellos.

Encontró a Havesham en la mesa de faro, un juego que implicaba un mínimo de habilidad y un máximo de azar. Había mucho ruido y risas entre los jugadores, jóvenes ociosos y sociables más interesados por el momento en la camaradería que en el giro de las cartas. El juego serio con apuestas altas comenzaría más tarde y continuaría hasta el amanecer.

—Me voy, amigos. —Havesham se embolsó un par de guineas con aire de satisfacción. Levantándose, vio a Michael y le dio la bienvenida con una sonrisa—. Vaya, hola, Michael.

Varios de sus compañeros levantaron la vista de la mesa. Su bulliciosa alegría se desvaneció al ver al conde. Algunos asintieron; otros murmuraron cortésmente:

«Muy buenas, *milord*», o «¿Cómo está, Darkmonth?» Michael asintió en respuesta a las preguntas mientras Havesham rodeaba la mesa para reunirse con él.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Havesham de forma animada. Un pensamiento repentino pareció asaltarle y continuó con voz extraña—. No vas a hacer la Temporada este año, ¿verdad? ¿Su señoría vendrá con usted?

—Mi tía se ha ido a Kent, donde mi primo Wrexham está envuelto en una especie de crisis doméstica. Si estuviera aquí, probablemente intentaría imponerme a Eleonor o a alguna otra noble, pero en su ausencia no tengo intención de intentar encandilar a ninguna señorita. Ceno aquí esta noche. ¿Me acompañas?

—Lo siento, viejo amigo, ahora soy un hombre de familia, ¿recuerda? Pamela me está esperando. Tomaré una copa contigo antes de irme.

—¿Cómo sigue lady Havesham? —preguntó Michael mientras se dirigían a la sala común.

—Florecente, aunque no estará paseando por la ciudad hasta dentro de unas semanas. Digo yo, ¿por qué no vienes a tomar un aperitivo?

—Gracias, pero ¿no residen contigo la bella Eleonor y lady Linford? Te ruego transmitas mis respetos a las tres damas. —Se sentaron y él pidió una botella de clarete al camarero, que se apresuró a acercarse a ellos.

—No debes de temer que Eleonor reanude la persecución —dijo Havesham cuando el camarero se marchó—. Caroline Clayton la convenció de que no le gustaría casarse contigo.

—¿Has mantenido correspondencia con la señorita Clayton? —Trató de ocultar su impaciencia.

—¿Correspondencia? —Havesham se sobresaltó. Michael se dio cuenta de que su suegra sin duda desaprobaba la amistad entre su hija y una don nadie sin dinero—. No, eso fue en la Mansión, acuérdate. Eran uña y carne.

Michael se tragó su decepción.

—Pero tan pronto como la señorita Clayton abandonó la Mansión, Eleonor se mostró interesada de nuevo —señaló.

—Solo porque tiene miedo de lady Darkmonth. No le teme a su madre.

—Creo que mantendré las distancias, de todos modos.

Havesham se negó a quedarse más de una copa de vino, confesando con una risa alegre que era un marido calzonazos. Después de una cena deliciosa, pero solitaria, Michael se dirigió a casa, pasando por casas resplandecientes de luz, carruajes haciendo cola ante sus puertas y música que salía de dentro. Se retiró a su biblioteca, no tan extensa como la de la Mansión, pero de buen tamaño para una casa de pueblo, y cogió su libro favorito.

Las palabras impresas se desdibujaron ante sus ojos. Le quedaba una oportunidad. ¿Qué haría si el señor Robbins era incapaz de ayudarlo a encontrar a Caroline?

CAPÍTULO 12

El jueves era el día de quedarse en casa de lady Whitehall, por lo que Caroline y miss Everwood debían ausentarse de St. James's Place entre las once y las tres. Por lo tanto, aunque las damas aún no habían salido de casa, el mayordomo las acababa de despedir cuando lord Havesham y la señorita Linford llamaron al timbre diez minutos antes de la hora.

Si esperaba que dejaran tarjetas de visita, de la manera normal, se sintió tristemente desilusionado.

—¡Debemos ver a lady Caroline! —insistió la señorita Linford—. Si de verdad no está en casa, ¿adónde ha ido?

Atrapado entre la espada y la pared, Arbuckle respiró aliviado cuando la voz de lady Caroline llegó desde detrás de él:

—Vaya, Eleonor, y Lord Havesham. La señorita Everwood bajará en breve y ya vamos a salir, pero pasad un momento.

Caroline, vestida con un elegante *pelisse de gros* de Naples a rayas azules y verdes, abrió paso al salón chino. Havesham cerró la puerta tras de sí.

—¡Ha venido! —dijo Eleonor de forma dramática, hundiéndose en una silla.

—¿Quién ha venido? —preguntó Caroline, aunque tenía la inquietante sensación de que podía adivinarlo.

—Le dije que no era urgente —gruñó Havesham—, pero ella quería que lo supieras enseguida. Coincidí con Michael-Darkmonth anoche en White's. No me lo esperaba. Dijo que vendría en abril y aún estamos en marzo.

—Él no es... —Caroline juntó las manos con fuerza ante ella—. ¿No ha venido para la Temporada?

—No, no; nada de eso. Se lo pregunté directamente.

—¡Pero en White's, Caroline! Eso está a la vuelta de la esquina, en St. James's Street. Podrías encontrarte cara a cara con él en cualquier momento.

—No lo creo, querida Eleonor —dijo ella tranquilizándose, aunque el corazón le latía con fuerza con solo pensarlo—. Al fin y al cabo, es impensable que las damas paseen o conduzcan un carruaje abierto por St. James's Street. En los días buenos, solemos salir por el jardín directas a Green Park. Siempre llevo una llave de la puerta de atrás por si quiero volver por allí.

Mientras hablaba, se abrió la puerta y entró la señorita Everwood.

—Caroline, es hora de que... Oh, le ruego me disculpen. señorita Linford, *milord*, no me había dado cuenta de que estaban aquí.

—No pasa nada, señora —le aseguró Havesham—. Estábamos de pasada. Si no tienen compromisos urgentes, ¿vendrán con nosotros a ver a Pamela?

—Sí, hazlo —pidió Eleonor—. Estaría más que encantada.

Caroline negó con la cabeza.

—Por mucho que me gustaría visitar a lady Havesham y al bebé, ¡tenemos que pensar que él podría ir de visita!

—¿Michael? De ninguna manera. No quiere correr el riesgo de encontrarse con Eleonor —dijo Havesham con brutal franqueza.

—Bueno, estoy segura de que no tiene de qué preocuparse —gruñó indignada su cuñada—. ¡Puedes decirle que a mí tampoco me gustaría encontrarme con él!

Dividida entre la decepción y el alivio, Caroline estuvo de acuerdo en que la casa de los Havesham era segura, así que todos se dirigieron hacia allí.

Pamela estaba encantada con la visita de Caroline y la señorita Everwood, y la niña, envuelta en una manta, gorjeaba y les hacía pederretas. Se quedaron un rato antes de tener que seguir con sus recados. Mientras Justin los seguía por Bond Street, de la sombrerería a la mercería, pasando por la Biblioteca Circulante de Hookham, Caroline vigilaba nerviosa la alta figura de lord Darkmonth. En dos ocasiones se sobresaltó al ver las espaldas de corintios de anchos hombros que se dirigían al Gentleman Jackson's Boxing Saloon, pero el conde no apareció.

Justin estaba depositando la última carga de paquetes en el carruaje cuando un alegre «¡Hola, señoritas!» anunció que lord Charles Newbury las había visto.

—¿Quieren beber algo? —preguntó—. Mi hermana dice que Gunter's es el lugar ideal para invitar a una joven a una bebida, y Berkeley Square está a un paso, bajando por Bruton Street.

Aunque hacía sol, el día era fresco, pero a Caroline le agradó el ingenuo joven y no quiso rechazarlo. Era evidente que estaba satisfecho de sí mismo por saber lo de Gunter's. Tras consultarlo con Adelaine, aceptó la invitación y envió el carruaje a casa.

Lord Charles las llevó por Bruton Street a un ritmo incómodo incluso para las damas criadas en el campo. Al llegar sin aliento a la famosa confitería, ambas optaron por un cálido tazón de sopa de tortuga en lugar de helados. Su anfitrión las entretuvo con una detallada descripción de una carrera de caballos que había presenciado el día anterior.

—Ashburton perdió, así que me quedé sin blanca —confesó—, pero, por suerte, el martes era día de cuartos, así que ahora las apuestas están afinadas. No quiero que piense que soy un jugador, lady Caroline —añadió con ansiedad—. Prefiero conducir en una carrera que apostar en una. Es que no hay mucho que hacer en Londres comparado con el campo.

—¿No le interesa la ciudad, señor?

—A mí no. No me acercaría si no fuera porque necesito una rica... —Lord Charles se puso de color escarlata y tartamudeó—: Olvida lo que iba a decir.

Divertida, Caroline se apiadó de él.

—Disfruto de las diversiones de la ciudad —dijo—, aunque también me gusta la vida en el

campo.

—¿En serio? Sabía que era de las buenas.

La señorita Everwood dijo que era hora de marcharse, pues Caroline tenía una cita para conducir en Hyde Park con lord Ryburgh. El rostro de Lord Charles se descompuso ante la noticia, pero se ofreció a acompañarlas de regreso a St. James's Place, oferta que fue rechazada con suavidad, pero con firmeza.

Mientras paseaban por Berkeley Street, Caroline dijo de forma sombría:

—Ahora sé por qué la marquesa quiere que me case con él. Me llevaría al campo y ella no tendría que volver a verme. Igual que lord Ryburgh, que está tan obsesionado con la agricultura como lord Charles con el deporte.

—No te interesa la idea.

—No me importaría venir a la ciudad solo de vez en cuando. En el campo puedo ser yo misma en lugar de representar siempre el papel que la sociedad espera de mí. Sin embargo, no tengo ningún deseo de darle a Lord Charles mi fortuna o a Lord Ryburgh su heredero.

—¡Caroline!

—Te ruego que me disculpes, Adelaine, pero la única razón por la que ha venido a la ciudad es para encontrar una esposa que le proporcione un heredero a su título y a sus propiedades. —Sonrió irónica—. Sobre todo a las propiedades y todo lo que crece en ellas.

—¿No has conocido a nadie, elegible o no según los peculiares criterios de su señoría, que te guste lo suficiente como para pensar en casarte con él? —preguntó la señorita Everwood cuando llegaron a Piccadilly.

El rostro de lord Darkmonth pasó por su mente para desaparecer al instante. ¡Que tontería! Ni siquiera estaba segura de que le gustara. La necesidad de buscar un hueco en la corriente de diligencias, calesas, faetones, landas y carretas le evitaba tener que buscar una respuesta.

Una lenta carreta les permitió cruzar por fin. Entraron en Green Park y rodearon el embalse.

—Nadie —masculló Caroline—. ¿Cómo voy a pensar en casarme con un caballero que solo me conoce como una señorita remilgada y correcta? ¡Cómo se escandalizaría después de la boda cuando descubriera mi verdadera naturaleza! —Soltó una risita.

—Supongo que no se puede esperar de ti que guardes las apariencias para siempre —dijo Adelaine con una sonrisa, y luego prosiguió, vacilante—: Esta mañana me sorprendió que te opusieras tan firmemente a reunirme con lord Darkmonth. Tenía la impresión de que te llevabas bien con él.

Para su disgusto, Caroline sintió que sus mejillas se encendían. Se alegró de tener una excusa para apartar la cara: contemplar una bandada de gráciles cisnes blancos, con sus brillantes picos anaranjados, que nadaban cerca.

No le había contado a Adelaine lo del beso de lord Darkmonth, ni tenía intención de hacerlo. Y aquella última noche en la Mansión, recordó, Adelaine había estado absorta en una conversación con el señor Robbins cuando ella y Eleonor se sentaron a tocar a dúo y el conde salió con el semblante serio.

—Algunas veces nos llevábamos bien —dijo como si nada—, y otras veces nos sentíamos muy incómodos el uno con el otro. Nunca supe muy bien qué esperar de él. Ojalá no hubiera fingido ser la sencilla señorita Clayton. Él mismo me dijo que aborrecía el engaño.

—Querida, en aquellas circunstancias, rodeada de aquellos hombres, si te hubieras anunciado como lady Caroline, hija del marqués de Whitehall, él nunca te habría creído. Habría pensado que eras una audaz mentirosa, una aventurera. En resumen, una embustera.

—Así que, de cualquier manera, no podría ganarme su estima.

Adelaine le dirigió una mirada compasiva.

—Me temo que no. Lamento saber que lo deseabas.

—Oh, no me importa su opinión —dijo Caroline con ligereza—. Solo que, si se entera de quién soy en realidad, se armará un escándalo horrible.

—¡No puedo suponer que lord Darkmonth sea dado a los chismes!

—No, pero solo tiene que mencionárselo a una persona para que todo el mundo lo sepa. En lo que a cotilleos se refiere, la sociedad londinense es tan mala como una aldea rural, lo juro. —Suspiró—. Lo peor de todo es que ahora tendré que comportarme aún mejor, no sea que los chismosos encuentren motivos para cotillear sobre lady Caroline Clayton. Una mención de mi nombre en presencia de *lord Dark* y lo adivinará todo.

—Me parece, querida, que te importa más la opinión del conde que la de todo el resto del mundo. Has pintado en tu mente una imagen exagerada de su importancia, que me atrevería a decir que una sola reunión...reducirá a su tamaño. Tal vez la impresión que te ha causado se deba a que es el primer caballero atractivo y apto que has conocido.

—¡Atractivo! Él no...! —Caroline negó con innecesaria vehemencia.

Llegaron a la puerta pintada de verde en el muro de ladrillo de la mansión Whitehall. Caroline sacó la llave de su retícula. Mientras caminaban por el jardín entre pulcros parterres de azafrán y narcisos y desnudos rosales, un inesperado destello de nostalgia la sorprendió. En casa, aunque las colinas y las hondonadas aún estuvieran cubiertas de nieve, los brotes verdes asomaban por el suelo en los rincones protegidos de los jardines del castillo de Whitehall. El invierno era duro en el norte, pero ¡qué bienvenida fuese la primavera! Aquí, en la ciudad, rara vez se notaba el cambio de estación.

¿Por qué había estado tan ansiosa por llegar a Londres cuando, en retrospectiva, la vida en Whitehall había sido tan deliciosamente sencilla?

Cuando llegaron a la casa, lord Ryburgh acababa de llegar. Su rostro rubicundo y curtido, el de un granjero, se deshizo en sonrisas al ver a Caroline y se inclinó torpe sobre su mano, poco acostumbrado a reverencias.

—Si no le importa, lady Caroline —dijo—, en lugar de Hyde Park nos alejaremos un poco de Londres. Quiero ver cómo va el trigo de invierno por aquí en comparación con Norfolk.

Caroline miró a Adelaine a los ojos y se le escapó una carcajada.

—Será mejor que me cambie esta chaqueta por algo más abrigado —se apresuró a decir, y subió corriendo a buscar su capa forrada de piel y a avisar a Ella de que lord Darkmonth había llegado a la ciudad.



—Recibí su nota, señorita Ella.

—Supongo que sí, señor George, ya que está aquí.

—¿Cómo se enteró de que veníamos a la ciudad?

—No te lo puedo decir.

—¿Vienes aquí a menudo, a St. James's Park?

—Sí, cuando puedo. Me gusta la banda. Esos soldados tocan una música muy bonita.

—No tan bonita como tú, Ella.

—¡Sigues adelante con las galanterías! Palabras bonitas, pero no insultantes.

—Lo digo en serio, Ella, de verdad. Me gustaría salir contigo. ¿Dónde vives ahora?

—No puedo decírtelo, George, y esa es la única respuesta que puedo darte.

—¿Por qué no? A tu señorita Everwood no le importaría que te llamara, ¿verdad?

—Deja de hacer preguntas, por favor. No puedo decirte nada, no hay más. Y no te servirá de nada fruncirme el ceño.

—¿Lo he hecho? No era mi intención. Solo que es un poco de mal gusto que no quieras decir dónde te alojas.

—No saldré con un tipo que no confía en mí.

—Confío en ti, te lo prometo. Te veré aquí, o donde tú digas. Te veré en lo alto del campanario de Paul si me das un beso.

—¡Qué, con toda esa gente mirando! Oh, está bien, pero solo uno rápido. Mmm... Ojalá pudiera decírtelo, George, de verdad que sí.



Michael tuvo que esperar tres días hasta que el señor Robbins tuvo tiempo de atenderle. Mientras tanto, fue a ver a su propio abogado, el señor Thorpe padre, de «Thorpe, Morecambe y Thorpe».

Entre otros asuntos, quería arreglar una renta vitalicia para su prima, la señorita Delayne, ya que había abandonado la protección de su casa. Era su deber como cabeza de familia, pero no podía evitar pensar que Caroline sin duda lo aprobaría. El viejo señor Thorpe, sin embargo, sin rebajarse con discusiones inútiles, dejó clara su desaprobación, como hacía con cualquier cambio que no le reportara grandes honorarios.

El banquero de Michael era más complaciente en lo que se refería a algunos cambios menores en las inversiones. Demasiados de sus clientes no se interesaban por la gestión de sus activos financieros, confió, a menos que hubiera una pérdida drástica de la que pudiera culparse al banco.

El deber llevó a Michael a asistir a un interminable debate en la Cámara de los Lores sobre

un pequeño cambio en las leyes que regían la Compañía de las Indias Orientales. No tenía ningún interés en la cuestión, pero su voto podía ayudar a conseguir apoyo para su posición en otro tema cuando sí le importaba el resultado. Por la misma razón, pasó una tarde en casa de White discutiendo de política.

Los tres días transcurrieron muy lentos. Cada mañana, temprano, horas antes de la llegada de los paseantes de moda, cabalgaba por Hyde Park. Visitó las librerías de Paternoster Row y St. Paul's Churchyard, donde compró varias obras nuevas. Encontró por casualidad la *Vida de Johnson*, de Boswell, una obra que no tenía gran valor, pero que compró por impulso. A Caroline le gustaría tenerla, si es que alguna vez llegaba a tener una relación con ella que le permitiera regalársela.

Si alguna vez volvía a verla.

Por fin llegó la noche del sábado. Michael se vistió con sus mejores galas, adecuadas para un banquete en Carlton House, y entonces pensó que tal esplendor sartorial podría avergonzar al abogado. A pesar de la exasperación expresada en voz alta por parte de George, se puso el traje de noche menos elegante y más cómodo que tenía y que solía llevar en el campo.

Se alegró de haberse tomado la molestia de cambiarse cuando llegó a la estrecha y estrecha casa de Hart Street. El saludo del señor Robbins fue un poco cauteloso. Pasaron a un pequeño salón e intercambiaron amables palabras mientras tomaban un excelente jerez.

Sosteniendo su copa contra la luz, Michael decidió que el fino vino añejo era del color exacto del cabello de Caroline. Ansiaba preguntar por ella o, al menos, por la señorita Everwood, pero estaban hablando de asuntos demasiado formales para cualquier pregunta que no fuese una más casual. Había sido un insensato al esperar que Robbins pudiera ayudarle a ponerse en contacto con unas damas que habían optado por ocultar su dirección.

Al cabo de unos incómodos minutos, el ama de llaves anunció la cena. El comedor no era mucho más grande que el salón, con capacidad para ocho comensales. La comida era buena, aunque sencilla. El vino, un borgoña en lugar del más popular clarete, era magnífico.

—Los buenos vinos son una de mis dos indulgencias —confesó Robbins—, la otra son los libros, como usted sabe.

En cuanto empezaron a hablar de libros, recuperaron rápidamente la fácil camaradería de los días que pasaron en la Mansión de Darkmonth. Después de cenar, tomaron su brandy, un *Armagnac* muy suave, y cruzaron el pasillo hasta la biblioteca. Tan grande como el salón y el comedor juntos, mostraba claramente dónde estaban las prioridades del abogado.

Michael examinó su *Bacon* y uno o dos libros más de interés para el coleccionista. Pronunció todos los comentarios y expresiones de admiración adecuados, pero mientras tanto, se preguntaba cómo introducir los nombres de las señoritas Everwood y Clayton.

La casualidad le ahorró el trabajo.

—¿Jugamos una partida de ajedrez? —sugirió el abogado, indicando el tablero que había sobre una mesita, junto a Michael.

—Parece que estás en medio de una partida, no quisiera interrumpirla.

—Las posiciones están grabadas en mi memoria. Puedo volver a montarla fácilmente.

Michael estudió el tablero.

—¿Juegas con blancas o con negras? ¿A las negras? Creo que tienes a tu oponente a la fuga.

—La señorita Everwood es una mujer excepcional —dijo él, haciendo que las mejillas se le pusieran rojas—, pero tiene poco tiempo para el ajedrez en estos momentos. Jugamos unas pocas jugadas cada vez que me visita, lo cual es más raro de lo que yo desearía, ya que no suele estar libre y mis tardes suelen estar ocupadas en el tribunal o en mi despacho.

Michael apenas oyó la última parte de este discurso. Reordenando las piezas de ajedrez para una nueva partida, con más cuidado del que la tarea requería, dijo de forma despreocupada:

—¿Así que la señorita Everwood sigue en la ciudad? Y la joven que viajaba con ella... ¿Cómo se llamaba? señorita Clayton, ¿verdad?

—La señorita Clayton también está en Londres —dijo Robbins, con una mirada más sagaz de lo que a Michael le gustaba—. La he visto dos o tres veces.

—Yo... Bueno... Supongo que debería presentar mis respetos a la señorita Everwood.

—Comprenderá, *milord*, que no puedo divulgar la dirección de una dama sin su permiso. Sin embargo, si lo desea, informaré a la señorita Everwood que considera que le corresponde presentar sus saludos... en persona.

—Por favor, hágalo. —Michael sospechó que el abogado se estaba divirtiendo, pero estaba demasiado gratificado por el resultado que acababa de conseguir como para preocuparse—. ¿Jugamos?

Su optimismo no se desvaneció hasta que el carruaje lo llevó a casa. Después de todo, ¿por qué Caroline iba a aceptar recibirlo? Ella había sido amistosa, pero no más con él que con cualquier otra persona en la Mansión, siempre dispuesta a responder a sus propuestas. Aquella última noche, había prestado más atención a los demás que a él, charlando con Branwell y tocando música con Eleonor cuando podría haber hablado o jugado al ajedrez con su anfitrión.

¡Al menos debería de haber presentado algún tipo de deferencia hacia su rango o riqueza!

Y luego la había forzado a recibir sus atenciones, y su beso no había sido más bienvenido que el del joven Branwell. Si lo pensaba, tenía pocos motivos para quererlo o confiar en él.

Michael se recordó a sí mismo que la única razón por la que quería ver a la señorita Caroline Clayton era para disculparse.

CAPÍTULO 13

Al entrar lord Darkmonth, Caroline hizo una reverencia. En la pequeña habitación del señor Robbins, su gran presencia era abrumadora, y ella se alegró de que la nerviosa anticipación la hubiera mantenido en pie. Decidida a no dejarse intimidar, levantó la barbilla como si eso la hiciera más alta. Deseó haberse atrevido a ponerse uno de sus vestidos nuevos en lugar de la muselina verde de la época de Whitehall, que distaba mucho de ser moderna. Ni el más moderno de los vestidos mañaneros iba a borrar la austera expresión del rostro de su señor.

¿Con que derecho tenía aspecto tan desagradable cuando había accedido, es más, solicitado, aquella reunión? Se indignó ella.

La señorita Everwood, sentada junto al fuego, sonrió y asintió.

—Mucho gusto, *milord* —lo saludó.

—Señorita Everwood, señorita Clayton, a su servicio. —Hizo una reverencia, sin sonreír.

El señor Robbins intercambió una mirada consternada con la señorita Everwood y aventuró un comentario inocuo sobre el tiempo.

—Se dice que la actual alternancia de sol y chubascos es típica de abril —observó—, pero aún estamos en marzo. Siempre me sorprende un poco que la naturaleza no se ajuste a nuestras expectativas.

Adelaine dijo algo sobre los vientos de marzo y Caroline añadió con picardía unas palabras sobre la niebla de febrero. Nunca supo si *lord Dark* tenía algo que decir sobre el hielo y la nieve de enero, pues el ama de llaves entró con la bandeja del té. Sin preguntar, la puso ante la señorita Everwood.

Una criada la siguió con una bandeja de pasteles y galletas, que depositó en una mesita junto a la ventana. Caroline tomó la taza de té que le sirvió Adelaine y se acercó a la ventana, donde permaneció sorbiendo con la mirada fija en el pequeño jardín vallado, resplandeciente de narcisos. El encuentro con el conde no estaba siendo como ella se lo había imaginado, aunque nunca supo qué esperaba de él.

Vino a reunirse con ella, de pie al otro lado de la mesa, y cogió uno de los platos de galletas.

—¿Quieres probar un *macaron*, señorita?

—Gracias, señor. —Mordisqueó el dulce de almendras y clara de huevo mientras él iba a ofrecerle el plato a los demás.

Al volver, cogió un trozo de pastel de semillas y lo puso sobre su plato.

—Señorita Clayton —dijo en voz baja y con rigidez—, he buscado esta oportunidad para

disculparme por mi imperdonable comportamiento. Espero que me perdone.

—Por supuesto, señor. —Ella le sonrió, con el corazón bailando—. Te perdonaré con gusto si dejas de fruncirme el ceño como si fuera yo quien busca el perdón.

Su sonrisa era incierta, pero calentaba sus ojos grises.

—Te pido perdón, no quería fruncir el ceño.

—¡Basta de perdones! Entre amigos son innecesarios, y nosotros somos amigos, ¿no? —Temblando por dentro, se preguntó si había sido demasiado atrevida.

—Me siento honrado de que me consideres tu amigo —dijo él de inmediato, para alivio de ella. De hecho, su respuesta fue lo suficientemente ferviente como para silenciarlos a ambos por un momento; luego dijo—: Ha terminado su té, señorita Clayton. ¿Puedo traerle más?

Al coger la taza, sus dedos rozaron los de ella. A través de su fino guante de algodón, sin cabritilla para la señorita Clayton, saltó una chispa entre ellos.

Para ocultar su confusión, ella cogió otro *macaron*, mientras él se daba la vuelta rápidamente para pedirle a la señorita Everwood que rellenara la taza. Cuando se la trajo, tuvieron cuidado de no tocarse.

El recuerdo de su beso estaba demasiado cerca, pensó Caroline. Después de uno o dos encuentros más, él no la calentaría tanto.

—¿Estás disfrutando de tu estancia en Londres? ¿Has visto todos los monumentos?

—Algunos —dijo ella sin comprometerse. Entre las compras, las visitas matutinas y los compromisos nocturnos, había visto poco fuera de Mayfair y St—. Hay mucho que ver.

—Si deseas ir a algún sitio en particular, estaré encantado de acompañarte. —Sonaba extrañamente inseguro de sí mismo.

Caroline se devanó los sesos buscando una excursión que él no despreciara, pero en la que era poco probable que se encontrara con sus conocidos.

—¿El Museo Británico? —sugirió.

—Una excelente elección. Creo que lo encontrarás interesante. Montague House está abierta al público los lunes, miércoles y viernes, de diez a cuatro, y estoy a tu entera disposición.

Hoy era miércoles. ¿La consideraría demasiado ansiosa si dijera que el viernes? ¿Tenía algún compromiso para el viernes por la tarde? Si los tenía, los cancelaría.

—El viernes me vendrá muy bien, señor.

Esta vez su sonrisa no tenía nada de vacilante. Realmente era demasiado guapo cuando sonreía.

—Será el viernes. ¿Puedo llevarte en mi carruaje?

—Gracias, pero... pero no es necesario que te desvíes de tu camino. —Presa del pánico, buscó una razón para rechazar su oferta—. El señor Robbins mencionó que Montague House está a la vuelta de la esquina.

Aunque parecía decepcionado, lord Darkmonth era demasiado caballeroso para discutir. Quedaron en verse en el museo.

—¿Quieres otro *macaron*? —le ofreció—. Parece que te gustan mucho.

—Señor, un caballero no debe tomar nota cuando una dama se excede. —Ella se sirvió otro—. Sobre todo, porque no te has comido la tarta.

Lord Darkmonth Echó una mirada por encima del hombro a su anfitrión y dijo en voz baja:

—De hecho, aborrezco el pastel de semillas, mientras que me gustaría mucho una taza de té. La mía se ha enfriado. ¿Qué hago?

—Abre la ventana, riega los narcisos y da de comer a los pájaros le aconsejó ella en tono de conspiración.

Sonriendo, siguió su consejo mientras ella hacía un comentario en voz alta sobre la belleza de las flores, como si él se asomara simplemente para admirarlas.

Con la copa llena, volvió a reunirse con ella. Hablaron de las flores de primavera y ella le contó su sensación de que las estaciones pasaban desapercibidas en la ciudad. Coincidieron en preferir la vida en el campo. Caroline se dio cuenta con disgusto de que su madre, muy probablemente, aprobaría al conde como pretendiente si este estuviera buscando esposa. Gracias a Dios que no era así.

A través de la ventana abierta, se oyeron las campanadas de los relojes de la iglesia. La señorita Everwood se levantó, anunciando que era hora de marcharse. Lord Darkmonth parecía a punto de ofrecerse a acompañarlas a casa, pero el señor Robbins lo detuvo con una pregunta. El ama de llaves las acompañó a la salida y doblaron apresuradamente la esquina de Bury Lane, donde les esperaba un elegante coche de caballos.

—¡Qué suerte que el salón del señor Robbins no dé a la calle! —dijo Caroline mientras partían—. Oh, Adelaine, desearía no tener que fingir.

—¿Es realmente necesario? No estás obligada a encontrarte de nuevo con su señoría.

—He quedado con él para visitar el Museo Británico el viernes —admitió con culpabilidad—. Ella puede acompañarme si tú estás ocupada.

—¡Oh, Dios! No, iré contigo. En ese caso, quizá sea mejor que le digas al conde quién eres.

—Todavía no. No hasta que lo conozca mejor. Prométeme que no lo dirás, Adelaine.

—Lo prometo —dijo la Señorita Everwood, pero parecía perturbada.



—Bueno, Ella, ya no necesitamos encontrarnos en las esquinas, ahora que mi señor se ha comprometido con tu joven dama.

—Estoy segura de que no puedo adivinar lo que quieres decir. Mira ese sombrero en la ventana, el que tiene plumas amarillas. ¿No es fino como cinco peniques?

—No necesitas un sombrero elegante para ser la chica más bonita que he visto.

—Oh, George, dices las cosas más bonitas.

—Las diré más a menudo si me dejas ir a visitarte.

—No es que no quiera que vengas, es que no puedo decirte dónde estoy.

—Su señoría me lo dirá.

—No lo hará.

—¿Por qué no?

—Porque no lo sabe y mis damas no quieren que lo sepa.

—¿No quieren? ¿Por qué no? Vendría a buscarlas y les ahorraría un paseo o seis peniques de taxi.

—Mira, aquí hay una pastelería. Vaya, qué bien huelen los pasteles.

—Yo te invito. ¿Quieres un pastel? ¿O una de esas tartas francesas de manzana?

—Una tarta de manzana estaría bien.

—Aquí tienes, entonces. Ten cuidado de no mancharte la ropa. Vamos, Ella, ¿qué hay de secreto en tu alojamiento? No me importa si no vives en la mejor parte de la ciudad. ¿Por qué tanto secretismo?

—No pasa nada, pero no puedo decirte por qué es secreto o sabrías cuál es el secreto.

—Ya veo lo que es, es porque no confías en mí. Como tú me dijiste, no saldré con alguien que no confía en mí.

—¡Sí confío! Sí que confío en ti. Solo que no es mi secreto.

—No se lo diría a mi señor.

—¿Lo dices en serio, George?

—Te lo juro.

—Muy bien. La señorita Clayton no es la señorita Clayton, es lady Caroline Clayton, y su padre es el Marqués de Whitehall.

—¡Qué broma más ingeniosa!

—¡Es verdad! ¿Por qué iba a inventármela?

—¿Por qué no querría ella que su señoría lo supiera?

—Solo escucha y te lo contaré todo.



Caroline y la señorita Everwood giraron hacia Great Russell Street, apresurándose bajo sus paraguas. Al abrigo del porche del Museo Británico, había un caballero. A pesar de que estaba de espaldas a ella, con su abrigo azul y su lustrado sombrero sobre la cabeza, Caroline reconoció enseguida a lord Darkmonth.

Al volverse, las vio y bajó los escalones hacia ellas, a pesar de la llovizna. Su sonrisa iluminó el día húmedo y gris.

—Espero que no te hayamos hecho esperar, señor.

—En absoluto, señorita Clayton. He pasado una o dos horas en la sala de lectura y acabo de salir a tomar el aire. Buenos días, señorita Everwood. Salgamos de la lluvia.

Ofreció un brazo a cada dama y entraron.

Mientras deambulaban por las salas atestadas de objetos expuestos de la vieja mansión, Caroline se alegró al comprobar que sus estudios habían sido lo bastante extensos como para permitirle hacer preguntas inteligentes. El conde tenía la mayoría de las respuestas, tanto si hablaban de monedas antiguas, mármoles clásicos, antigüedades egipcias o de las colecciones de historia natural y curiosidades.

Su primer amor, sin embargo, eran claramente los manuscritos medievales. Caroline admiraba de todo corazón los colores joya y el pan de oro de las ilustraciones y las letras iluminadas.

—Pero me gustaría saber leer el texto —exclamó—. Todos parecen estar en latín o en francés antiguo.

—Puedo con el latín, a duras penas, pero el francés antiguo me supera —admitió lord Darkmonth—. Ven aquí y mira los *Cuentos de Canterbury*, de Chaucer. Te gustará el retrato del autor dentro de la inicial W. Mira—: «Cuando ese abril, con sus días dulces...» Está escrito en lenguaje moderno.

—Oh, sí, es maravilloso. Y puedo leer las primeras líneas, pero solo porque me las sé de memoria. Me alegro de que se inventara la imprenta.

Se rió.

—Así deberíamos pensar todos. Los libros eran raros y preciosos cuando había que copiarlos a mano.

—Y aún más raros cuando se esculpían en piedra —dijo la señorita Everwood—. Si no tienes inconveniente, me gustaría volver a ver la piedra de Rosetta. El señor Robbins conoce al doctor Justin Young, que está intentando...descifrar los jeroglíficos egipcios con la ayuda de las inscripciones griegas y demóticas que contiene.

Volvieron a la colección egipcia, regalada al museo por el rey Jorge después de que los británicos se la arrebataran a los franceses en Alejandría. La piedra de Rosetta, una losa de basalto negro, le pareció a Caroline una gran lápida. Mientras el conde y Adelaine discutían la importancia de saber leer egipcio antiguo, ella se dedicó a examinar sarcófagos pintados y estatuas de dioses y faraones.

Lord Darkmonth la encontró contemplando un magnífico collar de oro batido engastado con turquesa y lapislázuli.

—Te quedaría muy bien —le dijo—. El lapislázuli es del color de tus ojos. Precioso.

Su mirada no se fijó en el collar, sino en su rostro. Ella sintió el calor subir a sus mejillas.

En un esfuerzo por distraerlo, señaló:

—Debe de haber sido excesivamente incómodo llevar un collar tan pesado en el calor de Egipto.

—Cierto —dijo él, sonriendo—, y el lapislázuli se desperdiciaba en ellos, ya que sus ojos

eran oscuros, no azul celeste.

Se alegró cuando Adelaine se reunió con ellos.

Eran las cuatro y el museo estaba cerrando. Fuera, la llovizna se había convertido en aguacero. Mientras se detenían bajo el porche, observando cómo las gotas de lluvia salpicaban los charcos de la calle, un carruaje dobló la esquina y se detuvo ante ellas.

Caroline reconoció el escudo de Darkmonth en la puerta, pues lo había visto en la Mansión.

—Señoras, no puedo permitir que vuelvan a casa andando con este tiempo —dijo el conde con determinación—. Voy a regresar a la sala de lectura, que sigue abierta para los socios, pero mi cochero las llevará a donde deseen.

Caroline y Adelaine intercambiaron una mirada.

—Aceptaremos encantadas, señor —dijo Adelaine con serenidad, antes de que Caroline hubiera elaborado una excusa para negarse.

—Bien. ¿Dónde le ordeno que la lleve, señora?

—A casa del señor Robbins, en Hart Street, si es tan amable. Debo preguntar a su ama de llaves si ha encontrado un pañuelo que extravié el miércoles. Entonces, el chico del señor Robbins nos buscará un coche.

Asintió con una sonrisa ceñuda.

—Como desee. Señorita Clayton, confío en que tengas otra salida que proponer.

Caroline tenía una lista, preparada con esperanzada anticipación.

—Me gustaría ver los cuadros de la Royal Academy, señor, a una hora temprana, antes de que lleguen las multitudes. O la Mansión de Westminster, o...

—¡Alto! Suficiente por el momento. ¿Cuándo tendré el placer de acompañarlas a la Real Academia?

Una vez elegida la fecha, le dio a cada una un brazo para bajar los escalones mojados por la lluvia, mientras su lacayo saltaba de la percha en la parte trasera del carruaje para abrir la puerta. Lord Darkmonth las hizo pasar, habló con el cochero y luego se quedó de pie bajo la lluvia observando cómo se alejaban, con el ala del sombrero goteando sobre sus anchos hombros.

Caroline se sentó con un suspiro.

—Por un momento temí que fueras a soltar algo.

—¡Caroline!

—Te ruego me disculpes. Permitir que su señoría descubra quién soy... Debes de admitir que no he usado ninguna expresión de Derek esta vez, y nunca en compañía. El museo era fascinante, ¿verdad? Y lord Darkmonth sabía tanto de todo. ¿Te imaginas visitarlo con lord Charles, o lord Ryburgh? Lord Ryburgh estaría hablando sin cesar sobre la cosecha de trigo en las pinturas egipcias, y me atrevería a decir que lord Charles ni siquiera ha oído hablar del Museo Británico.

A la tarde siguiente, cuando lord Charles invitó a Caroline a desayunar con lady Jersey, ella puso a prueba su suposición y comprobó que era cierta. No solo no había oído hablar nunca

del Museo Británico, sino que la Real Academia no lograba despertar en él la menor chispa de reconocimiento. No obstante, le aseguró a Caroline que estaría encantado de llevarla allí. Su alivio cuando ella declinó la invitación fue palpable.

—A decir verdad —le confesó—, el arte no me interesa especialmente.

En vista de la venerable edad de lord Ryburgh, ella se abstuvo de burlarse de él sobre el tema. Sin embargo, se sorprendió al recibir de él una invitación para asistir a una representación de Macbeth en el teatro de Drury Lane. Estuvo a punto de reírse a carcajadas cuando él admitió, algo avergonzado, que el teatro tampoco le interesaba mucho.

—Un tipo llamado Michael Kean interpretará a Macbeth —continuó—. He oído que está de moda, así que pensé que te gustaría verlo. Un amigo me ha prestado un palco. Si estás de acuerdo, pediré a lord Havesham y a la señorita Linford que nos acompañen. Sé que son muy amigos tuyos.

Caroline aceptó amablemente. Macbeth era una de sus obras favoritas. Además, no tenía intención de dejar que la marquesa adivinara que ninguno de los pretendientes que ella favorecía contaba con la aprobación de su hija.

La noche de la fiesta teatral, Caroline ya había disfrutado de visitas tanto a la Real Academia como a la Mansión de Westminster con el conde de Darkmonth. Su señoría había sido encantador. Las dos o tres veces que alguna nimiedad le había hecho picar, ella había conseguido hacerlo sonreír. Como alternativa a las actividades intelectuales, lo había convencido para que la llevara a navegar por el río en un barco de vapor un día de la semana siguiente.

Sin duda, Havesham habría preferido una excursión en barco de vapor a Macbeth.

—Shakespeare no me interesa nada —le dijo a Caroline—. Me gusta más una buena farsa en el Haymarket, con mucho canto y baile. El problema es que a Pamela se le ha antojado ver a ese actor, Kean. No le apetece salir solar y quiere que la acompañe.

Lady Linford se marchó, así que Havesham, Pamela y Eleonor se unieron a Caroline, la señorita Everwood y lord Ryburgh en el palco de su amigo. Las jóvenes estaban sentadas en primera fila, con Caroline en el centro. Ya había estado antes en Drury Lane y había admirado la magnificencia del teatro, reconstruido tras el incendio de mil ochocientos nueve. Ahora, charlaba con sus amigas y miraba al público, saludando con la cabeza y sonriendo a sus conocidos. Todas las damas se abanicaban, pues la multitud atraída por Kean en el papel de Macbeth, junto con la iluminación de las velas, hacía que el lugar estuviera caliente como un horno.

El palco contiguo al suyo, en el lado de la platea, permanecía vacío. Un caballero no entró en él hasta que se apagaron las luces y se levantó el telón. Tomó asiento y se inclinó hacia delante, con sus rasgos claramente perfilados bajo las brillantes luces del escenario.

Caroline reconoció enseguida aquel perfil: ¡Lord Darkmonth! Se agarró al brazo de Eleonor.

—¿No son horribles? —susurró Eleonor cuando las tres brujas aparecieron entre truenos y relámpagos.

—Sí... No... Mira, es él. —Caroline señaló y Eleonor jadeó.

—¡*Lord Dark*! ¿Qué hacemos?

—Esperar. Debo pensar. —Tenía que escapar antes de que se encendieran las luces al final

del primer acto. ¿Por qué no había adivinado que era probable que él asistiera al teatro? No era un inculto, como algunos otros que ella podía nombrar, sino un caballero culto y de entendimiento superior.

Su mente se agitó buscando una excusa para marcharse. Las brujas habían desaparecido, dejando el escenario al rey Duncan y a sus nobles, pero el trinomio no tardaría en reaparecer. Esa era su oportunidad.

La escena cambió. Un maldito brezal. Truenos. Entran las tres brujas. Un espectáculo horrible, viejas marchitas con sus narices ganchudas, barbas y dientes perdidos, tramando su complot contra la esposa de un marinero desafortunado. Rápido, antes de que Macbeth y Banquo hicieran su entrada...

Con un gemido, Caroline se levantó de un salto, derribando su silla, y salió corriendo al pasillo. Se apoyó en la pared, al otro lado de la puerta que daba al palco de lord Darkmonth, y se dejó caer, tratando de aparentar que estaba a punto de desmayarse.

La señorita Everwood y lord Ryburgh la alcanzaron en el mismo momento. Adelaine parecía desconfiada, su señoría horrorizado.

—Caroline, ¿qué ocurre?

—Mi querida lady Caroline, le ruego que me coja del brazo. No había pensado... delicada sensibilidad... Por nada del mundo...

Caroline se llevó la mano a la frente.

—Solo un pequeño mareo —dijo débilmente—. El calor... —Su voz se apagó cuando aparecieron los otros tres. Eleonor susurrando a su hermana y a Havesham.

Havesham asintió con la cabeza, sus ojos interrogaron a Caroline.

—Son esas brujas diabólicas —musitó—. Ni que no me dieran náuseas. Shakespeare es un escritor muy raro. Nunca se sabe lo que se le ocurrirá. ¿No te lo advertí, Pamela?

Un poco desconcertada, Pamela asintió, mientras Eleonor golpeaba vigorosamente la cara de Caroline con su abanico.

—Tonterías —dijo la señorita Everwood, con los labios crispados—. No ha sido más que el calor y una alimentación insuficiente. No debe culparse a sí mismo, lord Ryburgh. Caroline fue lo bastante tonta como para permitir que su excitación ante la perspectiva de ver a Kean en Macbeth le quitara el apetito durante la cena. Se sentirá mejor después de comer algo.

Lord Ryburgh lanzó un suspiro de alivio.

—He pedido una cena en el Hotel Grillon —dijo—. Me atrevo a decir que aún no estará lista, pero nos darán algo.

Acompañó de forma dulce a Caroline escaleras abajo. Su carruaje y el de Havesham fueron solicitados y todos se dirigieron a Grillon's. Habiendo cenado bien no hacía ni dos horas, Caroline no supo apreciar la comida servida por el chef francés del hotel. Sin embargo, dio las gracias a su pretendiente con sincera gratitud y se disculpó por haberle aguado la fiesta.

—En absoluto, en absoluto, querida —le aseguró él—. Menos mal que no esperamos a ver a Kean. He oído que su actuación es abrumadora. Nunca me interesó el teatro en exceso.

Después de cenar, llevó a Caroline y a la señorita Everwood de vuelta a St. James's Place.

Prometió llamar por la mañana para ver cómo le iba y se despidió.

Cuando Caroline cerró la puerta de su salón, Adelaine se dejó caer en una silla y preguntó:

—Bueno, ¿qué ha sido todo eso?

—El conde lord Darkmonth estaba en el palco de al lado. Fue espantoso. —Caroline se agarró las manos, paseando arriba y abajo en su agitación—. ¡Cómo me hubiera gustado decirle quién soy la primera vez que nos vimos en la ciudad! Habría entendido por qué fingí en la Mansión. Ahora, después de engañarle todo este tiempo, no me atrevo a confesárselo.

CAPÍTULO 14

Mientras Michael descendía de su coche en la escalinata de Whitehall, se preguntaba qué le había llevado a aceptar llevar a Caroline Clayton en el barco de vapor. No era la más elegante de las excursiones.

Entregó las riendas a su mozo de cuadra y se quedó mirando el Támesis. Una fuerte brisa hacía que la superficie del agua bailara y brillara bajo el sol de la mañana. El río estaba salpicado de barcazas y transbordadores, y el barco de vapor avanzaba río arriba hacia él desde la Torre, con una columna de humo saliendo de su chimenea. Sin duda, no era una forma elegante de viajar.

Michael deseaba haber podido llevar a Caroline a Drury Lane la otra noche. Ella habría disfrutado del drama bien escenificado, a diferencia de la tonta del palco de al lado que, según dedujo, había sido asustada hasta el punto de sufrir un ataque por las brujas.

Volviéndose hacia Whitehall, temió presenciar su llegada en un coche tan viejo. Odiaba verla en tan lamentables circunstancias. Pero allí estaba ella, caminando hacia él con un juvenil brinco en el paso y la alegre sonrisa que siempre le levantaba el ánimo. Aunque estaba cansada de llevar siempre la misma pelele azul, no dejaba que eso le quitara el ánimo. ¿Y por qué habría de hacerlo? Las sedas y los rasos no podían añadir nada a la belleza de su rostro, su figura y, sobre todo, su carácter.

Salió a su encuentro.

—Espero que no lleguemos tarde, señor. No me lo perdería por nada del mundo.

—Tu puntualidad es perfecta. El barco estará aquí en cinco minutos, más o menos. ¿La señorita Everwood no está contigo?

—Hoy no. Envié a Ella, su criada, a cuidarme.

La muchacha hizo una reverencia, su cara redonda le resultaba vagamente familiar; sin duda la había visto en la mansión. Mientras se dirigían hacia la escalinata, la ausencia de la señorita Everwood le molestó. Ella siempre había acompañado a Caroline antes, aunque por supuesto no se podía esperar que estuviera siempre asistiendo a su joven amiga. Era muy amable por su parte haberle dedicado tanto tiempo, y más amable aún enviar a su criada.

No, maldición, era raro que enviara su criada a acompañar a una joven que para ella no era más que una amiga.

Antes de que pudiera seguir con este pensamiento, llegaron a lo alto de los escalones de piedra que bajaban hasta el agua. Allí esperaban varias personas. Notó, con el labio curvado, que todos eran sólidos ciudadanos burgueses, la mayoría con esposas e hijos, probablemente tomándose un día libre de tiendas y casas de contar para evitar las aglomeraciones del domingo.

El barco ya estaba cerca y sus ruedas iban frenando. El chirrido estrepitoso de un silbato de vapor ahogó momentáneamente el ruido regular de los pistones. Un remolino en la brisa trajo el acre olor del humo del carbón a las fosas nasales de Michael.

—¿No es espléndido? —exclamó Caroline encantada—. Qué complacido estaría el señor Simmons con semejante prueba de la empresa británica. Me atrevería a decir que también podría explicar cómo funciona. —Miró esperanzada a Michael.

Él sacudió la cabeza con una sonrisa apenada.

—Yo no. Si lo desea, le preguntaré al ingeniero —se ofreció. A través de sus ojos vio el barco de vapor como un invento audaz, luchando contra la corriente y la marea menguante, alegre con pintura verde y amarilla y relucientes barandillas de latón.

Michael no se sorprendió cuando el grupo de gente se separó para permitir que su grupo embarcara primero. Sin pensárselo dos veces, sabía que su vestimenta y su porte denotaban lo que probablemente llamarían calidad. Se dio cuenta de que varios de los hombres miraban a Caroline con abierta admiración, mientras sus esposas miraban con recelo sus ropas pasadas de moda. Los ignoró; su opinión sobre ella carecía de importancia, a diferencia de la de Ton.

El barco se detuvo y un tipo corpulento, con los antebrazos desnudos tatuados con anclas entrelazadas con serpientes, extendió una pasarela.

Michael bajó el primero por la escalera desgastada por el tiempo, mirando a menudo hacia atrás para ver si Caroline necesitaba su ayuda. Ella se levantaba la falda con una mano, mostrando un pulcro par de tobillos. A pesar de esta distracción, se dio cuenta de que el último escalón de piedra sobre la pasarela estaba húmedo por la marea alta. Lo evitó pisando las tablas y se dio media vuelta para avisar a Caroline.

Demasiado tarde. Su pie resbaló y ella tropezó y cayó en sus brazos. Él se tambaleó hacia atrás, aferrándola a él. De algún modo, logró mantenerse en la pasarela, pero habría caído de espaldas sobre la cubierta con ella encima si el gran marinero no lo hubiera agarrado y estabilizado.

Soltó a Caroline. Sin aliento, se enderezó el sombrero y lo miró a él y al marinero con perfecta imparcialidad.

—Muchas gracias a los dos por salvarme. Habría odiado caer al río. No parece estar muy limpio.

—No lo está, señorita —asintió el hombre con una estruendosa carcajada—, aunque está mucho más limpio que río abajo.

—Cuidado, señorita —llamó a Ella, que estaba a medio camino.

—Esto es por las molestias —dijo Michael con rigidez, dándole un chelín.

Saludó con dos dedos a su sombrero de copa baja.

—Muchas gracias. Beberé a la salud de la dama. —Le guiñó un ojo a Caroline.

Exasperado, Michael se dirigió a un banco que esperaba estuviera protegido del humo, aunque no de la brisa. Ella se les unió y Caroline invitó a la criada a sentarse a su lado. Se enfadó mientras se reían juntas por su paso en falso. Caroline parecía no tener la menor idea de guardar las debidas distancias con los sirvientes; recordó conmovido que podía llegar a ser una

institutriz, poco mejor que una criada.

Como si de repente se hubiera dado cuenta de su silencio, se volvió hacia él.

—Oh, querido, estás enfadado. Siento mucho, señor, no haber tenido más cuidado al subir los escalones. Podríamos haber tenido un disgusto, ¡y qué mortificante habría sido hacer el ridículo ante toda esta gente!

—Si frunzo el ceño, señorita Clayton, no es por eso. Me culpo por no haber sido más rápido en advertirte del paso húmedo.

—Entonces, ¿por qué estás enfurruñado. Quiero decir, disgustado? —Ladeó la cabeza un poco. Parecía un perro que esperaba recibir una palabra amable.

—Creo que no es prudente alentar a semejantes tipos. —Señaló al marinero, que se dirigía a la sala de máquinas mientras las palas volvían a girar.

—¿Animar? Lo único que hice fue darle las gracias y sonreírle. —Caroline se rió—. ¡Yo no llamaría a eso animarle a hacer otra cosa que rescatar a pasajeros torpes! Pero si lo entendió mal, confío en ti para que me protejas, *milord*.

Desarmado, sonrió cuanto apenas y dirigió su atención a los arcos del puente de Westminster, que se alzaban por delante.

Disfrutó del resto del viaje, a pesar del constante golpeteo del motor y las ocasionales bocanadas de humo mientras el barco seguía los meandros del río. Desembarcaron en el puente de Richmond y subieron la colina por el pueblo, pasando junto a los restos del palacio Tudor. Como siempre, Caroline se mostró interesada y agradecida. La vista del sinuoso río en forma de isla y de los bosques y campos más allá le encantó.

Se detuvieron en una pastelería para tomar un almuerzo ligero y luego caminaron hasta Richmond Park. Michael se dijo que debería de haber adivinado que Caroline no se contentaría con un decoroso paseo por los senderos de grava. En lugar de eso, se dispuso a cruzar la hierba áspera y cubierta de ranúnculos para ver más de cerca la manada de gamos. Él observó, divertido, cómo Ella y ella arrullaban a los asustadizos cervatillos.

Siguieron deambulando por bosques florecientes, alfombrados de campanillas. La presencia de Ella impidió que Michael comparara las flores con los ojos de Caroline. Menos mal, tal vez, todo lo que había que decir sobre el tema ya lo había dicho algún poeta, y él no deseaba parecer trillado.

El vapor los devolvió a Whitehall Stairs bajo un tormentoso atardecer que convertía el río en una sábana de llamas. El coche de Michael esperaba, con los caballos moviendo la cabeza impacientes, pero él ya sabía que no debía ofrecerse a llevar a Caroline a casa.

—No creo haber disfrutado tanto de un día desde que llegué a Londres —le aseguró ella, con las mejillas sonrosadas por el aire fresco y el ejercicio—. ¿Nos veremos el jueves en el Panorama, como habíamos quedado?

—Allí estaré sin falta. —Se inclinó sobre su mano, luego se volvió hacia su mozo de cuadra y tomó las riendas mientras Ella y ella se alejaban charlando. Él no quería ver si Ella había girado hacia el sur, hacia los barrios bajos de Westminster, aunque su comentario sobre la proximidad del Museo Británico le había sugerido que vivía en Bloomsbury.

Debía de avergonzarse de su alojamiento, fuera donde fuera, o ya le habría dicho dónde

vivía. Él no podía soportar pensar en ella en un piso de mala muerte, rodeada de edificios cochambrosos y calles estrechas y mugrientas. Ella, que amaba el campo. Con suerte, encontraría un trabajo en el campo.

Nunca hablaba de su búsqueda de empleo. De hecho, ni ella ni la señorita Everwood, ni siquiera el señor Robbins, habían mencionado nunca su necesidad de ganarse la vida. Solo había oído hablar de ella a George, ahora que lo pensaba, y eso era pura especulación. Tal vez residía en casa de unos parientes, lo cual sería casi peor, ya que entonces no tendría ninguna esperanza de salir de la ciudad.

Sin embargo, ella tampoco había hablado nunca de parientes. Por lo que él sabía, la señorita Everwood era su única conexión en el mundo, y ella no era pariente.

Una terrible sospecha lo asaltó. Su conmoción se transmitió a su ganado y el coche corrió hacia Haymarket. Afortunadamente, aún no había gente en el teatro, pero Michael oyó a su mozo de cuadra dar un rápido suspiro de alarma cuando doblaban la esquina de Piccadilly.

Consiguió calmar a sus caballos, pero no sus pensamientos. Supongamos que Caroline y la señorita Everwood fueran realmente parientes. El único parentesco que no podía reconocerse libremente era el que existía entre una madre soltera y su hijo ilegítimo.

Eso explicaría muchas cosas: por qué una dama tan refinada y agradable como la señorita Everwood era soltera; por qué se preocupaba tanto por el bienestar de Caroline. Sus rasgos no se parecían, pero tenían el pelo del mismo tono y ambas eran de estatura media y figura esbelta. Se sintió sacudido por un repentino deseo de estrechar entre sus brazos la esbeltez de Caroline. Aquel ridículo episodio a bordo del barco había sido demasiado breve... ¡Y no es que su mente hubiera estado en el placer de abrazarla en aquel momento!

Si fuera cierto que era hija natural de la señorita Everwood, juraría que él no sabía nada. Era demasiado abierta e indiferente como para no demostrarlo de alguna manera. No debía permitir que sus conjeturas alteraran en modo alguno su conducta hacia ninguna de las dos.

Al fin y al cabo, solo era una suposición, sin más fundamento que el que tenía George para decir que ella iba a ser institutriz. Prometió apartar esa conjetura de su mente.

Al llegar a Darkmonth House, subió a cambiarse.

—¿Lo ha pasado bien, *milord*? —preguntó George.

—Muy agradable. Richmond es un lugar muy bonito, y el tiempo no podía haber sido mejor. —El ayuda de cámara sonrió.

—Igual que la compañía, ¿eh?

—Bonita, muy agradable, no podría haber sido mejor... Sí, eso no sería inexacto.

Mientras se lavaba la mugre del embudo del vapor, Michael pensó en la amabilidad de Caroline con la criada, Ella. Había desaprobado tal familiaridad con una criada, pero sus propias bromas con su ayuda de cámara no eran diferentes. Por supuesto, conocía a George de toda la vida, mientras que, para Caroline, Ella no era más que la doncella de una amiga. A menos que Caroline fuera la hija de la señorita Everwood....



A la visita al Panorama de los Jardines de Primavera, que actualmente mostraba una vista de trescientos sesenta grados de la Batalla de Waterloo, siguió una expedición al Museo de Bullock en la Sala Egipcia. Caroline continuaba tan alegre y amable como siempre, por lo que Michael supuso que había conseguido ocultar sus dudas sobre su nacimiento.

Sin embargo, sus dudas sobre la siguiente excursión que ella propuso debían de ser obvias.

—Sé que el circo es una chiquillada —dijo ella, con el gorjeo de risa que a él le encantaba oír—, pero sonaba tan divertido cuando el señor Branwell lo describió. Si el Anfiteatro de Astley está por debajo de su dignidad, *milord*, el señor Robbins ha prometido invitarnos a la señorita Everwood y a mí.

Si un sobrio abogado estaba dispuesto a rebajarse a semejante disparate absurdo, el conde de Darkmonth no iba a demostrar que era un pomposo mojigato negándose.

Estaba dispuesto a disfrutar de la ocasión simplemente porque Caroline estaba allí, y a entretenerse con sus reacciones ante el espectáculo. En efecto, encontró mucho que admirar en el arte ecuestre de los jinetes, a pesar de sus mallas de lentejuelas. Los malabaristas, acróbatas, contorsionistas, volatineros y equilibristas eran los mejores de su clase, capaces de hazañas asombrosas. Y cuando Michael oyó las carcajadas del señor Robbins ante las payasadas de los payasos, dejó de intentar mantener una reticencia bien educada y rió tan fuerte como cualquiera.

El hecho de que Caroline se olvidara de soltarle el brazo, después de sujetárselo durante el espectacular y peligroso truco de una amazona vestida con poco más que un volante plateado, no impidió en absoluto su apreciación.

De regreso a casa, después de tomar una copa con el señor Robbins, Mason le dio la noticia de que lady Darkmonth había llegado a la ciudad.

—Su señoría se ha retirado hace un rato, *milord* —le informo el mayordomo, con su mirada desapasionada fija en algún punto invisible más allá de la oreja derecha de su amo—. Su señoría expresó el deseo de reunirse con usted para discutir un asunto de importancia. Las once fue la hora sugerida, *milord*.

—Los deseos de su señoría son órdenes para mí —dijo Michael con un salvaje sarcasmo que hizo parpadear al impasible mayordomo. Subió a su habitación, donde George calentaba su camisón ante el fuego—. Ha venido mi tía —gimió.

—Lo sé, *milord* —dijo George serio, ayudándolo a quitarse el ceñido abrigo.

—Me ha citado para una entrevista mañana por la mañana. Supongo que no habrás descubierto de qué desea hablarme. — Se arranco la corbata y la dejo caer sobre el tocador.

—No, *milord*, pero seguro que es algo desagradable.

—No hace falta que me lo digas.

—Una cosa es segura, con su señoría mirando por encima de tu hombro, no irás más a sitios como Astley's.



Tras su galope mañanero en Hyde Park, bajo nubes amenazadoras, Michael regresó a casa para jugar con su desayuno. Era ridículo que un hombre adulto temiera una entrevista con su tía, pero lady Darkmonth tenía el poder de hacerle sentir que volvía a ser un niño pequeño que llegaba a la Mansión por primera vez.

Fue a la biblioteca a escribir cartas. Con la intención de asegurarse de que sus instrucciones al alguacil de su finca de Staffordshire se entendían fácilmente, por un momento olvidó de su aprensión. Entonces, el reloj dio las once y unos golpes en la puerta precedieron la aparición de Mason.

—Su señoría está en el salón —anunció, con una pizca de disculpa en sus modales.

Al terminar de escribir su frase, Michael secó la tinta con papel secante, limpió la pluma y se dirigió a regañadientes al salón.

—Buenos días, señora.

Lady Darkmonth estaba sentada junto al fuego, vestida como siempre de seda gris, con la espalda recta y rígida como un atizador. Levantó su lorgnette y lo examinó de pies a cabeza.

—Buenos días, Darkmonth. Estás vestido para montar. —De alguna manera, se las arregló para mirarlo por encima del hombro incluso cuando ella estaba sentada y él de pie.

Y, como siempre, ella lo había menospreciado.

—Le pido perdón por aparecer en su salón vestido así. Salí a cabalgar antes y puede que vuelva a hacerlo más tarde, así que no me cambié. ¿Para qué quería verme?

—Lady Linford me informa que no has visitado a su hija desde que llegaste a la ciudad.

—No me interesan los compromisos sociales sin sentido y no tengo intención de ofrecerme para la señorita Linford.

—Como quiera. —La condesa resopló—. La muchacha no es un partido muy deseable, pero había pensado que su conexión con su amigo, lord Havesham, podría predisponerle a su favor. Sin embargo, eso no altera el hecho de que su deber es casarse y proporcionar un heredero al título.

—Me conformo perfectamente con dejar que mi hermano y sus hijos sucedan al título.

—Ni hablar. Permitir que una rama colateral de la familia herede de nuevo es imposible. No, debes casarte, y si decides no elegir a tu propia novia, yo misma me ocuparé del asunto.

—Gracias, señora, creo que soy capaz de hacer mi propia elección —le aseguró él, esforzándose por mostrar tan poca emoción como ella.

—Para ello, debes participar en esos compromisos sociales que rehúyes.

—¡Claro que no!

—¿De qué otra manera te propones conocer a una variedad de mujeres adecuadas? Supongo que podría invitar a varias jóvenes elegibles a la Mansión.

—Dios no lo quiera. —Michael se dio cuenta de que estaba flanqueado. Aun así, podía ceder en un punto sin perder la batalla. Al menos ganaría algo de espacio para respirar—. Si debo asistir a ciertos bailes y reuniones sociales, que así sea.

—Excelente. —Los finos labios de su Señoría se curvaron en una amarga sonrisa de

triunfo—. Estoy segura de que has sido invitado al baile de los Daventry esta noche.

—Ya he enviado mis disculpas.

Ella rechazó su objeción.

—Ninguna anfitriona se opondrá a la presencia de un caballero tan elegible. A pesar de tus desafortunados antecedentes, eres un espléndido partido.

—Esta noche tengo la intención de trabajar en mi discurso para la Cámara de los Lores y escribir algunas cartas.

—¡Cartas! —De nuevo, levantó su *lorgnette* y le miró como si perteneciera a alguna desagradable especie de insecto—. Los nobles no escriben sus propias cartas; emplean secretarios. Le aconsejo que lo haga de inmediato. Me acompañará al baile de los Daventry esta noche. Si su prima Bárbara no me esperase en Lewellyn Place, me quedaría en Londres para asegurarme de que hace un esfuerzo por encontrar esposa. Tal como están las cosas, le advierto, Darkmonth, de que si la temporada termina sin esponsales, yo misma elegiré a una muchacha y haré tales gestiones en su nombre que estará obligado, por su honor, a ofrecerte en matrimonio.

Lady Darkmonth nunca hacía una amenaza que no tuviera los medios para cumplir. Reconociendo su derrota, Michael se inclinó y salió del salón. Volvió a la biblioteca para pasearse de un lado a otro.

Detestaba los bailes, las rondas y los desayunos, donde los frívolos se reunían para charlar inanidades y los rencorosos para intercambiar escándalos. Peor era la perspectiva no solo de asistir a tales reuniones, sino de tener que hacerles el cortejo a tímidas señoritas, vanidosas bellezas y soberbias herederas. Lo peor de todo era la idea de estar atado de por vida a una horrible interesada como Eleonor Linford o a una mujer fría y orgullosa como sus primas.

La única persona con la que podía imaginarse pasando felizmente el resto de su vida era la señorita Caroline Clayton. Sin embargo, era impensable que el conde de Darkmonth se casara con una bastarda, sobre todo porque nunca podría estar seguro de que ella no se hubiera casado con él por su riqueza y su rango.

CAPÍTULO 15

—¿Qué es eso tan urgente que te ha hecho llamarme a la pastelería bajo la lluvia, Geordi?
—Su señoría ha venido a la ciudad, es decir, lady Darkmonth. ¿Quieres una taza de chocolate, amor?

—Estaría bien. Ha refrescado de repente. ¿Lady Darkmonth está aquí? Oh, no, ¡irá a las fiestas y verá a mi señora!

—No es probable. No se quedará mucho tiempo y no va a fiestas poco interesantes.

—¿Por qué no?

—No le conviene codearse con ellos, pues tienen más autoridad que ella y hay demasiados. Recuerda que su padre era solo un baronet. Le gusta ser un pez grande en un estanque pequeño. Al menos, eso es lo que la señorita Delayne solía decirle a nuestra ama de llaves en la Mansión. Eran uña y carne.

—Sí, me acuerdo de la señorita Delayne. La bajita y regordeta, ¿no? Pero si su señoría no va a encontrarse con mi lady Caroline, ¿por qué me has hecho venir bajo la lluvia?

—Si te dijera que fue solo para verte, Ellie, ¿te enfadarías?

—¡Eres un descarado, y no te equivocas!

—Bueno, no es solo eso. Aunque quería verte, por supuesto. No, el problema es que está haciendo que mi señor vaya a esas fiestas.

—¡Vamos! Es un hombre adulto, ella no puede obligarlo a hacer algo que no quiere.

—La vieja bruja tiene sus maneras. Es una arpía cuando se enfada.

—¿Quieres decir que irá a bailes y todo eso?

—Esta misma noche se va al baile de los Daventry, y ella con él.

—¡Mi señora también! Oh, Geordi, ¿qué haremos?



—Ir de compras es un aburrimiento —aseguró Caroline mientras el carruaje chapoteaba en un charco y giraba hacia St. James's Place—. Llevamos toda la tarde y solo tengo un chal.

Adelaine enarcó las cejas.

—Creo recordar que no hace ni dos meses que considerabas las tiendas de Londres una de

las maravillas del mundo.

—¡Comparadas con las de Lancaster lo son! Me gusta tener ropa bonita y a la moda, pero me gustaría no estar obligada a vestir siempre con algo nuevo y moderno. Aunque tengo dos o tres chales útiles, no me vale que Alicia Daventry reconozca uno que ya me he puesto media docena de veces.

—La señorita Daventry es una chica agradable.

—Sí, y me considera su amiga íntima, razón por la cual estamos invitadas a cenar antes del baile. Sin embargo, no dudará en mencionar al resto de sus amigas íntimas, en confianza, que lady Caroline ha vuelto a llevar ese viejo chal. Así que salimos en una tarde húmeda a buscar uno nuevo.

El carruaje se detuvo y Justin las acompañó hasta la puerta bajo un enorme paraguas. Mientras subían, Adelaine dijo sonriendo:

—No es solo a la amistad de la señorita Daventry a quien debemos la invitación a cenar, ¿verdad?

Caroline se rió.

—Su hermano está interesado en mí, o en mi fortuna, pero como es el consumado Town Beau, la marquesa nunca le daría permiso aunque me importara, que no me importa.

Al final de la escalera, Adelaine se volvió hacia su habitación. Caroline se acercaba a su salón cuando la puerta se abrió y Ella asomó la cabeza.

—¡Oh, *milady*, qué noticia tan desafortunada!

—¿De qué se trata? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Caroline alarmada.

La señorita Everwood escucho el intercambio y se les unió mientras Ella empujaba a su señora hacia la habitación y cerraba la puerta tras ellas.

—Es lord Darkmonth, *milady*.

—¡Oh, qué, dímelo de una vez! ¿Está enfermo?

—No, *milady*, está muy bien de salud, aunque sería mejor que no lo estuviera. Esta misma noche irá al baile de los Daventry.

Caroline se dejó caer en la silla más cercana.

—¿Cómo lo sabes, Ella? —preguntó bruscamente la señorita Everwood.

Las sonrosadas mejillas de la doncella se sonrosaron aún más y bajó la cabeza.

—Verás, señora, quizá no debí hacerlo, pero el hecho es que estuve paseando con George, que es el señor de la cámara. Y le conté que lady Caroline era la hija de lord Whitehall.

—Ella, ¿cómo pudiste? —Caroline gritó con reproche.

—Nunca lo diré, *milady*, de verdad. Es un buen tipo e hizo un juramento. Y si me lo preguntas —continuó con cierto ánimo—, menos mal que se lo conté o no me habría dicho lo del baile.

—Adelaine, tendremos que enviar nuestras excusas.

—Es demasiado tarde, querida. Deberíamos estar vistiéndonos ya. Si solo fuera el baile...

pero no podemos alterar las disposiciones de lady Daventry en la mesa negándonos a ir en el último minuto.

—*Lord Dark* cenará en casa —dijo Ella.

—Entonces, iremos a cenar y presentaremos nuestras excusas después, antes de que comience el baile —propuso Caroline.

—Impensable. Alegar enfermedad inmediatamente después de una comida es echar pestes de la cocina de la anfitriona. Me gustaría que te decidieras a poner fin a este engaño.

—¡No puedo, ahora no! —Se estremeció, imaginando el amargo desprecio en los ojos de Michael cuando se enterara—. Tendré que evitarlo toda la noche. Al menos lady Daventry no intentará presentármelo ya que tiene esperanzas puestas en su hijo. Y gracias al cielo, Eleonor y los Havesham estarán allí para advertirme de sus movimientos. Pero, Adelaine, ¿si te ve será casi igual de malo!

—Me recluiré en un rincón detrás de una palmera con la señora Peabody.

—¿La anciana que se ha encaprichado tanto de ti? Sí, me atrevería a decir que sí.

—Está muy bien, *milady*, pero eso no es todo. Su señoría va a estar en muchas fiestas a partir de ahora.

—¡Cómo puede hacerme esto! —gimió Caroline, escondiendo la cara entre las manos—. Debemos volver a Whitehall.

—No es tan malo como parece, *milady*. —Ella le acarició el hombro—. George y yo hemos pensado que, si me dice qué invitaciones acepta su señor, en cuanto se decida, puedes rechazarlas.

—Una idea excelente —aprobó la señorita Everwood—. Voy a cambiarme de vestido. Haz lo mismo, Caroline, o llegaremos tarde.

Se había preparado un bonito vestido de crespón azul sobre sarcenet blanco y una corona de acianos de seda azules y margaritas blancas.

—Ese no —dijo Caroline.

—Es el que pediste, *milady*.

—Pero siempre llevo azul cuando estoy con él. Me reconocerá de un vistazo. Sé que la toca no pega mucho con el rosa.

—Pero no te gustaba la toca. En vez de eso, te compraste rosas para la cabeza, ¿no?

—Sí, pero la toca me esconderá mi pelo.

—Y te hará parecer diez años mayor, *milady* —objetó Ella.

—Tanto mejor. El conde no me reconocerá a menos que nos veamos cara a cara. Ojalá me atreviera a tomar prestados los rubíes de la marquesa. Su magnificencia lo cegaría, ya que está acostumbrado a verme desaliñada.

—¡Rubíes! Eso no puedes llevarlo o serás rechazada sin miramientos. Su señoría dijo que las perlas son las únicas joyas apropiadas para una joven, y perlas es lo que llevarás.

La turbación acabó con el apetito de Caroline, normalmente sano, y no disfrutó de la cena. Estaba sentada al lado del honorable Stephen Daventry, un caballero rubio y apuesto de unos

veinte años, a quien no le hizo mucha gracia que ella respondiera sin ganas a sus últimas preguntas. Sin embargo, le pidió que le acompañara en el primer baile. A ella no se le ocurrió ninguna excusa para negarse.

Los Havesham y los Linford no habían sido invitados a cenar, pero para alivio de Caroline llegaron pronto al baile. Cuando salían de la fila de recepción, lady Linford se detuvo a hablar con otra matrona que llevaba una hija a cuestas. Caroline aprovechó la oportunidad y llevó a toda prisa a sus amigas a una de las pequeñas antecámaras reservadas para los invitados que buscaban intimidad. Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella para disuadir a los invitados no deseados.

—¡Lord Darkmonth viene esta noche!

—¿Michael? No puede ser, lady Caroline. Nunca ha ido a un baile desde que lo conozco y no lo mencionó cuando lo vi hace un par de días.

—La condesa insiste en que la acompañe. Lo supe por mi criada, que lo supo por su ayuda de cámara.

—¿Lady Darkmonth? —gimió Eleonor—. ¡Espero que por fin haya desistido en la idea de que él se me declare! Mamá ya lo ha hecho, gracias al cielo.

—¿Qué harás, Caroline? —preguntó Pamela ansiosa—. ¿Vas a dejar que descubra quién eres en realidad?

—No si puedo evitarlo. Por favor, ¿me ayudaréis todos?

—Por supuesto —le aseguró Havesham—. Solo dinos qué quieres que hagamos.

—Sobre todo, que me mantengáis informada de su paradero. Eleonor, por favor, quédate a mi lado siempre que puedas, ya que te evita, y Havesham, mantente alejado porque seguro que desea hablar contigo. Pamela, si puedes soportar ausentarte de los festejos después de tan larga privación, tal vez puedas alegar estar cansada y te acompañaré a la sala de retiro de las damas. Cuanto menos tiempo pase en el salón de baile, mejor.

—No te reconocerá de lejos con ese tocado tan retacado —le dijo Eleonor con franqueza.

—Por eso me lo puse. Es increíblemente horrible, ¿verdad? Oh, cielos, oigo que empieza la música. El señor Daventry me estará buscando.

—Iré a ver si no hay moros en la costa —se ofreció Havesham. Abrió la puerta unos centímetros, la rodeó sigilosamente, bajó por el corto pasillo, y se asomó por una columna. Visto desde atrás, tenía toda la pinta de ser un conspirador.

Tras observar el salón desde su posición ventajosa durante unos instantes, les hizo una seña y se reunieron con él.

—Aún no ha llegado, a menos que haya ido directamente a la sala de juego, pero no es un jugador. Como es alto, será fácil verle. Ahí está el joven Daventry, lady Caroline, con cara de estreñido.

—¿Puedes ver a mi compañero, Havesham? —preguntó Eleonor mientras Caroline se escabullía entre la multitud para encontrar al señor Daventry.

Lo convenció de que ella prefería estar en un decorado cerca de los músicos, en el extremo de la sala más alejado de la entrada. Michael no la vería cuando entrase. Lo malo de eso era que ella no lo vería a él. El salón de baile, adornado con flores y brillantes lámparas de araña, ya

estaba repleto de brillantes matronas, caballeros con abrigos azules o negros y damiselas ataviadas con flores de seda. El baile de los Daventry parecía destinado a ganar el premio al más ostentoso.

Caroline se perdió varios pasos en las figuras más complejas del cotillón, en su esfuerzo por vigilar la entrada por encima de las cabezas de varios cientos de invitados. Al final del baile, su fastidiosa pareja parecía estar sopesando en su mente el equilibrio entre su fortuna y su torpeza.

Havesham apareció a su lado y murmuró:

—Aún no ha llegado. Así que, con tolerable compostura, volvió a la pista para un baile campestre con lord Charles.

Su señoría aplicó al elegante sargento blanco todo el vigor de un deportista rural. Al final, Caroline estaba acalorada y sedienta. La toca de seda se había mantenido milagrosamente en su sitio, pero le calentaba aún más la cabeza.

—¡Limonada! —jadeó, abanicándose.

—Nunca encontraremos a un lacayo con esta aglomeración. Vamos a colarnos en el comedor.

Ella estuvo de acuerdo; era poco probable que Michael se dirigiera al comedor tan pronto como llegara.

Varias personas más se habían dirigido al suministro de limonada, champán y ponche. Caroline y lord Charles permanecieron allí, charlando con los amigos, hasta que lord Ryburgh la buscó para el siguiente baile. Con la mano de ella en el brazo de él, regresaron al salón de baile.

Al cruzar la puerta doble, en el centro de uno de los lados del salón, Havesham se materializó una vez más junto a ella.

—¡Michael está aquí! —siseó.

Ella no necesitó la advertencia. Su mirada se había dirigido automáticamente hacia la entrada, visible ahora, ya que los decorados empezaban a formarse mientras los músicos afinaban. Michael estaba allí con lady Darkmonth, lady Daventry y Alicia Daventry.

Caroline pensó que era, con diferencia, el hombre más apuesto de la sala, aunque su rostro era distante, prohibitivo. Una parte de ella deseaba desesperadamente apresurarse a su lado y provocar una cálida sonrisa en sus ojos grises. Su mitad pusilánime imaginó que, en lugar de eso, su distanciamiento se convertiría en hielo cuando se diera cuenta de que ella lo había engañado.

Le dedicó un momento de compasión a Alicia, mientras se volvía hacia lord Ryburgh y le decía con urgencia:

—Todavía tengo un calor horrible. ¿Salimos a la terraza? —Agarrándolo del brazo, tiró de él hacia el extremo de la sala donde estaba la orquesta.

—¿Hay terraza? —preguntó él.

—Por supuesto, todos los salones de baile tienen terraza. Esas ventanas altas del otro lado dan a ella, pero si cruzamos directamente molestaremos a la gente.

Aunque le siguió la corriente, objetó:

—Supongo que estará lloviendo.

—¡Esperaba que un granjero no temiese una mancha de lluvia!

—No, pero sería inconcebible por mi parte exponerle a que se mojes, lady Caroline.

—Veamos al menos si ha parado. —Apartó una pesada cortina de terciopelo azul—. Aquí están las puertas francesas.

Lord Ryburgh abrió una y salió.

—Sigue lloviendo.

Siguiéndolo, extendió una mano con la palma hacia arriba.

—No más que la más leve llovizna, y creo que está parando. Empiezo a pensar que no quiere estar aquí conmigo.

—Mi querida lady Caroline... —Dudó mientras dos parejas venían detrás de ellos, las chicas riéndose.

Temió que él insistiera en volver al salón de baile. Levantando la cara hacia el cielo, dijo con firmeza:

—Ahora está bastante seco, y el aire es deliciosamente templado. Creo que va a salir la luna. Demos un paseo por el jardín. —Lo agarró de la manga y tiró de él escaleras abajo hasta el camino de losas.

El aire húmedo y fresco, perfumado con alguna flor que ella no podía identificar, era muy agradable, pero no precisamente cálido sobre sus hombros desnudos. La luna asomaba entre las nubes y dejaba ver una bonita casita de verano, acristalada por tres lados, que Alicia le había enseñado a Caroline en una ocasión. Caroline condujo allí a su pretendiente. Tenía demasiado miedo de encontrarse con Michael como para pensar en las emociones de lord Ryburgh, hasta que, sentándose en un banco bien acolchado, lo encontró de rodillas ante ella. Le estrechó la mano.

—Mi querida lady Caroline, no esperaba semejante signo de parcialidad. ¡Me atrevo a llamarlo estímulo! Soy demasiado consciente de que, aunque me siento en la flor de la vida, para usted debo parecer entrado en años.

—Oh, no, mi señor, le ruego que no...

Tomó su agitado intento de adelantarse a una propuesta como una cortés negación de su venerable edad.

—Sí, sí, soy bastante mayor que usted, mi querida Caroline. Es demasiado sensata para no darse cuenta de que, por lo tanto, estoy asentado en la vida, no sujeto a los caprichos y maldades de los hombres más jóvenes. Ciertamente, mi sincera devoción por usted no es un capricho. Creo que podríamos ser felices juntos a pesar de...

—Se lo ruego, señor, no diga más. —Ella retiró su mano de la de él, a punto de llorar—. Siento mucho si lo he engañado, pero mis sentimientos no son los que usted desearía en una esposa.

Ágil a pesar de sus años, que después de todo, estaba segura, no superaban los cuarenta, se puso en pie y se sentó junto a ella.

—Mi querida niña —dijo con una especie de triste simpatía—, no hay necesidad de llorar. Si me he dejado engañar ha sido por las insinuaciones de su madre y por mis propios deseos. ¿No puede darme esperanzas de que sus sentimientos cambien?

—Temo que no, señor —balbuceó ella, sintiendo un nudo en la garganta.

—Entonces, confío en que podamos seguir siendo amigos.

Su inesperada amabilidad fue demasiado para su precaria compostura. Se le escaparon las lágrimas y, volviendo la cara hacia su hombro, lloró. La rodeó con su brazo en un abrazo reconfortante y le puso un pañuelo en la mano.

—Desearía que fueras mi padre —murmuró ella en el pañuelo, sorprendiéndolo con una risa irónica.

—Tal vez sea una hija lo que quiero, más que una esposa. Por desgracia, es un poco difícil conseguir una sin la otra.

Eso le arrancó una risita acuosa, seguida de un escalofrío cuando una fría ráfaga de viento se arremolinó sobre ellos.

—Hora de entrar —dijo lord Ryburgh con firmeza.

—Debo de lavarme la cara. Hay una puerta lateral que podemos usar.

—Excelente. Debo enderezar mi corbata.

Ella metió su mano con confianza en el pliegue de su brazo y salieron al jardín. Otra ráfaga azotó sus faldas y luego, sin previo aviso, una borrasca los envolvió. La fina seda de Caroline se empapó en cuestión de segundos.

Cogidos de la mano, corrieron por el sendero apenas visible, rodearon la base de la terraza y entraron por la puerta lateral. La bata se le pegaba, la toca se le había desplomado sobre las orejas y por la espalda le corrían torrentes helados, pero el único pensamiento de Caroline era que tenía la excusa perfecta para volver a casa.

Lord Ryburgh prometió enviar un mensaje a la señorita Everwood, y Caroline, con el castañeteo de los dientes, se apresuró a dirigirse a la sala de retiro de señoras. Allí, feliz para su reputación, encontró a otras tres jóvenes que habían sido sorprendidas por la borrasca en la terraza.

No es que su reputación le importara un comino en aquel momento. La proposición de lord Ryburgh la había hecho estar completamente segura de que con la única persona con la que quería casarse era Michael Delayne, conde de Darkmonth... Pero cuando él descubriera su secreto, su amado Michael volvería a convertirse en *lord Dark*.

Con un poco de suerte, pensó Caroline con desaliento, cogería un resfriado y moriría.

CAPÍTULO 16

Michael se despertó con un gemido y miró a George con ojos rasgados.

—Vete —gruñó. La luz del sol que se colaba entre las cortinas abiertas, haciendo que su cabeza palpitara.

—Disculpe, *milord*, pero espera al señor Robbins a las diez. ¿Le digo al señor Mason que le diga que no está en casa?

—¡Robbins! No, a cualquier otro puede, pero no me arriesgaré a ofender a Robbins. — Empezó a incorporarse, luego se dejó caer con otro gemido, los ojos cerrados con fuerza. El baile de los Daventry había sido una experiencia tan espantosa que se había excedido con el ponche y, al volver a casa, se había retirado a la biblioteca con una botella de brandy.

—Bébetelo, *milord* —le dijo George—. Te pondrás como una rosa en un santiamén.

Aventurándose a separar un par de párpados un milímetro, Michael miró la copa que flotaba sobre él. Contenía un líquido espeso y parduzco de aspecto repugnante, y el olor que le llegó a la nariz hizo que el estómago se le revolviere. Apartó un brazo, que le pesaba, del calor reconfortante de la ropa de cama y se pellizcó la nariz.

—¿Qué demonios es eso?

—Un pequeño remedio para lo que te aflige.

—¿De dónde lo has sacado? Nunca en mi vida había oído algo tan repugnante.

—Le robé la receta hace años a lord Lewellyn — dijo George complacido—. Nunca se sabe cuándo algo así puede ser útil. Te lo juro. Bébetelo rápido y apenas notarás el sabor, *milord*.

Nada podría hacerlo sentir peor, decidió Michael. Se sentó y se lo bebió en dos tragos.

Por un momento, no supo si necesitaría la palangana con la que Albert se había armado prudentemente. Durante otros minutos, estuvo a punto de acusar a su fiel ayuda de cámara de asesinato. Entonces, como por arte de magia, se le despejó la cabeza.

Por desgracia, el despeje de su cabeza dejó espacio para los recuerdos de la noche anterior. Su tía lo había paseado por el salón de baile, presentándolo a tímidas señoritas y a sus esperanzadas madres. Aunque le había protestado a lady Darkmonth que sus dotes de bailarín, nunca superiores, estaban más que oxidados, no había podido evitar pedir a varias jovencitas que salieran a bailar con él. Ante su taciturnidad, ninguna de ellas había intentado abrirse a la conversación.

Ahora, a la mañana siguiente, Michael cayó en la cuenta de que lo que su tía buscaba en la próxima condesa de Darkmonth no era solo nacimiento y fortuna, sino docilidad. La viuda tenía toda la intención de seguir gobernando su casa con mano de hierro. El darse cuenta de ello

aumentó su determinación de elegir a su propia esposa. Buscaría a las muchachas más vivaces, las que tuvieran el espíritu de resistir el dominio de su señora.

La voz de Caroline parecía resonar en sus oídos:

—En realidad, no soy una intelectual.

La suya, respondiendo:

—¿No lo eres? Por favor, no se lo digas a mi tía. Se sentirá tristemente desilusionada.

Y Caroline de nuevo, con una sonrisa traviesa:

—No la desilusionaría por nada del mundo.

—*Milord* —interrumpió George las voces imaginarias—, su agua caliente. Son las nueve y media.

Pasó un par de horas agradables mostrando a Robbins algunas nuevas adquisiciones para su biblioteca y comentando con él su discurso parlamentario. Había descubierto que el abogado aportaba nuevas perspectivas a los temas que le interesaban. Mientras acompañaba a su invitado al vestíbulo, recordó que su tía había hablado de una secretaria. Sin duda tenía en mente a algún pariente pobre que le estaría muy agradecido por su recomendación.

Rebelándose, le dijo a Robbins:

—Estoy pensando en contratar a una secretaria. Agradeceré sus sugerencias si conoce a alguien adecuado.

—Consideraré el asunto —prometió Robbins, y se despidió.

Cuando Michael se apartó de la puerta principal, Mason estaba al acecho.

—Su señoría solicita hablar con su señoría en el salón —anunció. Sus modales tenían un toque de conmiseración.

Michael se dirigió al salón.

Lady Darkmonth estaba sentada en una pequeña mesa de escritorio junto a la ventana. Dejó la pluma cuando él entró y le preguntó su opinión sobre sus compañeras de baile. Le disgustó mucho saber que no se había decantado por ninguna de ellas.

—Confío en que no pretendas ser demasiado exigente —dijo ella—. Todas las chicas a las que te he presentado son intachables.

—Y poco interesantes.

—Me atrevo a decir que las acobardaste con tu porte orgulloso.

—Fue usted quien me enseñó, señora —dijo él en tono frío, que el conde de Darkmonth debe comportarse con orgullo.

Ella se mostró sorprendida de primeras, pero se recuperó enseguida.

—Por supuesto, pero se espera cierta condescendencia de un pretendiente. Usted no es el único caballero elegible que busca una esposa noble, bien dotada y conforme. Lady Linford me informa de que usted ya ha enemistado a la señorita Linford y ella no obligará a su hija a casarse con un hombre que le ha tomado aversión.

—Sin duda, hay muchas madres que son menos amables en sus nociones. —Incluso

mientras hablaba, Michael sabía que nunca se casaría con una chica que hubiera sido obligada a aceptar su mano. No se molestó en decírselo a su tía.

Ella procedió a darle instrucciones sobre cómo mostrarse agradable ante una joven bien educada. Pensó en Caroline. Nunca había tenido dificultad alguna para ser agradable con ella, pero ¿lo consideraba ella agradable o solo le seguía la corriente debido a su elevada posición? ¿Le parecía tediosa su conversación sobre libros? Volvió a oírla:

«En realidad, no soy una intelectual». Frunció el ceño.

—Basta ya —se apresuró a decir lady Darkmonth—. Usted sabrá cómo continuar. Por cierto, Mason me ha dicho que su visitante de esta mañana es abogado, y que ha venido a casa varias veces. Supongo que no estarás pensando en cambiar de abogado. Los condes de Darkmonth siempre han estado satisfechos con los servicios de Thorpe y Morecambe durante generaciones.

—Robbins no es mi abogado —masculló Michael con una leve y sardónica sonrisa—, es mi amigo.

Ella lo miró sin parpadear, atónita.

—¡Su amigo! Un abogado no puede, por la naturaleza de las cosas, ser amigo del conde de Darkmonth.

—Es un hombre inteligente, culto, conocedor de libros, y disfruto de su compañía más que de la de cualquiera de mis supuestos iguales. Considero su amistad un honor y un placer.

—Robbins —musitó ella—. El nombre me resulta familiar. Ya lo sé. ¿No fue uno de nuestros invitados no deseados en la Mansión? Sabía que nada bueno podía salir de permitir que semejante gentuza se quedara y, lo que es peor, se uniera a la compañía. Supongo que usted también mantiene relaciones íntimas con esa comadrona invasora y con el incalificable comerciante de algodón. Le creará mala fama.

En lugar de su habitual vergüenza por el menosprecio de su tía, Michael se encontró ardiendo de ira. Si no había aprendido nada más de su relación con el abogado, la «comadrona invasora» y su protegida, había aprendido que un nacimiento inferior no era indicador de un valor inferior.

Sin embargo, no se atrevió a mencionar a Caroline o a la señorita Everwood. Estaban al alcance de su tía y no deseaba exponerlas a su malicia. Robbins y el comerciante de algodón podían cuidarse solos.

—No he visto a Simmons desde que salió de la Mansión —dijo contundente—. Sin duda, regresó a Manchester hace tiempo. En cuanto a Robbins, gracias por su sugerencia. Le ofreceré los negocios de la familia de inmediato. El viejo Thorpe es demasiado rígido en sus costumbres, y el joven Thorpe tiene una mirada sospechosa que no me agrada.

El austero rostro de lady Darkmonth se tiñó de un alarmante tono rojo mientras hacía acopio de sus recursos para una ampulosa reprimenda. En ese momento, Mason entró para anunciar que lord Havesham había llamado.

—Me reuniré con él de inmediato —dijo Michael—. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señora?

—Sin duda hará lo que le plazca —dijo ella con frialdad—. Le he hecho una lista de las

jóvenes con las que bailó anoche. Un verdadero caballero llama para presentar sus respetos al día siguiente.

—Entonces eso haré, señora —dijo él, cogiendo la lista. Hizo una reverencia y se excusó. Gracias al cielo, ella se marchaba a la mañana siguiente y no volvería a Londres hasta dentro de quince días, por lo menos.



A Caroline no le sentó mal mojarse, pero, acosada por los demonios azules, obedeció de buen grado la orden de Adelaine de permanecer en sus aposentos durante todo el día. Se puso una bata de batista azul y se recostó en el *chaise longue* de su salón.

En una mesa baja a su lado, había una cesta de albaricoques de las casas de sucesión de lord Ryburgh, entregados aquella mañana como muestra de amistad, y varios volúmenes de la *Vida de Johnson* de Boswell. Michael los había descrito también como una muestra de amistad cuando se los dio. Con cuánta ansiedad había preguntado a Adelaine si los libros eran un regalo aceptable de un caballero a una dama, y luego se había disculpado porque el conjunto no era nada fuera de lo común, no era una primera edición. Caroline le había asegurado, riendo, que ella no tenía su obsesión con las primeras ediciones. Para ella era más importante el contenido que la fecha de publicación.

Al encontrar su lugar en el primer volumen, decidió que la persona que se los había regalado y el recuerdo de sus gustos eran aún más importantes que el contenido. Sin embargo, la noche anterior había huido de él como si fuera su enemigo.

Un horrible pensamiento la asaltó.

—¡Ella! —llamó, y la doncella salió de la alcoba—. Ella, ¿te ha dicho tu joven por qué lord Darkmonth ha empezado de repente a asistir a fiestas?

—Es la vieja condesa, *milady*. Ella lo obliga. —Ella evitó su mirada—. Geordi dice que su señoría tiene que buscarse una esposa o ella le elegirá una, y eso sería un destino peor que la muerte.

—Gracias —dijo Caroline débilmente, mirando sin ver la página que tenía delante.

Debería haber adivinado que lady Darkmonth no se había rendido cuando Michael rechazó a Eleonor. ¡Lo estaba obligando a buscar novia! Un hombre tan orgulloso nunca se rebajaría a casarse con una don nadie como la señorita Caroline Clayton, y cuando descubriera que era lady Caroline, su ira superaría con creces las consideraciones de nacimiento y fortuna.

¿Cómo podría ella soportar verlo casado con otra? Incluso su amistad se perdería inevitablemente para ella.

Buscó el olvido en el libro que él le había regalado. Las animadas anécdotas de Boswell la llevaron al mundo de cincuenta años atrás. El sol se asomaba por su ventana orientada al oeste y pronto inundó la habitación con la luz dorada de la tarde. Por su mente, cruzó la alentadora idea de que Michael podría ir a los bailes solo para apaciguar a su tía, al igual que ella permitía que Ryburgh y lord Charles bailaran con ella para mantener contenta a su madre.

Recordando que mañana él la llevaría a la Torre a ver las fieras y las joyas de la Corona, resolvió disfrutar de su compañía mientras pudiera y dejar que el futuro se ocupara de sí mismo. Para cuando Ella trajo una bandeja de té, con su pan de jengibre favorito «hecho especialmente por la cocinera para cuando te sientas mal», Caroline había recuperado algo parecido a su alegría habitual.

Ella la acompañó a la Torre al día siguiente. Ella y Michael encontraron tanto entretenimiento en el ingenuo asombro de la doncella como en las joyas y los propios animales.

No mencionó el baile de los Daventry, ni sus planes de asistir a otros. ¿Estaba ocultando deliberadamente su intención de casarse? Caroline esperaba que solo fuera demasiado amable para acentuar el supuesto abismo que los separaba, para hacerla anhelar los placeres de la moda que él creía que le eran negados para siempre.

Mientras se vestía para ir a casa de Almack aquella noche, deseó estar a punto de tener el placer de bailar el vals entre sus brazos. Al mismo tiempo, fue un alivio saber, a través de George y Ella, que el conde se negaba en redondo a asistir al Marriage Mart.

Sabía también que cabalgaba por Hyde Park a primera hora de la mañana y que lo evitaba a la hora del paseo de más concurrencia. Por lo tanto, aceptó sin reparos la invitación de lord Charles para unirse al desfile vespertino en su casa un soleado día de principios de mayo.

Los magníficos laureles emparejados de lord Charles eran un poco juguetones, y cuando llegaron al parque decidió alejarse de las multitudes de Rotten Row. A trote ligero, recorrieron el camino de carruajes que se curvaba hacia Tyburn, pasando por el Serpentine y la entrada al Ring. Casi habían llegado a la Puerta de Cumberland cuando un coche de caballos dobló la curva unos cien metros más adelante.

Caroline lo reconoció de inmediato, o más bien a los caballos negros y a su conductor: lord Darkmonth, con una joven a su lado. Se apresuró a bajarse la sombrilla de muselina con volantes delante de la cara.

—El sol es tan terriblemente brillante —exclamó—. Por favor, bajadme para que pueda pasear a la sombra de los árboles. Rápido, por favor.

Sorprendido y alarmado, lord Charles detuvo su carro. Sin esperar ayuda, Caroline bajó de un salto y se internó en el estrecho cinturón de árboles que separaba el parque de la autopista. De espaldas al carruaje, se detuvo bajo un olmo y escuchó. Seguramente Michael no se detendría a investigar el raro comportamiento de un extraño.

El ruido de los cascos, el tintineo de un bocado, el crujido de las ruedas sobre la grava.

Luego, la voz agraviada de lord Charles, acercándose:

—*Lord Dark* tiene un look tan peculiar que le helaría la sangre a cualquiera. ¿Se encuentra bien, señorita? Me dio un buen susto al salir corriendo de esa manera, y el sol estaba detrás de nosotros todo el tiempo, no en sus ojos.

—Ah, ¿sí? —Al girarse, lo encontró detrás de ella—. Le ruego me disculpe, señor, por supuesto que tiene razón. Yo ... El nuevo follaje es tan fresco y verde, que tuve un repentino deseo de pasear bajo los árboles con usted, que echa de menos el campo tanto como yo.

—¡Ya le digo! —exclamó, gratificado, ofreciéndole su brazo. Ella le puso la mano encima y él se puso en marcha a grandes zancadas entre los troncos de los árboles.

A Caroline le costó seguirlo sin echar a correr.

—Por favor, vaya un poco más despacio —jadeó—. A este paso no podremos hablar.

—Lo siento. Es usted tan troyana que casi olvido que es mujer. —Cuando ella parpadeó ante tan curioso elogio, él se paró en seco y se volvió hacia ella—. No es así como quería hacer. El marqués me dio permiso para seguir adelante con mis intenciones.

—¿El marqués? ¿Mi padre? ¿Cuándo?

—Hace una semana, quince días.

—No me lo había dicho —dijo Caroline indignada—. Pero hace casi quince días que solo lo veo de pasada. Seguro que lo olvidó.

Lord Charles insistió.

—Así que, ahí va, ¿quiere casarse conmigo? Hacerme el honor de tomar mi mano y mi corazón, y toda esa podredumbre. Espero que me acepte.

—No.

—¿Qué, quiere que le diga todo el discurso? —preguntó horrorizado.

—No, quiero decir, gracias, pero no me casaré con usted.

—¿Por qué no?

—No deberíamos dejar solos a sus caballos tanto tiempo —contestó ella con evasivas.

—Cierto, qué fallo. —Dio media vuelta y emprendió el camino de vuelta por donde habían venido, a una velocidad razonable—. ¿No le he dicho que es una troyana? No muchas mujeres pensarían en el ganado de un hombre en un momento así. Apuesto a que nos llevaríamos de maravilla. Vamos, ¿qué me dice?

Había en él un atractivo aire de niño pequeño que Caroline solía encontrar difícil de resistir, pero esta vez fue inflexible.

—No, no nos casaremos, se lo aseguro.

—¿No? Oh, bueno, puede que tenga razón. Hay una heredera a la que le he echado el ojo —continuó el lord de forma alegre—. Su padre es un hombre de ciudad, pero los menos afortunados no pueden elegir. Es muy guapa, pero no tiene su elegancia. ¿Está segura...?

—Bastante segura —dijo Caroline, intentando no reírse.



—Y ahora mi señora ha rechazado a ese agradable joven caballero, lord Charles Newbury. ¡Escucha las trompetas! Vamos a sentarnos donde podamos verlas.

—No demasiado cerca, o no podremos hablar. Mira cómo brilla el bronce al sol. Apuesto a que los pobres soldados se pasan media vida puliéndolos. ¿Habrías llevado a lord Charles, entonces, Ellie, si te lo hubiera pedido?

—Por supuesto que sí. Su padre es duque, ¿no?

—Y si yo te lo pidiera, Ellie, ¿me aceptarías?

—Oh, Geordi, ¿estás haciendo la pregunta?

—La estoy haciendo. Me he encariñado tanto contigo, cariño, que he dejado de comer. Bueno, ¿lo harás?

—Me encantaría casarme contigo, Geordi, de verdad, pero ¿cómo podría dejar a mi señora? Mi madre fue su nodriza y mi padre su cochero, y Justin y yo hemos estado con lady Caroline desde que tuvimos edad para entrar en servicio.

—Mi señor te aceptaría en la Mansión si se lo pidiera, al menos hasta que tuvieras tu propia familia.

—¡Oh, Geordi, eres un encanto! Pero no sé si podría soportar vivir en la Mansión, con todos esos criados tan engreídos, como su señora. Y su señoría también, aunque ha cambiado un poco. Recuerdo lo alto y poderoso que era cuando aparecimos en la Mansión ese día.

—No se lo puede culpar.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

—Es como su señoría le ha enseñado a ser. Lo conozco desde que usaba abrigo cortos, Ellie. El señorito Michael solo tenía cinco años, y yo no muchos más, y la señora Delayne me contrató para vigilarlo. Era tan simpático y tan audaz que se iba a las granjas o al pueblo él solo de visita. Todo el mundo se alegraba de verlo, desde el herrero hasta lord Havesham, que era nuestro vecino. El señorito Michael y el joven señorito Havesham eran compañeros de juegos. Y, entonces, entre una cosa y la otra, el corazón del señorito Michael estuvo a punto de romperse.

—¿Qué pasó, Geordi?

—Vamos, caminemos un poco y te lo contaré.



Caroline ya no tomaba el aire en Hyde Park. Cuando la invitaban a pasear o a ir en coche con amigos o con un pretendiente, declaraba con aire cansado que prefería Green Park o St. James's Park, menos frecuentados por quienes tenían pretensiones de gentilidad.

Ya no hacía visitas matutinas, excepto a los Havesham. Un día, el viejo Jack la había llevado a ella y a Adelaine hasta la casa de lady Hawfield solo para ver a lord Darkmonth llamando a la puerta. Se apresuraron a seguir andando. ¡Qué horror si ella ya se hubiera instalado en el salón de los Hawfield cuando él llegó!

En general, el sistema de alerta de George funcionaba muy bien. En dos semanas, Caroline solo vio una vez al conde por la noche. Como había predicho su ayuda de cámara, cenó con los Frogmorton (lady Anne Frogmorton era, por desgracia, guapa, si es que a alguien le gustaban las morenas), pero luego, inesperadamente, los acompañó al musical de los Dales. Caroline, atrapada en medio de un alboroto de invitados que llegaban, reconoció la parte posterior de su oscura cabeza cerca de la parte delantera del público.

En su intento para no ser vista, se pisó el dobladillo y rasgó su falda de tal manera que

ninguna reparación temporal sería suficiente. Su acompañante, el elegante, gallardo y enamorado joven vizconde Orme, se sintió encantado cuando el percance le permitió escapar de los berridos de la última diva de la ópera de moda.

Acompañó a Caroline y a la señorita Everwood de vuelta a St. James's Place, exigió la promesa de un vals en Almack's la noche siguiente y partió hacia su club.

—Un *rouleau* sin *rouleau* —suspiró Caroline, dejándose caer en una silla de su salón y contemplando con pesar el satén azul roto—. Este era uno de mis vestidos favoritos, por desgracia.

—Quizá una doncella pueda arreglarlo —dijo Adelaine—. El daño no fue accidental, ¿verdad?

—No. Vi a lord Darkmonth entre el público.

—Como sospechaba.

—¡Cómo odio seguir así, pasando las tardes con Michael y las noches evitándolo! Las noches siendo una joven recatada con gente que espera corrección porque saben quién soy, y las tardes siendo yo misma con alguien que no sabe quién soy. Puedes reírte, Adelaine, pero estoy tan confundida que un día de estos haré algo escandaloso por error. Y no me digas que debería confesárselo a Michael, no me atrevo.

CAPÍTULO 17

Con la espada desenvainada y el escudo preparado, ataviado con un casco con cresta y una túnica corta, el soldado romano estaba de pie justo a la entrada de la cerería de la señora Salmon.

Caroline y Michael intercambiaron una mirada y estallaron en carcajadas.

—Los escoceses tienen el mismo problema —dijo, señalando a un montañés vestido con faldas escocesas, cuadros escoceses, el monedero y la gorra, armado con un puñal y una gaita.

—Pero, al menos, están acostumbrados al mal tiempo —señaló Michael—. Los desafortunados romanos venían de la soleada Italia.

—Habrían hecho mucho mejor quedándose en casa y ocupándose de sus asuntos —dijo ella sabiamente.

La primera sala estaba dedicada a figuras militares, así que deambularon entre caballeros con armadura, cabezas redondas y caballeros, y soldados increíblemente reales de los ejércitos de Wellington y Napoleón. Junto a la puerta de la habitación contigua, la figura de un anciano con uniforme de pensionista de Chelsea estaba subido en un banco, apoyado en la pared, como si dormitara. Caroline se detuvo y lo contempló con aprobación.

—Un anciano guerrero disfrutando de su retiro tras largos años de batalla.

El anciano guerrero abrió los ojos azules y llorosos, se incorporó de un tirón y se levantó reumáticamente, saludando.

—Muéstreles a los soldados, su señoría —murmuró. Tenía la encías desdentadas.

Michael lo despidió.

—Gracias, ya los hemos visto.

—Los conozco a todos, su señoría, como la palma de mi mano. Puedo contarle toda la historia del regimiento, todas las batallas, los nombres de los...

—He dicho que los hemos visto —repitió en tono frívolo el conde. Cogió a Caroline del brazo y la empujó hacia la puerta.

Cuando Michael le soltó el brazo, se apartó para examinar el juego de ajedrez de un mandarín chino.

—Este chino me recuerda al ajedrez de la Mansión —dijo Michael brusco. Sonaba cohibido—. El que te gustaba. ¿Te acuerdas?

—Sí, muy bien. —Ella se acercó a él, insegura de su estado de ánimo. Él la miró.

—La insistencia del viejo me molestó, pero no debería haberle hablado con tanta dureza.

—No era necesario —convino ella, sorprendida.

—Eres buena para mí, Caroline —dijo él con una sonrisa pesarosa—. Le diste dinero, ¿verdad? Permíteme que te lo devuelva.

—¿Qué, para que te lleves el mérito de mi caridad? —le preguntó ella—. Mejor dale algo tú mismo antes de irnos. Mira, hay un rajá indio.

—Me trae a la memoria tus esfuerzos por convencer a mi tía, parloteando de la India, de que eres una intelectual.

—¡Necesitaba caerle bien y sorprenderla!

Sonrió. Restablecida la armonía, continuaron entre africanos de cera, pieles rojas, aztecas y fiyianos, por no hablar de un buen número de londinenses y campesinos bastante más animados. Varios transeúntes se habían reunido en torno a una exhibición de un pachá turco y su harén a penas vestido. Caroline se sonrojó ante sus comentarios soeces y apresuró a Michael a pasar junto a ellos.

La siguiente sala presentaba incidentes de la historia inglesa, empezando por la reina Boadicea y sus hijas abatiendo en su carro de guadañas a un aterrorizado romano.

—El pobre tiene las rodillas frías —comentó Michael, excusándolo.

Siguieron adelante, pasando junto a Harold con una flecha en el ojo, Ricardo III asfixiando a los príncipes en la Torre, Sir Walter Raleigh tendiendo su capa para que la reina Isabel la pisara. Michael se detuvo para mirar por encima del hombro de Shakespeare el manuscrito que estaba escribiendo. Caroline siguió mirando la Conspiración de la Pólvora.

Las figuras enfundadas en capas que se apiñaban alrededor de una pila de barriles eran maravillosamente siniestras, sus rostros sombríos y despiadados, asesinos bajo sus sombreros de ala ancha. Temblando, se volvió para ver si Michael se acercaba.

Algo le rozó la espalda. Con un chillido dio un salto hacia delante. Cuando se dio cuenta de que no se trataba de Guy Fawkes, sino de un niño pequeño que la esquivaba, ya estaba abrazada a Michael.

—¡Espero que no sufras pesadillas después de esto! —Sus ojos se burlaban de ella.

Luego, la alegría se desvaneció para ser reemplazada por una cálida ternura que rápidamente se convirtió en ardor. La estrechó entre sus brazos. Caroline se perdió en su mirada apasionada. Sintió su necesidad y sus labios se entreabrieron cuando él inclinó la cabeza. Su pulso se aceleró al compás del estruendo del corazón de él contra su pecho. Instintivamente, su mano se alzó para acariciar...

—Eh, esto es bueno —se rió una voz juvenil.

—No es tan histórico, ¿verdad, amigo? —intervino otro—. Su abrigo está fabricado en Belding, si no me equivoco.

Caroline y Michael se separaron de un salto. Las mejillas de ella ardían. Mirando al intachable Bardo de Avon, preguntó temblorosa:

—¿Qué obra está escribiendo?

La respuesta del conde no fue muy firme:

—*Mucho ruido y pocas nueces.*

Le echó una mirada furtiva. Al igual que ella, estaba mirando a William Shakespeare y sus mejillas estaban tan encendidas como las de ella. La comisura de sus labios se crispó, no sabía si de rabia o de diversión.

—¡*Mucho ruido y pocas nueces!* —Ella se mordió el labio, pero se le escapó una risita ligeramente histérica—. Qué... qué apropiado.

—¿No lo es? ¿Qué fue lo que te asustó tanto? —Su color estaba bajando, su tono expresaba un educado interés.

Caroline admiró su autocontrol y trató de igualarlo mientras explicaba su susto momentáneo. Para su alivio, los aprendices burlones habían desaparecido casi sin darse cuenta. Mostró a Michael los malignos conspiradores, que parecían inofensivamente inanimados ahora que él estaba a su lado.

Mientras caminaban a través de los dos siglos siguientes, Caroline se dio cuenta de que le resultaba más difícil lidiar con los modales corteses, pero constreñidos de Michael que con la arrogancia ocasional a la que estaba acostumbrada. Sintió que se convertía en la joven recatada y convencional que despreciaba. Cuando se detuvieron ante una espléndida escena de la batalla de Trafalgar, buscó un comentario que animara el ambiente. No se le ocurrió nada.

Pasaron al último cuadro, «La boda de la princesa Carlota con el príncipe Leopoldo». Ante ellos, había una pareja vestida como prósperos campesinos. Sin embargo, no estaban admirando el elaborado vestido de la regordeta princesa. Miraban perplejos a una joven con un sencillo vestido gris y un gorro blanco con encaje, sentada en un banco cerca de la novia. Llevaba en la mano una lanzadera de encaje de bolillos de la que pendía una tira de encaje.

—¿Qué se supone que es esto? —gruñó el granjero.

¡Era Ella! La doncella se mantuvo perfectamente quieta, incluso su respiración era imperceptible. Caroline tocó el brazo de Michael y señaló. El movimiento llamó la atención de Ella. No pudo reprimir una amplia sonrisa.

La mujer del granjero dio un respingo. Caroline soltó una risita, Michael sonrió y Ella se dobló de risa. Avergonzada, la pareja se alejó a toda prisa.

—No son los primeros que me toman por una figura de cera —jadeó Ella, levantándose para hacer una reverencia—. La perdí de vista, señorita Caroline, así que me senté a esperar.

—¡Qué consolador es saber que no soy la única que se deja engañar tan fácilmente! He estado pensando que yo era la más tonta.

—No puedes ser a la vez gaviota y pato silbador —se burló Michael, olvidando la formalidad—.

—Si tengo que ser un pájaro, elegiría ser un cisne.

—Yo te imagino más bien como un petirrojo alegre y simpático, que alegra el día más aburrido. —Su voz era cálida, pero continuó azorado, como si se sintiera avergonzado por sus fantasías—: Basta de pájaros. Hemos llegado al final de la exposición y el señor Robbins nos espera para tomar el té.

Volvieron a pasear hacia la entrada, pasando por delante de la sucesión de trajes históricos.

—Esto me recuerda a la galería de retratos de la Mansión de Darkmonth —comentó Caroline—. La señorita Delayne me la mostró. Espero que sea feliz en casa de su hermano. ¿Sabes algo de ella desde que se mudó allí, señor?

—Sí, y parece a la vez ocupada y contenta.

—Me alegro. ¿Y qué hay de tu hermana, la señora Grimshaw? —En el momento en que las palabras salieron de su boca, Caroline pensó que podría haberse mordido la lengua. Ella y Michael habían discrepado enérgicamente sobre el trato que él le daba a la señora Grimshaw. Ella no deseaba reavivar la discusión, y su pregunta era maleducada ya que, como él debía suponer, su interés no era la salud de la señora sino su situación financiera.

El daño estaba hecho. Sus cejas se fruncieron, sus fosas nasales se encendieron y dijo fríamente:

—Creo que mi hermana está bien.

Caroline quería morirse. Después de su encantador y conmovedor cumplido, comparándola con un petirrojo, ¿cómo podía ser tan desvergonzada como para hacer que se refugiara de nuevo en las sombrías bóvedas del orgullo familiar? Sin embargo, ella tenía su propio orgullo. Nunca había permitido que él la amedrentara, y no debía permitir que el hecho de darse cuenta de que lo amaba la volviera tímida.

—¿Y lady Darkmonth? —preguntó con la mayor naturalidad posible.

—Bien, como siempre. —Él la miro, con el rostro adusto, pero con un inconfundible brillo en los ojos—. Está por debajo de la dignidad de mi tía permitir que una simple enfermedad la invada.

—Por supuesto, debería haberlo sabido. —Ella le sonrió, mientras en su interior lanzaba un silencioso cacareo de triunfo. Desafiar con valentía su altanería era la única manera de sacarlo de aquel infeliz estado de ánimo. Insistir en ello o lloriquear, como había hecho su hermana, no hacía más que reforzar su desprecio.

Ella se sintió gratificada cuando, a pesar de que su buen humor no se había restablecido del todo, se acordó de darle una propina al pensionista de Chelsea al salir.

Llovía a cántaros, y ella se alegró de poder aceptar por una vez que la llevara en su carruaje, ya que iban a casa del señor Robbins. Su lacayo, protegiéndolas con un paraguas, la subió a ella, luego a Ella y después Michael se unió a ellas.

Al sentarse junto a Caroline, habló en voz baja para no ser oído por la criada del asiento de enfrente.

—No he sabido nada de Jessica desde que salió de la Mansión, así que supongo que Grimshaw no ha sido detenido por deudas. Te dije que me estaba engañando, ¿no?

Ella recordó demasiado bien su dura condena: «No puedo soportar el engaño». Su autocomplacencia se esfumó.

La señorita Everwood ya estaba en casa del señor Robbins cuando llegaron. Caroline no se apartó con Michael, como ya era costumbre, sino que se sentó tranquilamente junto a su acompañante. Intentó escuchar la conversación, pero aquellas cuatro palabras del pasado la atormentaban. Él había vuelto su frialdad contra ella solo por preguntar por su hermana. Tarde o temprano se descubriría la verdad y la aborrecería.

Lo haría a pesar de haberse reído con ella, de haberla llamado petirrojo y decir que le alegraba el día, de haber estado a punto de besarla. Aquel recuerdo hizo que su corazón se estremeciera y que todo su cuerpo sintiera un cosquilleo. Como si temiera que él pudiera leer su mente, su mirada voló hacia su rostro, pero él estaba respondiendo a alguna pregunta del señor Robbins, sin siquiera mirarla.

Se concentró en su inteligencia, su sentido del humor, su disposición a dar crédito a su propia inteligencia, su amabilidad... Cuando olvidó su frígida arrogancia. Michael podría perdonar su impostura. *Lord Dark* nunca lo haría.

¡Si al menos no fuera lady Caroline, hija del marqués de Whitehall!

Sin embargo, esa no era la solución. La simple señorita Caroline Clayton era su amiga, pero nunca podría aspirar a una relación más estrecha. Lo avergonzaba que lo vieran con ella, sino, por qué nunca la invitaba...

—Caroline, es hora de que nos vayamos —dijo Adelaine—. ¡Esta tarde tenemos muchas cosas que hacer!

Se dio cuenta de que Michael la observaba con evidente ansiedad. Cuando se despidió de él, dijo en voz baja:

—Has estado muy callada. ¿Te he ofendido, señorita Caroline?

—No, en absoluto. —Ella hizo un débil intento de broma—. Estoy un poco cansada después del susto que me ha dado Guy Fawkes.

Aunque sonrió, la preocupación en sus ojos no disminuyó.

—Debo dejar la ciudad el viernes por unos días —anunció—. Hay uno o dos problemas en mi mansión de Dorset que debo tratar en persona. Confío en que te hayas recuperado del susto antes de mi partida. Concertemos una cita para visitar el Panorama de Burford el jueves, a menos que prefieras investigar a los libreros de Paternoster Row.

—Cualquiera de las dos cosas me encantaría, señor —murmuró desganada.

Con una mirada escrutadora, se inclinó sobre su mano antes de volverse para despedirse de la señorita Everwood.

A causa de la lluvia, el señor Robbins había enviado a su chico para que trajera el coche a la puerta. Caroline, Adelaine y Ella se apretujaron en el destartado vehículo y el huesudo jamelgo avanzó lentamente por Hart Street.

—¡Panorama de Burford! —Caroline pronunció con apasionado resentimiento—. ¡Diablos! ¿Por qué nunca me invita al teatro, ni a un concierto, ni a pasear en coche por Hyde Park, ni siquiera a Vauxhall Gardens? Yo no podría aceptar, pero él al menos podría ofrecerse. Le da vergüenza que lo vean conmigo.

—Querida, su señoría está preocupado por tu reputación.

—¿Mi reputación?

—El conde es consciente de que cualquier joven bonita desconocida para los Ton, como él supone que eres tú, pero vista con él en un lugar público debe de ser inevitablemente tomada por su amante.

Caroline tuvo que admitir que Adelaine puede que tuviese razón, pero no estaba dispuesta

a renunciar a su agravio.

—Al menos podría pedirme que condujera con él a otro sitio.

—Tiene, me alegra decirlo, demasiada delicadeza. Que un caballero lleve a una joven a dar una vuelta por el parque es perfectamente correcto. Que lord Darkmonth te invite a conducir a solas con él en otro lugar que no sea uno de los parques sugeriría que te toma por una ramera.

—Oh. —Ella suspiró—. Entonces debo alegrarme de que no lo haga. Me atrevería a decir que hay una razón igualmente válida por la que no puede celebrar una cena en su propia casa e invitarnos a las dos a conocer a sus amigos...

Adelaine sonrió de forma irónica.

—Dudo que la razón lo haga feliz. Hacerlo equivaldría a declarar que tiene intención de pedir tu mano, así que si no lo hace...

—Significa que no me considera digna de ser su novia. Ojalá no se lo hubiera pedido. ¡Oh, no le entiendo! ¿Cómo puede, el mismo hombre, ser a la vez mi querido amigo y *lord Dark*? Tengo pretendientes tan nobles como él que no tienen ni la mitad, ni la décima parte de su arrogancia y nada de su fría elegancia.

—Todo es culpa de su tía, *milady* —lo justificó Ella.

—¿Qué? —Inclinándose hacia delante, Caroline miró fijamente a su doncella—. ¿Qué sabes de eso?

—Geordi... El señor George me lo contó todo sobre su señoría. Era el niño más alegre y simpático que se podía esperar ver. Entonces, de repente, cuando tenía diez u once años o así, primero murió su madre, luego murió su primo, que era hijo y heredero del viejo conde. Así que, su padre fue el heredero, y el joven amo Michael después de él. Ambos estaban disgustados por la muerte de la señora Delayne y, cuando pasaron seis o siete años, llegó lady Darkmonth y dijo que ella se encargaría de la crianza de Michael a partir de entonces y le enseñaría cuál es su deber.

—¿Se lo llevó lejos de su familia en un momento así? —preguntó Caroline, sorprendida.

—Eso hizo, *milady*. No aprobaba que el señor Delayne se casara con alguien inferior a él, ya que la señora Delayne no era más que la hija de un capitán de barco. Su señoría era demasiado vieja para tener otro hijo, así que juró que haría que el señorito Michael ocupara el lugar de su hijo. Lo llevó a esa gran Mansión, donde sus primos lo miraban con desprecio. Le enseñó que no era lo bastante bueno para ser conde de Darkmonth, pero sí para codearse con el resto del mundo. Era solo un niño, *milady*, ¿qué podía hacer sino creerla?

—¡Qué infeliz debe de haber sido! —exclamó Caroline.

—Sí, así es.

—¿Su padre se lo podría haber llevado a casa?

—Eso es lo peor, a mi modo de ver. Verá, el señorito Michael no quería irse con su tía, por supuesto, pero entonces el señor Delayne le dejó llevarse a Geordi con él y le prometió que podría volver a casa si no estaba contento. Bueno, Geordi estuvo a su lado en las buenas y en las malas, a pesar de todo lo que su señoría intentó, pero su padre lo decepcionó. Geordi dice que nunca volvió a ser el mismo después de la muerte de su esposa, y que no tenía fuerzas para

luchar contra lady Darkmonth. Al señorito Michael le pareció que su padre nunca quiso cumplir su promesa.

Caroline se hundió de nuevo contra las raídas tablas y enterró la cara entre las manos.

—¡Con razón aborrece el engaño! —se lamentó, desesperada.

CAPÍTULO 18

Michael recorrió con la mirada el salón de baile. La brillante asamblea le pareció mucho menos atractiva que la multitud de cera de aquella tarde. Allí estaba lady Jersey, haciendo trizas la reputación de alguien con su afilada lengua; lord Sefton, que se había jugado una fortuna y la había recuperado cercando las tierras de sus vecinos más pobres; lady Oxford, cada uno de cuyos hijos tenía fama de tener un padre diferente; lord Hertford, una nulidad que debía su puesto de lord canciller a la posición de su esposa como favorita de Prinny.

Estaba lady Whitehall, de cabellos dorados, una delicada muñeca rodeada de admiradores, pero con piel de cordero, ya que, según todos los indicios, tenía una hija lo bastante mayor como para hacer su aparición; se rumoreaba que a la niña no se le permitía aparecer en las mismas funciones que su madre para que no se hiciera notar la verdadera edad de la marquesa.

Y allí, gracias al cielo, estaba Havesham, aunque desafortunadamente acompañado por su esposa y su cuñada. Michael se preparó. Eleonor Linford no era ciertamente peor que las otras jóvenes que, durante las últimas semanas, habían sido inducidas por la ambición o por madres ambiciosas a perseguirle. De hecho, Eleonor podría ser incluso mejor que la mayoría, pues ¿Caroline no se había hecho amiga suya en la mansión?

Recorrió la sala y saludó a los Havesham, luego se volvió hacia Eleonor, se inclinó y le pidió:

—¿Me concede el honor del próximo baile, señorita Linford? —Al notar su alarma, añadió serio—: Prometo no proponerle matrimonio.

Ella soltó una risita.

—Estoy comprometida para el próximo, *milord*, pero tengo libre un baile campestre más tarde, si lo desea. Y no le serviría de nada proponerme matrimonio, pues tengo un acuerdo con el señor Arthur Meade. Ha ido a Lincolnshire a pedir permiso a mi padre.

—¿El heredero de lord Meade? Mis felicitaciones, señorita. —Escribió su nombre en la tarjeta de ella y se fue de mala gana en busca de otro socio. Al menos ella le había respondido de forma honesta.

No podía decir lo mismo de ninguna de las jóvenes con las que se interactuó después. Todas decían lo que creían que él quería oír y le aburrían. Peor aún, sabía que intentaban complacerle no porque les gustara, sino porque era un buen partido. A sus espaldas, se reían de sus modales rígidos. Sin embargo, cualquiera de ellas consideraría el matrimonio con el conde de Darkmonth una gran ventaja, sin que la falta de afecto tuviera la menor importancia.

Eleonor, con la columna vertebral agarrotada por su breve encuentro con Caroline, tuvo el valor de seguir su propia inclinación. Michael empezó a esperar con impaciencia su baile con ella.

Se sintió decepcionado. La notaba incómoda cuando la condujo a la pista, y cada vez que abría la boca para responder a sus amables preguntas sobre su disfrute de la temporada londinense, hacía una pausa como para censurarse a sí misma.

—No debes de temer que de repente decida buscar tu mano —le dijo con sarcasmo mientras la llevaba de vuelta junto a su hermana—. ¿Por eso te has estado mordiendo la lengua?

—No... sí... no, *milord* —dijo ella, nerviosa—. Es que, si mi madre se entera de que has bailado conmigo, puede que renazcan sus esperanzas.

—Entonces, sin duda, se marchitarán de nuevo cuando no llame mañana. —Su alivio no era halagador.

Cuando llegaron, Havesham estaba inclinado solícitamente sobre su esposa. Se enderezó.

—Eleonor, Pamela está cansada. Voy a llevarla a casa, pero si deseas quedarte me atrevo a decir que podemos encontrar una dama que te acompañe y volveré a buscarte.

—Oh, no, iré contigo. El baile es muy aburrido sin Arthur.

Michael se preguntó, de repente, si habría disfrutado del tedioso asunto si Caroline hubiera estado allí. Ella no estaba, y él no podía soportar estar de pie con otra esperanzada compañera interesada en su dinero y poder.

—Yo también me voy —dijo brusco.

—Ven con nosotros, Michael, y únete a mí para una partida de billar y una copa —lo invitó Havesham.

Cuando dudó, lady Havesham añadió con su suave voz que se sentía culpable porque Havesham pasaba mucho tiempo bailando con ella, atendiéndola, que apenas veía a sus amigos. Así que Michael aceptó. Era mejor que volver a casa a cavilar sobre la inusitada reticencia de Caroline y preguntarse por enésima vez si ella adivinaba lo cerca que había estado de besarla.

En cuanto llegaron a casa de los Havesham, las damas se retiraron. Michael y Havesham se dirigieron a la habitación que este último llamaba, risueñamente, su biblioteca se había ganado ese nombre con solo tres estantes con novelas y una edición anticuada de *Debrett's Peerage*. Su elemento principal era una mesa de billar. Havesham sirvió brandy de una jarra y empezaron una partida.

Michael no estaba concentrado. Haciendo un mal tiro, dijo con envidia:

—Eres un hombre con suerte.

—¿Porque siempre te gano? Amigo, es pura habilidad.

—No, eso no. Si no me equivoco, estás enamorado de tu mujer, y ella de ti. —Havesham sonrió.

—Sí. Maldita sea si no soy el hombre más afortunado del mundo.

—Llevo semanas rondando los salones de baile y no he encontrado ni una sola mujer que me interese. —Tallando su taco, suspiró—. Tampoco, he de confesar, tengo el truco de hacerme agradable.

—Oh, no tengo yo eso tan claro —lo consoló Havesham. Se inclinó sobre la mesa, observó atentamente las bolas y de un golpe embocó las tres—. No tienes el don de la palabra agradable,

pero finge interés y me atrevería a decir que no hay nadie que no te quisiera con esposo.

—Eso no hace falta decirlo. Todas están locamente enamoradas de mi cartera y de mi título. Tendrá que ser un matrimonio de conveniencia.

—Lady Darkmonth te está acosando, ¿verdad?

—Volverá pronto a la ciudad, y si no tengo un nombre o dos que ofrecerle, ella... — Michael se paró en seco en mitad de un tiro, dejó el taco entre las bolas, se enderezó y, mirando fijamente a su amigo dijo—: Havesham, soy un idiota.

—Bueno, no sé si llegaría tan lejos. —Havesham retiró con delicadeza el taco de la mesa—. Aunque he de decir que es una apreciación extraña en medio de una partida, incluso si vas perdiendo.

—Soy un idiota sin paliativos, un tonto, señorito de cuna, cualquier nombre que quieras llamarme. Pero, gracias al cielo, he visto la luz a tiempo. —Su corazón palpitaba—. Si he de casarme con una mujer que solo ama mi fortuna y mi rango, ¿por qué no he de casarme, al menos, con una mujer a la que yo ame?

—¿Una mujer que ames? —dijo Havesham cauto—. ¿No acabas de decir que no te importa un comino...?

—¿Recuerdas a la señorita Clayton?

—¿La Señorita Clayton?

—La Señorita Caroline Clayton. Una de las viajeras de la niebla que llegó a la Mansión. ¡Seguro que la recuerdas! Ella ayudó a dar a luz a tu hija.

—Er, um, bueno, sí, de hecho, la recuerdo. Yo, er, a decir verdad, ella ha venido aquí a ver a Pamela y al bebé. Solo una o dos veces.

Michael frunció el ceño.

—¿Ha venido? Ninguno de los dos me lo ha mencionado. Hay algún misterio que debo... No, no importa. —Por fin había entrado en razón. Le importaba un bledo si Caroline solo quería la seguridad que él podía ofrecerle. Le importaba un bledo si ella había nacido fuera del matrimonio. Pero si el mundo se olía algo turbio, alguien descubriría la verdad de su parentesco—. Voy a casarme con ella —dijo simplemente.

—¿Casarse con Lad... ¿La señorita Clayton? —Havesham se quedó con la boca abierta—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Por qué no? Nunca pensé que fueras tan remilgado.

—No, no, no lo soy, te lo aseguro. Estoy endiabladamente encariñado con Lad ... La señorita Clayton, y también Pamela y Eleonor. Pero creía que tú...

—La quiero. ¿Qué importa su falta de rango, o cualquier otra cosa? Pero, escucha, Havesham, ni una palabra a nadie, ni siquiera a Eleonor o a tu esposa. Si mi tía capta la más mínima insinuación antes de que se haga oficial, encontrará la forma de atormentarme y prohibírmelo. Conseguiré una licencia mañana. Caroline y la señorita Everwood vendrán a Dorset conmigo el viernes y lo haremos allí. Nos enfrentaremos a mi tía con un hecho consumado.

—Er..., No quiero ser un aguafiestas, viejo amigo, pero ¿puedes estar seguro de que la

señorita Clayton aceptará?

—Tú mismo dijiste que cualquiera de las jóvenes más codiciadas saltaría a recuperar mi pañuelo en caso de que lo arrojara. Caroline no tiene ninguna de sus ventajas. Puedo salvarla de una vida de penurias, de trabajo. ¿Por qué debería negarse?

—No lo sé, no estoy seguro —murmuró Havesham.

Michael volvió a casa en una nube.

—Mi señora ha vuelto —lo saludó George.

Michael volvió a la tierra de golpe.



La señorita Everwood estaba sentada junto a la ventana abierta del salón de Caroline, leyendo. Al menos, tenía un libro abierto en el regazo. Después de leer tres veces el mismo párrafo, no supo de qué trataba. Tampoco era consciente de las flores del jardín, donde tenía la mirada fija, aunque las peonías y los tulipanes estaban en su mejor momento y la fragancia de los lirios de los valles llenaba el aire.

Hacía media hora, lady Whitehall había mandado llamar a Caroline a sus aposentos. Las entrevistas con su madre siempre disgustaban a Caroline, y esa mañana ya estaba baja de ánimo.

Ayer, después de oír la triste historia de lord Darkmonth, Caroline había continuado apática e infeliz. Estaba profundamente enamorada del conde, pero se negaba a confiarle su verdadera identidad. El corazón de la señorita Everwood sangraba por él. Se reprochaba a sí misma haber permitido el engaño, haber dejado que continuara, haber permitido los encuentros secretos. Ojalá se hubiera dado cuenta antes de que lo que había empezado como un juego se había convertido en un grave enredo emocional.

Su propio anhelo por la... simpática amistad del señor Robbins la había cegado ante las necesidades de Caroline en un momento crítico. No solo había descuidado su deber, sino que había fallado a la persona que más quería en el mundo, que no tenía a nadie más en quién confiar.

La puerta se abrió y Caroline entró. Había perdido la energía de sus pasos y su rostro estaba abatido, aunque trató de sonreírle a Adelaine.

—La marquesa descubrió anoche que había rechazado a lord Ryburgh y a lord Charles.

—¿Estaba muy enfadada?

Caroline asintió. La señorita Everwood se acercó a ella, le rodeó los hombros con un brazo y la condujo al *chaise longue*. Sentándose a su lado, la cogió de las manos.

—¿Qué te ha dicho?

—Tuve que decirle que no me gusta ninguno de mis pretendientes. Va a intentar esta tarde persuadir a esos dos de que no deben tomarse en serio mi negativa. Esta noche iré a casa de Almack y los alabaré para que vuelvan a ofrecerse. Pero si lo hacen, volveré a rechazarlos, Adelaine.

—No quiero que estés atada a un hombre que no te gusta.

—Sé que puedo contar con tu apoyo. La marquesa dice que, si no estoy casada al final de la temporada, no puedo esperar otra. Que soy demasiado vieja. Por favor, ¡como si eso no fuera culpa suya! Pero no será tan malo retirarse a Whitehall, ¿verdad? Siempre fuimos felices allí. Tú serás mi compañera en lugar de mi carabina, pero seguiremos estudiando juntas, y dibujando, y haciendo música, y paseando, y... trayendo bebés al mundo. —Su voz se apagó al pronunciar las últimas palabras y guardó silencio.

Adelaine sabía que los pensamientos de Caroline habían volado al último bebé que habían traído al mundo juntas. Se aventuró a hacer una última súplica.

—¿No te atreves a decirle a lord Darkmonth...?

—¡No! Prefiero desaparecer de forma misteriosa, dejándonos a los dos recuerdos felices, que hundirme con su reproche y no tener nada que recordar salvo su desprecio. —Su momentánea animación se desvaneció.— Estoy tan cansada, Adelaine. Dormí mal anoche. Si tengo que ir a casa de Almack esta noche, será mejor que me acueste un rato.

Cada paso lento y cansado atravesaba la conciencia de la señorita Everwood con un dardo de autorreproche.

El autorreproche era inútil. No podía quedarse sentada y ver cómo Caroline se convertía en una solterona insatisfecha. Puede que también estuviese el hecho de que no quería volver al castillo de Whitehall, un lugar que se había tragado su juventud. Habían vivido tiempos felices allí; se había deleitado viendo crecer a su alumna hasta convertirse en una joven alegre, amable y cariñosa, pero las circunstancias habían cambiado. Ni ella ni Caroline encontrarían ahora satisfacción en Whitehall.

Necesitaba consejo, y el señor Robbins era la persona obvia a quién consultar. La señorita Everwood envió a Justin a buscar un coche y se apresuró a ir a su habitación para ponerse la peluca, el gorro y los guantes.

Mientras el coche traqueteaba hacia el centro de la ciudad, esperaba haber acertado con que el abogado estuviera en su despacho de Lincoln's Inn a esas horas. Podría haber enviado una nota. Sin embargo, por mucho que deseara su consejo, aún más deseaba el consuelo de su presencia. Incluso una sobria institutriz como ella necesitaba tranquilizarse a veces, se dijo a sí misma.

Una vez había paseado con el señor Robbins por Lincoln's Inn Gardens y él le había señalado su despacho, así que ella sabía a dónde dirigir el carruaje. Le pidió al cochero que esperase, comprobó los nombres en la placa de latón junto a la puerta y subió la estrecha escalera. En el estrecho despacho exterior, los cuatro empleados, sentados en altos taburetes junto a sus escritorios, se volvieron para mirarla cuando ella entró tímidamente.

El mayor, un individuo calvo y de rostro sombrío con los puños manchados de tinta, se bajó del taburete e hizo una reverencia.

—¿Puedo ayudarla, señora?

—Me llamo Everwood. No tengo cita, pero esperaba que el señor Robbins pudiera dedicarme unos minutos. —Sintiendo que un rubor subía por sus mejillas, deseó no haber venido a molestarle a su trabajo.

El empleado se marchó y regresó un momento después seguido por el señor Robbins, con una sonrisa de bienvenida en su rostro alargado y amable.

—Mi querida, señorita Everwood, que sorpresa tan agradable. Al menos, confío en que no sea una emergencia.

—Oh, no, yo... Eso es...

—Pase a mi despacho, donde podremos hablar en privado. —La condujo a una pequeña habitación repleta de libros y papeles, la sentó y cerró la puerta—. Ya está, ahora podemos estar cómodos. Si estuviéramos en casa, me vería obligado a llamar a mi ama de llaves como carabina, pero ¿qué puede haber más respetable que el despacho de un abogado? —Sentado en una esquina de su escritorio, la miró con gravedad—. Ahora, querida, dime qué te pasa.

Aliviada por su serena atención, ella le contó la historia, gran parte de la cual él conocía o había adivinado.

—Lo que realmente me angustia —terminó de decir—, es que Caroline se ha rendido. Es una muchacha valiente, que nunca antes ha dudado en luchar por lo que quiere; ¡Solucionó nuestro viaje a Londres con un vehículo antiguo y decrepito! Sin embargo, ahora, cuando su felicidad futura está en juego, está hundida en la apatía.

—Me pregunto si una conmoción podría hacerla entrar en acción —reflexionó el señor Robbins—. ¿Un shock?

—Dice que está resignada a retirarse a Whitehall, con usted. Suponga que no tuviera esa alternativa. Suponga... —Se inclinó hacia delante, le cogió las manos y continuó, tranquilo—. Mi querida señorita Everwood, ¿quiere casarse conmigo?

Tomada totalmente por sorpresa, ella lo miró a los ojos. Amistad sincera, simpática, tranquilidad... Lo que ella quería de aquel hombre era la ternura y el afecto que veía en sus ojos. Era una sobria institutriz, pero también era una mujer y lo amaba.

—Sí —dijo.

Entonces, el sobrio abogado estrechó a la sobria institutriz entre sus brazos y la besó con toda la minuciosidad de una profesión famosa por su pasión por la minuciosidad.

—¿David? —murmuró ella cuando recobró el aliento. Apoyó la cabeza en el hombro de él, donde, como se le había caído la cofia, encajaba perfectamente en el ángulo de su mandíbula—. ¿Puedo llamarte David?

—Sí. ¿Puedo llamarte Claudia, mi amor?

—Por supuesto, aunque al principio no puedo prometerte que responda siempre. Estoy tan acostumbrada a que Caroline me llame Adelaine. David, no puedo abandonarla.

—Nunca te lo pediría. Mi esperanza es que cuando le digas que vas a ser mi esposa... —aquí se interrumpió para darle un rápido beso a modo de puntuación—, se precipitará una crisis que redundará en beneficio de todos.

—¿Tú crees? —dijo ella dubitativa—. No veo cómo.

—Sino, probaremos otra cosa. Siempre hay más de una manera de resolver un pleito.

—¡Qué suerte que me case con un abogado! Muy bien, se lo diré, David, pero temo las consecuencias.



Poco acostumbrada a dormir por la tarde, Caroline se despertó con una sensación de debilidad. Se quedó mirando las molduras de escayola del techo, coronas de laurel y rosas Tudor y el emblema del cuerno de caza del escudo de armas de Whitehall.

Whitehall; cuánto se había alegrado de marcharse. Cuánto se alegraría de volver, de sumergirse de nuevo en una apacible vida campestre con sus queridas Adelaine y Ella y olvidar su desastrosa incursión en Londres. Esta noche iría a casa de Almack para evitar otro enfrentamiento con su madre. Guardaría su valor para el momento en el que la marquesa supiera que no tenía intención de casarse. Una vez había pensado que su valor estaba a la altura de cualquier cosa, pero el darse cuenta de que amaba a Michael y de que se había condenado a sí misma ante sus ojos parecía haberle drenado hasta la última gota de sus venas.

Parpadeó con fuerza contra la punzada de las lágrimas.

—¿Estás despierta, *milady*? —Ella se asomó por la puerta y entró con cuidado, llevando una bandeja—. Pensé que te apetecería una taza de té.

—Gracias, suena bien.

—Ahora, déjame rellenar las almohadas y siéntate aquí cómodamente y bébetelo mientras saco tus cosas para esta noche. ¿Qué te vas a poner?

—No lo sé, Ella. Lo que se te ocurra.

—¿Qué te parece tu primer vestido de baile? Hace tiempo que no te lo pones, *milady*, y nunca en casa de Almack, que yo recuerde. Es azul, pero su señoría no va a Almack's.

—¿El satén azul y la red blanca? Eso servirá. —Era un vestido bonito, con flores azules bordadas y adornos de encaje de *Valenciennes*. Tal vez, un aspecto bonito la haría sentirse mejor. El té era refrescante. Aspiró la fragancia de los lirios del valle que se colaba por la ventana abierta y decidió llevar un ramillete.

Cuando Ella desapareció en el vestidor, la señorita Everwood llamó a la puerta y entró.

—¿Has dormido, Caroline, querida? Tienes un poco más de color.

—Estoy más recuperada. Me levantaré en unos minutos. Ven a tomar el té, Adelaine. Ella trajo una taza extra.

La señorita Everwood se sirvió el té y se encaramó al extremo de la cama, con una delicada taza de Limoges en la mano. Desconcertada, Caroline vio que estaba agitada, vacilando entre una alegría intensa, casi incrédula, y una aprensión ansiosa.

Cuidadosamente despreocupada, la señorita Everwood dijo:

—Lord y lady Whitehall cenan en casa esta noche, ¿verdad?

—Sí. Usted y yo comeremos tranquilas en mi salón antes de ir a Almack's.

—¡A Almack's! Lo había olvidado. Mi cabeza se ha vuelto loca, lo juro.

—¿Y qué te ha desposeído de tu morada habitual? —preguntó Caroline, sonriendo.

—Yo ... Oh, vaya, apenas lo sé. —Con las mejillas sonrosadas, dejó la taza vacía sobre la

cama y respiró hondo. —. Querida, deséame felicidad. El señor Robbins me ha pedido que sea su esposa.

—¿Te ha pedido que te cases con él? ¿Y has aceptado? —Por un momento, Caroline miró hacia un futuro vacío. Tenía frío, mucho frío; la cabeza le daba vueltas y una terrible opresión le oprimía el pecho. Entonces, el orgullo, la buena educación y el amor por su amiga más querida acudieron en su ayuda. Sacudiéndose, dijo con una voz que apenas reconocía como suya—: Perdóname, me has cogido por sorpresa. Mi querida Adelaine, por supuesto que deseo que seas feliz, aunque no dudo de que lo serás. El señor Robbins es el caballero más amable del mundo.

La señorita Everwood la abrazó y ella encontró un consuelo temporal en el abrazo que había calmado sus heridas y penas infantiles. Pero la realidad presente se interpuso, en forma de Ella, preguntando si había terminado el té y si estaba lista para vestirse.

Se deslizó fuera de la cama, con la compostura frágil como una copa de cristal. En un sueño, un mal sueño, una pesadilla, se lavó y se puso las enaguas, la bata de raso, el vestido de red y las zapatillas de baile también de raso. Se sentó en el tocador, su rostro blanco le sonaba extraño en el espejo. Pendientes de perlas, collar de perlas.

—¿Un toque de colorete, *milady*? La señorita Pickerell me prestará el de su señoría. — Muda, negó con la cabeza y Ella empezó a arreglarle el pelo.

Alguien llamó a la puerta. Justin, con una nota para Ella.

—Disculpe, *milady*, pero el muchacho dijo que es urgente.

Caroline asintió, desinteresada. Ella cogió el trozo de papel, cerró firmemente la puerta y lo abrió. Jadeó.

—*Milady*, es de Geordi, el señor George. Acaba de enterarse de que lady Darkmonth hará que su señoría vaya a Almack esta noche. Nos lo ha dicho justo a tiempo. No te preocupes, pensaremos en algo para decirle a tu madre de por qué no fuiste. Has estado con mala cara todo el día.

—Pero iré, Ella. —Desde algún lugar lejano, Caroline se sorprendió de su propia calma glacial—. No puedo posponerlo para siempre. Lo peor pasará pronto y entonces... Por favor, saca mi capa de piel.

Tenía frío, mucho frío.

CAPÍTULO 19

Almack's: el mejor lugar en el que buscar pareja. Para los no iniciados, un conjunto de salones de actos poco magníficos en King Street, St. James's; para las damiselas soleteras de Ton, el lugar santísimo donde solo se admitía a los bailes de los miércoles a quienes las casamenteras consideraban dignas.

Los caballeros que estaban solteros tenían menos dificultades para entrar. Sin posibles maridos a los que dar caza, el propósito de las asambleas se desvanecía y con él la influencia de las casamenteras, las prepotentes señoras de la sociedad. Un caballero solo tenía que acordarse de llevar calzones en lugar de pantalones y llegar antes de que cerraran las puertas a las once para ser bien recibido.

Correctamente vestido y puntual, a Michael no le sorprendió ser recibido con complacencia incluso por una persona tan exigente como la señora Drummond Burrell. Lady Jersey, con su habitual toque de malicia, le reprochó no haber honrado antes a Almack's con su presencia. Su dignidad distante y su condición de ser un partido superior le salvaron de mayores reproches.

Se dirigió al salón de baile. La banda de Neil Gow estaba tocando en el balcón y las parejas que bailaban el vals se arremolinaban en la pista. Por espantosa que fuera la velada, Michael se recordó a sí mismo que mañana le propondría matrimonio a Caroline y que, al día siguiente, la llevaría a Dorset.

Echando un vistazo a su alrededor, vio a Havesham cerca, hablando con lord Orme. Michael conocía ligeramente al vizconde, un famoso galán de ciudad, y no le caía bien. Decidiendo buscar a Havesham más tarde, estaba a punto de ir en busca de un compañero con el que charlar cuando Havesham lo vio.

El rostro delgado de lord Havesham adquirió un insólito tono pálido. Saltó hacia delante y agarró a Michael del brazo.

—Te dije, Michael, que nunca vinieses a Almack's.

—Hay una primera vez para todo.

—Pero me dijiste que pensabas proponerte a... Y, además, no te gustará ni la mitad de las damas que hay, te lo aseguro. Son una compañía plana y diabólica, cazafortunas, y la cena es una desgracia. Será mejor que des media vuelta y te vayas a casa'.

—Desafortunadamente, a casa es a donde lady Darkmonth llegó anoche. Mi tía considera una negligencia por mi parte haber evitado Almack's.

—¡Oh, señor! —Havesham se ruborizó, luego se repuso—. Maldita sea, sí sabe lo que es este sitio.

—No creo que la condesa haya pisado estos sagrados portales desde que casó al último de tus primos Darkmonth —confirmó lord Orme.

—¿Lo ves, Michael? Todo lo que tienes que hacer es irte a casa y decirle que no te interesa este sitio.

—Así lo haré cuando pueda decirle que he hablado con dos o tres damiselas. Supongo que la señorita Linford está aquí. Al menos no tiene planes de casarse conmigo.

Por encima de la cabeza de su amigo, Michael echó un vistazo a la habitación. El vals había terminado y los bailarines volvían a sus asientos. Frente a la puerta donde se encontraba, vislumbró, entre varios caballeros que parecían atentos, a una joven que le recordaba a Caroline.

Cuando Caroline fuera su esposa, vendría a Almack's si quería, se juró. Debería vestirse con sedas y encajes, adornarse con zafiros a juego con sus ojos y bailar toda la noche.

Lord Orme había seguido su mirada.

—Admirando a la última heredera, ¿eh? —preguntó.

—¿Heredera? —dijo Michael sin interés.

—Es la única hija. Hay un hermano, pero Whitehall tiene de sobra para los dos, según dicen, y además es muy guapa. Oh, ¿no la conoces? Te la presentaré si quieres. Es lady Caroline Clayton.

En ese momento, la chica miró a través de la habitación. Incluso a pesar de la distancia, sus ojos se encontraron con los de Michael con un sobresalto de reconocimiento.

Se sacudió la mano de Havesham, giró sobre sus talones y salió a la noche.

¡Lady Caroline Clayton, hija del marqués de Whitehall! Sus pensamientos se agitaron. Fingiendo ser una don nadie, había jugado con él, lo había seducido para que abandonara la formalidad, se había reído de él a sus espaldas como sus compañeras debutantes. Había socavado sus muros y lo había dejado indefenso.

Y, de alguna manera, había convencido a Havesham para que lo traicionara. Havesham lo sabía todo, eso era obvio. Ella le había robado un amigo del que no podía prescindir, le había devuelto al agonizante aislamiento de sus primeros días, semanas, meses en la Mansión de Darkmonth, rodeado por la burla despectiva de sus primas.

¿Cómo podía una máscara de encantadora amabilidad ocultar una crueldad tan gratuita? La chica de la que se había enamorado no existía.

Sin ver, sin saber, se dio cuenta de que sus grandes zancadas lo había llevado al río, a las escaleras de Whitehall. Allí se había embarcado con Caroline —con lady Caroline— aquel delicioso día en Richmond. Aquel fue el día en el que sospechó, por primera vez, que ella podía ser ilegítima. ¡Qué equivocado había estado, un tonto patético desde el principio hasta el final!

Se quedó pensativo. Bajo el terraplén, el oscuro Támesis se deslizaba, brillando aquí y allá, con la luz reflejada en sus aguas. Muchas almas atribuladas habían buscado el olvido en esas aguas negras, pero él no podía escapar de esa manera. Era el conde de Darkmonth. El orgullo por su familia y su rango era lo único que le quedaba. Se alejó de la tentación y volvió sobre sus pasos por Whitehall.

En Charing Cross tomó la bifurcación de la derecha y subió por St. Martin's Lane. En las

mezquinas calles, callejones y patios que rodeaban Covent Garden, una masa humana se arremolinaba en la más abyecta miseria. Entre ellos, sin duda, debería poder contar sus propias bendiciones. Pero, perdido en otro tipo de miseria, apenas se fijó en los vagabundos harapientos, los mendigos lisiados, las putas maquilladas, medio desnudas y que olían a ginebra, que gemían cuando se acercaba y se quejaban cuando pasaba de largo.

Caminó hasta que la corta noche de mayo terminó en un amanecer brumoso. Aún era demasiado temprano para que los dependientes y las vendedoras de la ciudad estuvieran por allí, pero un vigilante que hacía su ronda se quedó mirando al caballero alto, con la cabeza descubierta y vestido de noche.

De vuelta a casa, Michael pasó por St. Paul's. «¡Caroline! Hoy íbamos a visitar las librerías de Paternoster Row. Hoy iba a pedirte que fueras mi esposa. Hoy, ¿habrías puesto fin a la farsa? ¿Te habrías burlado de mí en mi cara?»

Solo, se abrió paso a través del ruidoso bullicio del mercado de Covent Garden, por las tranquilas y vacías calles de Mayfair, y entró en Darkmonth House.

Lo había dejado a merced de lady Darkmonth. La licencia especial, su desafiante símbolo de libertad, yacía inútil en un cajón de su vestidor.

Los criados seguían dormidos. Michael buscó su habitación, dio vueltas en la cama durante un par de horas y luego llamó a George.

—Buenos días, *milord*. —El ayuda de cámara se dirigió a la ventana, descorrió las cortinas para dejar entrar un raudal de sol y dijo con voz temblorosa de reproche—: *Milord*, lady Caroline ha llorado hasta quedarse dormida.

—¡Qué tontería es esa! —gritó Michael.

George se volvió.

—No es más que la verdad, *milord*. Ya estaba alterada, y luego tú te das media vuelta y te marchas sin decir ni pío. Lo lamentarás, recuerda mis palabras. Lady Caroline Clayton salió corriendo de Almack's en un ataque de llanto.

—¿Así que formabas parte de esta conspiración? —preguntó de forma amarga—. ¡Mi propio sirviente riéndose de mi credulidad! Es demasiado tarde, George. Ya no puedo creer más mentiras.

—No te mentaría, mi señor, de verdad, ni me reiría de ti. ¿No he estado contigo casi veinticinco años y te he apoyado en las buenas y en las malas? Solo que, Ellie —la señorita Ella, que es la doncella de lady Caroline— nunca habría salido conmigo, y mucho menos me habría dicho nada, si yo no le hubiera prometido que guardaría silencio. No era mi secreto, *milord*, ni tampoco el de Ellie, y ella quiere a su ama tanto como yo... Como yo a ti, *milord*, con perdón.

El apasionado discurso, la necesidad de creer en la única persona que nunca lo había defraudado, convencieron a Michael de que George decía la verdad tal como él la conocía. Que Ella le dijera la verdad era otra cuestión. ¿Caroline huyendo de Almack's llorando? ¿Llorando hasta quedarse dormida? Su corazón dio un vuelco al pensarlo.

Havesham lo sabría, pero él no podía confiar en Havesham. ¿Quién le quedaba? Robbins debía de ser consciente del engaño de lady Caroline, pero era imposible imaginar al sobrio abogado prestándose de forma voluntaria a un truco tan despiadado. Él, si había alguien, era el

único que podría ayudar a Michael a separar las mentiras de la realidad.

—Haz que me traigan el coche.

—¡Pero *milord*, acaban de dar las seis!

—Enseguida.

Cuando llegó a la casa de Hart Street, la criada, nerviosa, lo hizo pasar a la biblioteca.

—El señor aún no ha bajado, *milord* —dijo retorciéndose las manos.

—Esperaré.

Se paseó durante unos minutos, por una vez ajeno a los libros que lo rodeaban, hasta que llegó el señor Robbins, enfundado en una bata de tartán rojo y verde. Tras una mirada al rostro de su visitante, el abogado dijo por encima del hombro:

—Café. —Cerró la puerta, cogió a Michael por el codo, lo hizo sentarse y le sirvió una copa de brandy.

—No apreciaré esto como debería apreciarse —dijo Michael, intentando sonreír.

—Te calentaré. ¿Qué te ha hecho parecer que has visto un fantasma?

Las palabras emergieron con dificultad.

—Lady Caroline Clayton.

—Ah. —Robbins parecía extrañamente satisfecho consigo mismo—. ¿No sospechaba nada? Tenía mis dudas, incluso antes de llegar a la Mansión de Darkmonth, y cuando las expresé fui iluminado por la señorita Everwood, institutriz y compañera de lady Caroline... y pronto mi esposa.

—¡Su esposa! —Michael hizo a un lado sus problemas por un momento—. Ayer lo habría felicitado de forma sincera.

—También puede hacerlo ahora. Me considero muy afortunado por haber ganado el afecto de una mujer admirable.

—Entonces yo... ¡Espera! ¿Dudabas de la historia de Caroline antes de llegar a la Mansión? ¿Ella ya estaba interpretando un papel?

—Tengo entendido que su carruaje se averió, y viéndose obligada a continuar en el de Correo, pensó que lo mejor, junto con Claudia ... la señorita Everwood, sería viajar de incógnito. ¿Habría creído usted que una joven desaliñada, llegada por correo, era la hija de un marqués?

—No —admitió, y luego frunció el ceño—. ¿Pero por qué no me lo dijo cuando nos reencontramos aquí? Quedaría como una anécdota.

—¿Una anécdota? —Robbins lo miró muy serio—. No creo que me corresponda explicar los motivos de lady Caroline. Déjelo a la discreción de un abogado, si lo desea. Ah, aquí esta nuestro café. Y tostadas, excelentes, gracias. —Sirvió una taza a cada uno y le pasó el plato de tostadas con mantequilla—. Se sentirán mejor si come algo. Y, luego, mi sugerencia, es que vaya a St. James's Place y solicite una entrevista con la señorita Everwood.

Con la boca llena de tostadas, Michael se lo quedó mirando, se encogió de hombros y asintió. El brandy, la comida y el café lo hicieron sentirse ligeramente más humano; sin embargo, no ayudaron en absoluto a su incertidumbre. No sabía qué pensar, así que, mientras conducía

hacia St. James's, se esforzó por no pensar en nada.

—¡Señorita Everwood! —El mayordomo se quedó boquiabierto. Releyó la tarjeta de Michael, consultó el reloj, miró al lacayo que lo había llamado para que dejara de desayunar y, con el rostro restablecido, preguntó distante—: ¿Ahora, *milord*?

—La señorita Everwood. Ahora. —A pesar del porte altivo de Michael, a pesar de las dudas que lo atormentaban, la perplejidad del hombre casi lo divirtió. La influencia de Caroline, sin duda. ¿Cómo podría vivir sin ella?

El salón chino que le mostraron le recordó dolorosamente al gusto de ella por su juego de ajedrez chino. La extravagancia de las colgaduras de seda roja y el falso bambú le recordó que la hija del marqués de Whitehall debía de tener innumerables pretendientes que la cortejaban en aquel salón. Aunque no lo despreciara, la rica y cautivadora lady Caroline no tenía motivos para elegir a un idiota huraño como él.

Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. El jardín lleno de flores le recordó a su primer encuentro en Hart Street. No podía escapar de ella.

Se volvió cuando se abrió la puerta y entró la señorita Everwood, con la gorra desarreglada. El color miel de sus revueltos rizos le recordó las lustrosas trenzas de Caroline y sus absurdos temores de que pudieran ser madre e hija.

—Entiendo que debo darle la enhorabuena —dijo con dureza.

—Gracias, *milord*. ¿Quiere sentarse?

Aunque sonaba tranquila, tenía las manos entrelazadas con fuerza por delante del cuerpo. Por primera vez, reconoció la dificultad de su posición, poco mejor que la de una institutriz tratando de frenar los arrebatos de una descarada joven como Caroline. Le acercó una de las sillas de bambú y brocado de marfil y se sentó enfrente.

Una pícara como Caroline, ¿era esa toda la historia? ¿Una travesura que salió mal, no una burla cruel? Su angustia estalló.

—¿Por qué? —Incapaz de estarse quieto, se acercó a la ventana y se dio la vuelta—. ¿Por qué no me lo dijo? Por lo menos, cuando nos encontramos en casa de Robbins. Podríamos habernos reído juntos de su engaño en la Mansión.

—¿Se habría reído, señor?

Que hiciera la pregunta tan tranquila lo descolocó. Volvió a recordar aquel encuentro. Estaba rígido, con el ceño fruncido —ella se había burlado de él por el ceño fruncido—, él se había disculpado por besarla. Si ella le hubiera revelado entonces que era lady Caroline, ¿le habría parecido una mera anécdota?

—Probablemente no —admitió—. Pero tuvo cien oportunidades de explicarse más tarde, después... Después de que nos hiciésemos amigos.

—No se atrevió. —En su agitación, la señorita Everwood se le unió junto a la venta y le puso la mano en el brazo, mirándolo seriamente a la cara—. Una vez que fueron amigos, ella estaba aterrorizada de perderlo.

Él se deshizo de su mano.

—Tiene docenas de amigos.

—Tiene docenas de conocidos, *milord*. No puede ni imaginarse lo solitaria que ha sido su vida. Fue la mascota de su madre hasta que nació su hermano. A la edad de cuatro años, fue exiliada a las tierras salvajes de Lancashire, sin más compañía que sus sirvientes. Yo me fui con ella un año después, gracias a Dios, y entonces la marquesa se cansó también del niño y nos lo envió hasta que tuvo edad para ir a la escuela. A su padre lo veía como mucho una vez al año. A su madre, menos a menudo.

Michael se volvió para ocultar su dolor. ¡Cuatro! Recordaba con demasiada claridad su propia agonía a los once años.

La señorita Everwood interpretó su silencio como desdén.

—¿No puede entender que habiendo llegado a... encariñarse con usted no podía soportar el riesgo de que se apartara de ella con desagrado?

—¿Desagrado? —exclamó él, sobresaltado.

—¿No le dijo una vez que aborrecía el engaño?

—¿Se lo dije? Tal vez sí. ¿Quiere decir que ella temía mi desprecio tanto como yo temía el suyo?

Fue el turno de la señorita Everwood de sobresaltarse, pero mientras buscaba las palabras adecuadas, la puerta se abrió. El rostro pálido y empalidecido con los ojos enrojecidos que apareció frente a él era la visión más hermosa que Michael había visto jamás.



Cinco minutos antes, esa misma visión, vista en un espejo, había hecho estremecerse a Caroline.

—Doy miedo, Ella.

—A su señoría no le importará un comino, *milady*, si la señorita Everwood lo ha convencido.

—¡No puedo bajar! —gritó, presa del pánico—. Esperaré hasta que Adelaine me mande llamar.

—La señora ha dicho que te vistas y bajes, *milady*, y eso es lo que harás. No estás en condiciones de pensar por ti misma, eso es seguro. Ahora quédate quieta mientras te recojo el pelo. Ya está. Está perfecta.

Mientras comenzaba a bajar las escaleras, Caroline se sintió enferma por los nervios. Cuando llegó al primer rellano, estaba segura de que su alegre muselina azul bígaro salpicada de blanco era el vestido más inapropiado para una ocasión tan terrible. El negro de luto sería más apropiado. Se dio media vuelta, dispuesta a volver corriendo al refugio de su alcoba, pero Ella la instó a continuar.

Cuando llegó al pie de la escalera, había olvidado lo que llevaba puesto y también sus ojos enrojecidos. Se quedó temblando ante la puerta del salón. ¿Seguiría él allí? ¿Qué le diría? ¿Volvería a mirarla con ese dolor desconcertado, que se transformaba rápidamente en fría furia, que ella le había visto en el salón de baile de Almack?

Tras enderezar los hombros, empujó la puerta.

Y, de repente, no había nada que temer. Con el corazón en los ojos, Michael dio dos pasos vacilantes hacia ella y ella voló al refugio seguro que eran sus brazos.

Durante un largo rato, simplemente se abrazaron, con la cara de ella pegada al hombro de él y la mejilla de él apoyada en su pelo. Entonces, ella se apartó un poco, lo miró y le preguntó:

—¿Estás muy enfadado?

—Creía que te estabas riendo de mí, Caroline.

—Lo hacía, lo hago, sabes que lo hago, bastante a menudo, pero solo cuando estás odiosamente rígido y almidonado —dijo esperanzada—. E incluso cuando eres *lord Dark*, te quiero de todos modos.

Su sonrisa apenada la tranquilizó.

—Me atrevería a decir que me acostumbraré a que te rías de mí, e incluso, cuando lo hagas, te querré de todos modos. Iba a pedirte que te casaras conmigo.

—¿Ibas a hacerlo? —Ella se tensó, pero él se limitó a acercarla de nuevo—. Y como soy un tonto arrogante, estaba seguro de que me aceptarías.

—¿Realmente ibas a pedirle a la simple señorita Caroline Clayton que fuera tu esposa, tu condesa?

—Fui tan lejos como para conseguir una licencia especial. Luego, descubrí que tu padre es marqués y que tengo docenas de rivales.

—¿Significa eso que no me lo vas a pedir ahora, aunque pudiera negarme?

—Odiaría desperdiciar la licencia especial —dijo con cautela, tentándola.

—Hmmm. Mi madre estaría encantada, me atrevería a decir, si nos casáramos de forma rápida y discreta con una licencia especial.

—Por otro lado, las amonestaciones se leen en St. George, Hanover Square, y una boda vasta, elaborada y de sociedad sería lo que más le gustaría a mi tía.

—Así que la única pregunta es, ¿a cuál de los dos queremos desobedecer más?

Él sonrió, pero dijo:

—Al contrario, mi querido amor, la única pregunta es; ¿Con cuál de las dos formas serás antes mi esposa? Sin ti para poder reírme, siempre estaré rígido y almidonado, hasta que no ni siquiera moverme.

—Un argumento revelador, Michael, y tienes razón, no debemos desperdiciar la licencia especial. ¡Por favor, casémonos de una vez!

^[1] Lorgnette o impertinentes son un tipo de gafas en las que se utiliza un mango para situarlas delante de los ojos

^[2] Marshalesa fue una cárcel inglesa, situada en la zona de Southwark, al sur de Londres, y que estuvo funcionando hasta 1842